

Publico Latino

# PATRI

En pos de una raza....

---

BUENOS AIRES

Imprenta del Asilo de Reforma de Menores Varones

1902



Públio Latino

# PATRI

En pos de una raza....



BUENOS AIRES

Imprenta del Asilo de Reforma de Menores Varones

—  
1902

# I

Un día ú otro tenia que suceder. Pero, confieso que, no obstante haber pensado muchas veces en la cosa, me ha tomado ella de sorpresa.

El corazón se me saltaba dentro del pecho y como una montaña de angustia senti que me aplastaba de arriba abajo la sensación largo tiempo temida.

Como el soldado que marcha hacia el campo de la accion y la impaciencia lo acosa, y llega el momento del fragor en que la muerte cierne sus alas, y solo se dá cuenta despues del toque de cesar el fuego que todo aquello era esperado y sin embargo, nuevo en sus formas y sus detalles,—asi me he sentido asaltar, temblando como pobre y miserable ~~ahogado~~ en presencia del terrible acontecimiento.

Es vergonzoso para un hombre llorar como mujer, pero.... ¿á qué ocultarlo?.... no lo pude resistir y me fundí en un torrente silencioso.

¡No tengo más que una hija y ésta

me acaba de ser solicitada en matrimonio !..

Cuando pude reaccionar un poco, fijé mis ojos en la señora de Robles y ví que también ella lloraba. No sé si nos embargaba la misma emoción.

Veía delante de mí al enemigo obseso, al propio tiempo que la víctima, confundidos en una forma de mujer que esperaba mi palabra; mejor dicho, en la personificación de la madre que aguardaba la sentencia de su hijo.

Trascurrieron minutos aplastadores sin que nuestro silencio fuese interrumpido. Yo hubiera deseado que mi mujer estuviese presente ó que cualquiera circunstancia hubiera ocurrido para desahogar la asfixia en que se hallaba nuestra iniciada conversacion.

No debo ocultar, por otra parte, que la actitud, la fría severidad y cierto sello de sufrimientos vencidos, hacían de la señora de Robles algo así como una pálida estatua de la virtud, acrisolada en la belleza y la amargura que me imponía singular respeto.

Alta, delgada, blanca, con ese blanco marmóreo y satinado que resaltaba de su vestido negro, con ojos lánguidos de mirar profundo, humedecidos por sus lágrimas, joven aun, con ligera comisura en sus labios reveladores de una alma enérgica, probada en la lucha; de palabra fluida, inteligente, mas que una viuda parecía una jóven que el rastro del infortunio hubiese impreso en élla

algo de hermoso y sombrío con cierta grandeza misteriosa.

Mas que madre parecía hija, mas que mujer, niña, rosa pálida entreabierta en la noche, sin los fulgores del sol que tiñe y enciende carmíneos pétalos.

Era tan grande la intensidad de mi zozobra, tan pobre y mísero el estado de mi voluntad, tan inseguro, tan débil mi pensamiento, que las ideas me venían muertas á mi lengua sin acción y al mismo tiempo que deseaba hablar para romper nuestro silencio, me atormentaba una vacilación terrible, semejante á la estupidez, incapaz de optar entre el sí y el nó, ni de quedarse en el término medio.

Pero, al fin pude vencer la parálisis y aunque mis ideas se enredaban sin hallar la forma conveniente, hice observar entre otras cosas á la viuda que; era para mi grande honra el ver solicitada por ella á mi pequeña Florencia; que mi esposa ignoraba el hecho; que mi hija era aun demasiado jóven; que yo no conocia propiamente el estado de su espíritu; que nunca habia pensado en una posible separación; que mi emoción y mi embarazo le demostraban cuan grande era para mi la sorpresa que me causaba el hecho y que élla, la viuda, debia imaginarse ese mundo confuso de reflexiones, de afectos que rodean circunstancias como las que ocurrían. . . .

Hubiera seguramente continuado masticando otras observaciones si la señora de Robles, mucho mas dueña de si misma que yo, no me hubiese interrumpido diciéndome poco más ó menos:

—«Encuentro, señor Portales, muy razonable todo cuanto Vd. me dice. Yo también he sentido las mismas agitacione no exentas de pesadumbre, pues, cuadra la coincidencia de que no tengo mas hijo que Patri, en quien he concentrado toda la fuerza de mi afecto.

«Patri es todo para mi, mi pasado y mi presente, y el hecho de haber puesto sus ojos en Florencia, por hermosa y digna que ella sea, significa que he dejado de ser dueña única y exclusiva del corazón de mi hijo. No le ocultaré, además, señor Portales, que otros motivos de índole diversa, relacionados con antecedentes de mi familia me hacen pensar en los días amargos de mi propio matrimonio. No puedo evitar que los recuerdos me asalten y al pensar que mi hijo anhela unirse con su Florencia, contemplo á ésta y comparo mi vida, mi juventud de otros tiempos... y francamente hallo muy razonable su vacilación y su pena. Aparte de toda consideración es imposible despegar completamente el egoísmo de la paternidad... un santo egoísmo, si Vd. quiere, pero de tal intensidad, de tal justicia que seria loco afan el negarlo... Patri es un joven como cualquier otro, sin

más diferencia positiva que ser mi hijo, mi sangre, mi pensamiento, mi amor, la preocupación de todas mis horas y talvez mi propia vivificación. Ninguna virtud particular le adorna y si yo he tenido valor para presentarme ante Vd. en su nombre y el mio, es porque veo algo por encima de lo transitorio que, como madre y como mujer, estoy en el deber de abordar con sinceridad.

«Florenxia, si hubiese de ser la esposa de mi hijo, no me cabe duda que haría su felicidad y la mía, nuestro sol en las noches de tristeza....

— ¡Mil gracias! señora, — le dije, — mil gracias por la manera franca y generosa con que trata Vd. este delicado asunto en el que cabe á mi hija la mitad. Comprendo su afecto de Vd. midiendo la intensidad del mío. Cuando se tiene más de un hijo probablemente el corazón de los padres no experimenta la misma sensación, ni el mismo egoismo, que cuando es uno solo, como pasa entre nosotros. Nuestra Florenxia es tambien todo en esta casa, luz y color, encantos y esperanzas, y aunque un día hubiese de desvanecerse cumpliendo leyes de la naturaleza, aunque un día hubiese de ser mas de otro que nuestra, ese día, dejaría de ser lo que es, y, — francamente señora, — esa idea, esa dura posibilidad me trastorna. Alguna vez he pensado en éllo, pero es como si nada hubiera pen-

sado. La misión de la mujer es clara; intentar su modificación juzgo temerario, pero ¡Dios mio! con todo, me es enteramente difícil avenir con la posibilidad de que alguien nos la lleve de casa, nos deje vacío su asiento en la mesa, su presencia permanente. . . . Por otra parte, para dar á Vd. mi contestación debo antes hablar con mi esposa y con Florencia.

—«Oh, sin duda. No he imaginado que de otro modo pudiese ocurrir esto.

Demás está relacionar todas las circunstancias y giros de ésta conversación, la más cruel que yo haya tenido en mi vida.

La viuda de Robles habría deseado talvez apuntar otras consideraciones, no tanto en abono de la pretension de su hijo, como de su justificación, pues, pertenece al dominio público que el esposo, Amadeo Robles, la hizo padecer no pocas penas muriendo de alcoholismo,—y naturalmente para el matrimonio proyectado, las dos circunstancias son peores.

Muy indirectamente hizo alusión la viuda, como si temiera rozar demasiado cerca los recuerdos punzantes de su juventud, y eso mismo estorbaba para que élla iniciase francamente esa especie de justificación de su hijo, justificación de falta no cometida que la hubiera puesto en el caso de descubrir las intimidades de su pasado.

Yo me abstuve tambien de tocar punto tan delicado, no obstante que, desde el fondo de mi alma venía á mis labios la palabra.....

Pensé, sin embargo, que era mejor dejar eso para mas tarde, para el momento en que el gran asunto fuese decidido con la intervención de Dominga, mi esposa, y de Florencia.

No sabré decir si la viuda estaba realmente interesada en el matrimonio de su hijo con mi Florencia. Su emoción sus lágrimas solo me revelaron que el amor de madre lloraba el afecto que perdía en el corazón del hijo.

La señora de Robles estaba y está lejos de ser una mujer vulgar. Aparte de su belleza algo fria, pero imponente, de su juventud victoriosa contra la lucha y el sufrimiento, de su aristocracia emanando por todos los poros —goza de la fama de ser persona de talento, con cierto barniz literario, rarísimo en esta tierra en la que el arte permanece insospechado. Ella, segun se dice, sabe más historia que muchos profesores de colegios nacionales y aunque yo tambien he leído bastante, no he tenido ocasion de comprobarlo, sea por falta de oportunidad, sea por el temor de hallarme confundido por una superioridad femenina.

Tengo observado, si, que habla correctamente, con sencillez no exenta de ele-

gancia, sin hacer alarde de su talento, ciertamente indiscutible, como he de tener oportunidad de demostrarlo.

La señora de Robles es una de tantas mujeres que contando demasiado sobre sí mismas aceptan el matrimonio, encontrándose al día siguiente rodeadas, acosadas de tal número de circunstancias imprevistas que pasan de un ideal dorado á una realidad dolorosa, conformándose con el *destino*, la fatalidad imprevista, que precipita desde el cielo al abismo las ilusiones y los sueños.

Cuando se hubo retirado la viuda, obteniendo de mí la promesa de hacerle conocer nuestra decisión, me quedé pensativo.

Patricio Robles, — Patri, — como le llama la viuda, recibido no ha mucho de abogado, es todavía un muchacho. pero un muchacho cuyo semblante revela alguna cosa de raro, de sombrío; en sus ojos se disputan el dominio, la energía y la tristeza intermitente, meditativa; pocas veces se iluminan con la alegría. Sus estudios no han ofrecido nada de singular, como no sea su tenacidad friamente mantenida, sin decaimientos y al contrario, regada frecuentemente por arrebatos de orgullo. Ha sido mi discípulo: no tengo de él más conocimiento que el que puede recojerse en el aula del colegio; después que ha ido á la facultad le he perdido de vista, volviendo á encontrarlo ahora, sin haber tenido oca-

sion de pulsar su fondo.— Cuando frecuentaba mi clase, creí al principio que la inteligencia de Patricio estaba petrificada y que su despertar era harto problemático. Más tarde, con sorpresa comprobé lo contrario; su tenacidad luchando con empeño le franqueó mi consideración.

He aquí dos pasages que me vienen á la mente en alas del recuerdo:

Un día penetro á la aula, me siento, muevo la cabeza hácia el pizarron y encuentro escrito á tiza en caracteres bien claros, una injuria contra un colega, el profesor de historia.

Yo tenia absolutamente prohibido manchar el pizarron, y mas aun el estampar frases de actualidad, habiendo hecho observar á mis alumnos que era un deber de cortesia el recibir al profesor como á una visita á quien le corresponde el lugar de preferencia y el mejor asiento de la casa. —«¿Que significa eso?— dije afectando el mayor asombro y desencanto. ¿Quien ha escrito eso?

En las bancas circuló como rumor de hojas la respiración contenida de mis discipulos, cuyas fisonomias revelaban tambien actitud de asombro.

Recorrí con muda interrogación una á una de aquellas fisonomías y como ninguna me indicase el deseo de denunciar al autor, insistí:

—«Tengo esto prohibido y me es-

traña que debiendo estar presente el autor de la falta, no se haga conocer en el acto.

Nadie, sin embargo, respondió. Las miradas subían ó bajaban de mi persona á la banca, al pizarron, á las murallas, pasando del asombro al estupor.

—«Perfectamente, caballeros,— dije entonces; en esta clase hay un joven que notiene la noción de la responsabilidad y que está destinado en el porvenir á constituir un ser peligroso. Dísculpo razonablemente á los que de entre Vds. no quieren asumir el rol de delatores: en ello se vé la dignidad, el verdadero y noble orgullo; pero no puedo consentir tampoco que estando entre Vds. el culpable, permanezca él en silencio, permitiendo que yo haga falsas suposiciones, atribuyendo la falta á quien no la ha cometido. El acto revela una cobardía, probablemente inconsciente, pero al fin una cobardía, indigna de jóvenes que se estiman y honran la familia á que pertenecen; indigna porque humilla desde luego la altivez propia, del hombre, de la criatura dotada de inteligencia y moralidad. No voy á insistir en conocer al culpable, quedándome en el fondo del alma, la amargura de tener entre mis alumnos un joven sin pundonor. Que el hombre perseguido por la desgracia, mienta alguna vez porque sus necesidades materia-

les se lo imponen, es, al fin, disculpable; pero jóvenes que no han llegado á la adolescencia, que presuponen la virginidad de sus costumbres, es monstruoso que demuestren tanta bajeza moral, tanta ausencia de hidalguía, tanta carencia de valor personal que me sorprende horriblemente. Spencer ha dicho que el peor vicio del hombre es el carecer de la noción de la responsabilidad, porque ninguna mala acción queda entonces vedada. Yo deploro, mis amigos, que un motivo tan pueril, como éste, me obligue á exponer conceptos tan duros, tan deprimentes; pero tambien si no lo hiciera con sangrienta franqueza, daría lugar á suponerse que yo tambien por cobardía ú otra causa, permito á una mano sigilosa y malintencionada, injuriar á los ausentes, escondiéndose enseguida como el puñal traidor despues de inferir la herida. Este será día de tristeza para mi espíritu: he comprobado haber aquí un culpable que permite inpávidamente carguen sus compañeros con responsabilidades ajenas, con descredito inmerecido, lo que....

Iba á continuar todavía mi campanudo discurso, cuando fuí interrumpido por Patricio Robles que, poniendose de pié, con la cara enrojecida por la vergüenza y anegados de lágrimas sus ojos, me dijo:

—«¡Señor, soy yo el autor de la falta y reconozco mi responsabilidad; no quiero

aparecer como un cobarde, ni consentir que mis compañeros padezcan por mí... (y bajando la cabeza y enjugando sus ojos, agregó.) Yo solo debo sufrir el castigo!

— «¡ Joven Robles, le dije en respuesta, solemnemente; acaba Vd. de probar que es un joven digno de mi estimación; le felicito á Vd. en nombre de la Direccion del establecimiento y en el mío propio; queda completamente lavada su falta y salva la mas alta virtud del ser humano: el sentimiento de la propia responsabilidad! »

Desde aquel día Patricio Robles fué modelo de circunspeccion, si no el primero de la clase.

El otro incidente que también me recuerda á este muchacho, es el siguiente:

Estaba.... ¿ pero á que referir hechos de la edad primera? Tengo la pluma en la mano, quiero escribir, quiero decir lo que pasa por ésta alma; aun siento el leve perfume que flota despues de haberse retirado la señora de Robles; deseo alijerar el peso que me oprime, hablar con mi mujer, con Florencia, discutir la proposicion de matrimonio, analizar la situacion que se me presenta, oir opiniones, calcular las consecuencias de cualquiera determinacion que se adopte, someter la personalidad de Patri á los veredictos de la observacion y el raciocinio, pensar en el mañana, en nuestra pequeña Florencia.....

Me resulta un mundo de preocupa-

ción y de inquietud que no sé como desvanecer. La señora de Robles ha dicho la verdad: «es imposible despegarse del egoísmo de la paternidad,» y bien lo veo por la turbación que me causa la sola idea de haberseme solicitado á mi Florencia. ¿Ya se la llevan, ya pertenece á otro? No ¡Dios mio! no todavía; pero ella no es ya la chiquilina, no es mas la colegiala: por su cerebro habrán pasado ideas que nosotros no hemos transmitido: en su corazón se habrán despertado afectos que no son para el padre ó la madre?..... no lo sé; lo sospecho. El pedido que se me hace debe contar con su voluntad. Habrá ella consentido? Habrá tenido valor para olvidar mi amistad, los consejos del padre, el derecho de intervenir en sus desiciones? Ella no es mas la niña candorosa y sumisa que acata mis designios? ¿Sabe Dominga lo que pasa? ¿no es esta una escena prevista como las del teatro? ¿Estará de acuerdo con Florencia, con Patri, con la señora de Robles? Ha juzgado lícito comprometer su palabra sin consultármelo? ó yo desvarío?

Bien sé que entre Patri y Florencia han tenido mas de una ocasión, se han visto, se han hablado; Dominga es testigo, yo tambien. Ah! pero yo no he dado mi consentimiento... Tengo que reflexionar mucho, y si antes he pensado que Patri era hijo de un ébrio consuetudina-

rio, ahora me viene á la mente el fin desastroso de su vida, su aspecto de abandono, su rostro macilento, sus ojos hinchados, sus ropas sucias por las frecuentes libaciones...y es el hijo quien ahora pide á mi hija, para hacerla su esposa; para transmitirle todos sus dolores y alegrías, sus virtudes y sus vicios, latentes ó reales; para hacerla coparticipar de recuerdos amargos en que ella no fué autora, ni paciente, reanimando escenas de un pasado ajeno que vendría á ser como herencia póstuma, pero solo para labrar nostalgias y sellar los labios de la franqueza..!

Evidentísimo que yo tengo que consultar con Dominga, sobre todo con Dominga, sin que lo sepa Florencia, á lo menos de mi boca. Estas cosas no se deciden, no pueden decidirse así nomás, á la ligera, como quien compra ó vende su finca, ó resuelve un problema de importancia transitoria. Sin embargo, soy yo el principal responsable, como padre, como jefe de familia, como hombre de criterio y de cierta reputación: en mi gravita todo el peso... ¿Qué sabe Dominga? y qué... esa pobre criatura que me abraza todos los días, que funde en cada beso toda su ternura, toda su acariciante inocencia? qué sabe ella, la adolescente para quien el mundo esconde todavía sus traiciones? Yo, yo soy el Fabio romano en este gran pleito de dos mundos contenidos en dos personas, pleito que será terrible si en

los corazones hay raíces profundas que mi deber impone cortar, sí, cortar como Alejandro, ó ceder como Enrique IV para obtener quizás la paz deshonrosa, llamada á petrificarnos en desventuras irremediables. El matrimonio, idilio al concertarse, es juego aleatorio que reserva sorpresas inesperadas de gratos encantos ó de funestas torturas.

Yo lo he visto, he visto bodas en que todo hacia presumir la felicidad. Belleza, juventud, vigor intelectual, moralidad, fortuna y todo, caer y destrozarse entre las manos de lo inesperado, enfermedades del cuerpo ó enfermedades del alma que lo han arrebatado de la noche á la mañana: he visto á la felicidad vestida de novia, con la blanca corona de la inocencia, desposándose en medio del universo de las felicitaciones y los más fundados y risueños augurios desplomarse al día siguiente; como he visto á la malaventura entrar con el mismo traje y convertirse luego en dulcísima odisea; pero con todo debo creer hallarme en lo justo y lógico al pensar que el actual problema sometido á mi decisión, demanda maduras reflexiones.

Florescia no puede ver con sus ojos de niña lo que el mundo tiene de engañoso. No creo tampoco que Patri sea un aventurero no, por cierto: sus antecedentes por el contrario, me lo revelan serio, con sólidas nociones de moral sana, acostumbrado á la lucha, con bastante gobierno de

sí mismo; á lo menos tal me parece, pero por Dios! ¿cómo desprenderme de la preocupacion de que es hijo de alcoholista, de que lleva en sus venas y sus huesos el germen de la tendencia que tarde ó temprano como torrente contenido se desborda?

¿Saben Dominga y Florencia ~~estas cosas~~? En cuanto á mi mujer.... ella ha vivido, ha visto como yo, ha tomado parte en el duelo social que lloró en vida la muerte moral de Amadeo Robles, el padre de Patricio; ella misma me ha hablado tantas veces de «ese hombre» sin suficiente dignidad, de Gumercinda «la esposa mártir,» de la familia constantemente ofendida, humillada por «aquel hombre» que en otro tiempo habia sido un buen mozo y perfecto caballero. Oh! ella lo ha visto todo, pero, mi Florencia, esta virgen paloma, este ángel de mis días nada sabe ó si lo sabe no lo entiende. Para Florencia el mundo ha comenzado en el dormitorio de nuestra casa, se ha ensanchado luego en los demás departamentos y cuando le hemos permitido alargar su vestido, un espacio azul inmenso cuajado de rosas, un ambiente perfumado y lleno de ritmos musicales, se descubrió ante sus ojos soñadores: no ha visto más que celeste y rosa, armonias y perfumes y, he aquí la petición de matrimonio entablada; el azul se vuelve gláuco y las rosas pálidas si yo le digo: «Despierta, niña; la

felicidad te busca brindándote sus dolores. Ahí está; es Patricio Robles, todo te promete y cree seguramente cumplir su juramento; pero su alma vive dentro de su cuerpo y en su cuerpo, los órganos contienen virtualmente algo que no depende de su voluntad, un pequeño poder oculto, dormido, que aun no ha despertado, que espera un momento que nadie conoce para revelarse y puede sea duro, furioso, agostador, mensajero de lágrimas . . . . . Ahí está, despierta tu también, niña querida, que duermes el sueño de la inocencia . . . . . ¿Tienes valor para atrontar el peligro? Tu serás su esposa, y yo tu padre ya no podré decirte con la misma franqueza, con la misma sinceridad lo que afecte el honor de tu marido, porque le pertenecerás mas á él que á nosotros» . . . . .

«Es el lado sombrío. Talvez no llegue, tanta es tu bondad, tan pura é inmaculada tu virtud, tu inocencia, que quizás te permite el destino, dándote el compañero justamente exacto con nuestro ideal. Decide, pues, ahí esta Patri, es joven, fuerte, sano» . . . .

Los que somos padres tenemos un corazón que no nos pertenece y se desgarrá facilmente. ¡Cuánto daría para que el mío fuese de piedra, insensible á las borrascas del alma!

Tener una hija, criarla; gozar loca-

mente con sus caricias, soñar con élla, descidir con la madre la felicidad inmensa de verla, confundirse en sus alegrías, saber que es la propia carne y algo así como un pedazo del alma, y repentinamente dejarla arrebatada, y llevarla, y hacerla padecer por el esposo que se adueña, sustituyéndose á la autoridad y el cariño del padre; saber que desde ese instante la paternidad se vuelve esclava de un extraño, saber que otro manda y que la hija hecha esposa tiene que obedecer porque tal es el matrimonio y tal la ley que lo rige; sentirse despojado de derechos inalienables en nombre de su contrato, nosotros que somos los autores de esa existencia, de esa tierna mariposa que durante diez y siete años ha revoloteado en nuestro contorno sembrando en cada beso caricias infinitas; . . . pensar que todo termina, para comenzar todo, el día de las bendiciones, que la pálida desposada, con su seno aletante y su corazón sin mancha, va á ser abrazada por otro y desflorados sus besos y embargada su alma, y roto el nudo que la ataba á la casa en que ha nacido. . . .

Oh! cuanto daría porque mi corazón fuese de piedra! sí, ahora que me veo en el caso de perder la propiedad de mi Florencia que es toda mi ilusión y mí. . . . todo.

---

## II

La señora Gumercinda Fernandez, viuda de Robles, es la persona que ha despertado en mí mayores inquietudes. Soy ya hombre de alguna edad, pues, diviso las fronteras del medio siglo; he pasado durante mi existencia por situaciones difíciles, luchando valerosamente; mil decepciones he recojido á lo largo de mi camino, amistades falsas, ilusiones tronchadas, pobreza y desamparo... Me casé con Dominga desafiando las asechanzas del porvenir que se me aparecía oscuro en esta tierra donde el trabajo es duro y la compensación mezquina; he batallado con los libros y si no he sido vencedor, no puedo propiamente llamarme vencido; nunca estuve en inminente peligro de muerte aunque ésta, á veces, no anduvo demasiado distante, pero ¡por mi Dios y mi dama! como solían decir los campeones de otra edad, nunca palpité con mayor violencia mi corazón que al ver y escuchar á la viuda de Robles, sintiendo sus palabras una á una caer sobre mi sangre helada como puntas de fuego.

Para dominar mi emoción me puse á escribir, así que élla se fué, y para gobernar mis ideas, si gobierno podía ser el intento, me dije, recordando á un purpurado romano, « ve despacio si tienes prisa », y comensé á rumiar la suerte que el destino me deparaba.

Cuando ví salir á la viuda, no obstante su hermosura y el sutil perfume de sus encantos, que al fin hombre soy para no ser insensible, sentí tan extraño y grato alívio, hallaba tan justa y necesaria mi soledad, me veía tan aniquilado que desde lo alto de la corona como una especie de muerte provisoria, empezó á deslizarse por todo mi cuerpo el anonadamiento.

Por ésta vez, la pluma que jamás me sirvió sinó para firmar recibos ó cartas de familia, vino á ser mi compañera en ésta hora que hace un siglo estoy viviendo.

En éste momento Florencia no está. La he llamado para verla: deseo verla porque me parece que voy á encontrarla distinta. Llamo entonces á Dominga quien me responde, y mientras llega, comienzo á ordenar el exordio del discurso que he de improvisar sobre un tema que no está al alcance de nadie, puesto que no hay mas que una Florencia sobre la tierra y esa es nuestra hija.

« Señora, le dije á mi esposa, hemos subido la pendiente y nos hallamos en la cima contemplando la profundidad del des-

censo. Hemos vivido veinte años que parecen un instante y hoy comienzan los minutos que parecen siglos. Á la vida real, á la paz tranquila quieren sustituirse las horas ajitadas, los días de duda y de prueba ¿Sientes en ésta atmósfera la presencia de un vago perfume? ¿Presientes el fluido que derraman las hondas preocupaciones? Pues bien, ese perfume y ese fluido los ha dejado aquí una dama y esa dama no es otra que Gumí Fernandez de Robles, tu pálida amiga, que acaba de solicitarme á nuestra Florencia para su hijo Patri...»

Mi mujer, de ordinario apasible, perdió el color; las rosas de sus mejillas tornáronse jazmines; su aliento se cortó en un suspiro mitad llanto, mitad agonía, teniendo yo que acudir en su ayuda, pues, la veía temblar como azogada.

—« Dominga ! agregué, - es broma que te hago; crees tú. »?

—« Oh! si lo creo; no es broma; estoy leyendo la verdad en tus ojos... (y luego fundiéndose en lágrimas), tú quieres engañarme con la verdad. Mi Florencia no puede casarse con Patri. ¿ Es un proyecto imposible...!

—« Pero, mujer, la interrumpí, ni porque he usado de cierta literatura en mí extraña, de cierta elocución ¿ no contienen tus lágrimas, ni tu arrebató? Vamos que no es obrar con cordura esto de abandonarse...

porque le soliciten la hija que puede ser dada ó negada.... y ...

— «Entonces ¿nada has contestado todavía? no has comprometido tu palabra? —me dijo.

— «No, por cierto ¿cómo había de hacerlo sin antes hablar contigo y con Florencia?

— «Pues, no gastes mas tiempo: responde que no, que no y que no.

— «Si así lo hiciera no obraría con cordura. Contestar que no sin hablar con Florencia que es la parte principal, sería temerario; y negarse sobre tablas, sin discusión, sin someter el proyecto á votación, es antiparlamentario é imprudente. Además ¿que razones tienes para oponerte con tanta vehemencia?

— «¿Que razones? una, una sola que vale por todas... la felicidad de nuestra hija!

— «¡La felicidad! ¿se vé donde está? sabes si la aseguras ó la pierdes negándonos sin mas fórmula? Puedes afirmar que nuestra hija será feliz rechazando á Patri Robles?

— «Será mas feliz negándola que dándola...

— «Bién ¿pero cual es por fin la razón de tu afirmación... es feo? es bribon? es enfermo? es....

— «No, nada de todo eso. Es simplemente hijo de Amadeo Robles que se murió de borracho, y tú me has dicho que

eso se hereda, que los hijos cuando no son como el padre, les sobreviene la epilepsia ú otra enfermedad, ó son desequilibrados y en fin, lo malo como esperanza y lo malo como realidad. ¿ Te parece que vamos á entregar á nuestra Florencia al primer solicitante? Estás cansado de ella? Créés que es vieja á los diez y siete años y debemos pegarle fuego como á mercancía sin salida? Pues, no, yo no consiento, ni tú consentirás: á mi me hace falta Florencia, es mi hija y basta.

— « Lo que es á mi no me hace falta, ni es mi hija, y además quiero darla como pan de limosnero,—le repliqué,—pero entretanto ¿ porqué has recibido á Patri en nuestra casa? Porqué has permitido que baile y pasee con ella? que la corteje y la conquiste como tierra de indios? Pensabas ó piensas que eternamente ha de vivir á nuestro lado? ¿ Se te hace nada dejar llegar á tus puertas un jóven que cualquier día se hace novio y ocupa todo el espacio que hay en el corazón de tu hija? No calculabas que Florencia es mujer y tan facilmente olvidas lo que pasó por ti?— Bueno; iré ahora mismo á casa de la viuda y le diré en medio del rostro que rechazamos su petición; que hemos engañado á su hijo al permitirle abrigar la esperanza de que siendo recibido como visitante, no lo es como novio: le diré que no hemos hablado con Florencia porque como padres

somos dueños de disponer de la hija á nuestro antojo, le guste ó no le guste, se rompa ó no el corazón que lleva en su pecho, corazón para obedecer como máquina, insensible, dominado en sus palpitaciones por nuestra voluntad superior, irreductible ante los amagos del infortunio. Y mientras yo cumpla este *deber* ¿qué harás tú? Informarás á Florencia de lo que ocurre? Y si ella amase á Patri, si ella hubiese jurado?... ¿No sabes tú que los cristales se rompen? Olvidas que Florencia es sensible al dolor y la desesperación? Tú, como madre, has observado y sabes cual es la verdadera situación de su espíritu?; Habla, dímelo..!»

A medida que yo hablaba y amontonaba, cómo con pala, reflexiones y preguntas, mi mujer iba largando la cabeza sobre el pecho bajo el peso de la duda. Ví que la estaba mortificando con un proceso que apenas iniciado permitía entrever la profundidad, de las consecuencias, y le tuve lástima. Cambié de rumbo y me declaré enemigo, como élla, del proyectado matrimonio, arrojando sobre Patri Robles mil conceptos desfavorables, pero, terminé diciendo á Dominga:

— Menester es mirar éste asunto con cierta frialdad. Pienso que nada debemos contestar todavía. Tenemos lo que resta de la tarde y esta noche para resolver tranquilamente. Hablaremos con Florencia, ha-

blaremos como buenos amigos, con franqueza, y cuando haya sido examinado el problema en todas sus partes, concertaremos la respuesta. ¿No crees que éste es nuestro deber?...

¡Pobre Dominga, pobre esposa mía! No ha calculado que un día llegaría el de hoy, y su egoísmo de madre asaltado de improviso, como el gato que vé al perro de casa extraña, se ha encrespado, dispuesto á dar el zarpazo, sin distinguir si es amigo ó enemigo.

Pertenezco ál gremio de los hombres teorizadores que analizamos fácilmente, desprendiendo del entrevero el pro y el contra, para llegar á conclusiones que como las del perfecto silogismo, no admiten discusión. Vengo sosteniendo hace tiempo que no se deben admitir visitas de jovenes que no han de ser aceptados. Con arreglo á mis teorías sobre los deberes de los padres respecto de sus hijos, se imponía el análisis de la persona de Patri Robles, y en su oportunidad, sin acarrearne pesadumbres, pude observar y definir lo que nos estaba reservado.

Pero es el caso que, mientras mis teorías andan admirables en la casa del vecino, en la mía han tenido la habilidad de dormirse en la antesala.

Es malo, es pésimo permitir que se visite y corteje á la hija por jóvenes á quienes vamos á rechazar como novios,

y si el joven es novio de otra ó pertenece simplemente al género de los divertidos, de pésima pasa á ser criminal la tolerancia.

Pues, es claro; con el corazón de una niña, no es permitido jugar y son los padres los obligados en primer término á impedir la broma peligrosa.

Pero respecto de Patri me pasa algo que debo calificar de « original ». Le he visto venir, sin que me haya ocurrido la idea de su matrimonio. Dominga nunca me dijo palabra. La viuda de Robles, vieja amiga nuestra y vecina, jamás me dijo nada. Habríase creído que formamos una sola familia y, sin embargo, no somos ni parientes. No ha caído Patri bajo la lente de mi microscópio y he aquí que se me presenta futuro yerno y que Dominga desespera y yo vacilo,—y Florencia...? ¿ que dirá Florencia?—Dirá que sí. No cabe imaginar que Gumi la hubiése pedido sin que Patri le hubiese asegurado que procedía de acuerdo con Florencia. Debe ser « el cuento del tío » y lo peor del caso es que Dominga y yo—debemos ser aquí « los tíos », si pues, los tontos, los otarios—que nada hemos visto, aun teniendo abiertos los ojos.

Me hice ésta reflexión y el amor propio de hombre que se tiene por ingenioso, comenzó á picarme en la punta de la nariz; Valiente padre he hecho! A todos he visto y observado cuidadosamente, poniéndoles cara fea á unos, disimulando con otros

y deseando con muy pocos mayor acercamiento. En cuanto á Patri, jamás se me ocurrió la idea. ¿Porqué? Lo ignoro. Posible es que haya influido un prejuicio, semejante al que experimenta Dominga... ¡Hijo de Amadeo Robles! es decir.... no, no quiero decir, ya lo ha dicho mi mujer... Por Dios que cosa rara pasa por mi cerebro... veo el peligro... siento á mi egoísmo exaltarse, y sin embargo quiero á Patri Robles.

Mañana será borracho como su padre... ó no será... ¿qué debo hacer? ¿cual es mi deber?

Inquieto, inseguro he ido á la mesa. Florencia, prevenida por mi mujer sabe que vamos á celebrar comparendo despues de comer. Me siento, dirijo mis ojos hacia mi hija... está alli sentada en el mismo sitio de costumbre con su servilleta prendida al cuello, levantándose y bajándose con el movimiento de la respiración. Nadie habla. Se sirve la sopa; continúa el silencio. Vuelvo á mirar á mi hija, á mi cara Florencia y nuestras miradas se cruzan silenciosas, suplicantes... Está pálida pero hermosa, sí hermosa... ¿quien que la conozca dejaria de confesarlo? Sus ojos grandes, negros, bajo la ceja crespa y espesa brillan con limpideces azuladas. En ellos está el mando, el mundo arrebatador de los sueños, la magnificencia impaciente, la pureza casta con efluvios angélicos; está

toda la historia de nuestros anhelos, pues, Dios nos premió dandonos á Dominga y á mí lo que más deseábamos: una hija con ojos divinos por la suavidad de la forma y la mirada con la irradiación del alma desprendiéndose al través de sus pupilas.

Intento dirigirle la palabra y ésta se me congela en los labios; busco una idea digna de nuestra situación y solo se me ocurren vulgaridades. Florencia apenas toca los platos, la obsedia el mismo pensamiento... Patri en imagen invisible está en la atmósfera. La charla de Dominga no existe más. Estamos mudos, cualquier monosílabo parece un discurso. Me reservo para hablar con el café. Se sirve, lo hallo amargo, sin atreverme á decir que está amargo por temor de que se suponga amargo cuanto nos rodea en el momento. Hago valor...!

—¿Viste á tus primas? le digo despertando el pretexto.

—Sí, papá.

Vuelve el silencio. Enciendo mi cigarrillo, me levanto, me retiro y escribo éstos renglones, hallando que soy entre los hombres el más estólido que yo conozca, y entre los padres... también el más estólido. Las sienes me palpitan y una invasión de estulticia se apodera de mí, encontrándome absolutamente semejante á un zonzo adormecido. Contemplo esta carilla en blanco (ya se sa-

be que la quiero escribir) y me asombro de la vacuidad de mi cabeza, y sin embargo, en élla hierve el volcán de la preocupación mas grande de mis años. Dejo la pluma que acabo de entintar y veo de nuevo á Gumi, pidiéndome á Florencia para su hijo Patri; veo sus lágrimas, admiro la belleza de sus formas y me pierdo en mil pensamientos, como entre una selva oscura. Vuelve la pluma á mis manos y delante del renglon como diablillos juguetones, encargados de perturbar mi propósito, flotan en tumultuoso desórden, él, élla, la otra, yo, mi mujer, me confunde, me acosan; quiero seguirles y se me pierden de vista, les abandono y se me presentan, y en cada rayo de luz que corta mis tinieblas, veo los ojos de Florencia mirándome con ternura.

Luego me llaman; son Dominga y Florencia.

Al entrar al salon me dice mi mujer entre sollozos:

—«¡Ella lo ama!»!

Yo voy hácia mi hija y la abrazo silencioso. Oigo sobre mi pecho las palpitations de su corazón y veo correr sus lágrimas que brillan irisadas á la luz de las lámparas.

—«Seamos sensatos, les digo; no veo porqué se hace tanto duelo. Si Patri es amado, que mas se quiere?»

No es una desgracia y acaso por el contrario sea la suerte ó la felicidad con alas de águila dorada.»

—«Pero no, pero no, dice mi mujer interrumpiéndome,- Florencia le ama y no sabe lo que le espera...es un amor de muñecas, y yo como madre tengo mucho que decir... Esta criatura ¿ sabe donde va? No, no sabe... háblala tu, oye de sus propios labios, está ciega. ..

—«Oh! mamá; ciega...!

—«Ciega, hija, pues tu miras al mundo con ojos infantiles donde nunca se reflejó la asechanza...

—«Mamá sabía....

· · —«Nunca, nunca lo he sabido; tú no me lo has dicho,- dijole con cierta violencia mi esposa.

—«Es verdad, con palabras no lo he dicho, pero tanto sé ha dejado entender en nuestra actitud ( El rubor apenas la dejaba hablar á mi pobre Florencia ). El ha venido siempre... ha sido recibido por nosotros...

—«¿Y... desde cuando sientes por él esta atracción? la interrogué yo, condolido de su turbación

—«No sé papá. Hace mucho...

—«Bien, hija; tu resolverás este asunto. Dominga te habrá hecho sus reflexiones. A tí te toca decidir, á nosotros aconsejarte.

—«Eso no; papá. Yo no decidiré nunca; mi voluntad es la de Vds. y desde el momento que mamá se opone... yo no debo...

—«Propiamente, no me opongo, esclama Dominga estallando en violento raudal; me duele la idea de que puedas ser desgra-

ciada y es natural que desea ahorrarte sufrimientos.»

Me hago cargo entonces de que una transacción puede salvar los conflictos del momento y la propongo sobre tablas:

—«Contestaremos que aceptamos la proposición fijando un plazo de tres meses dentro del cual será permitido retirar la palabra á cualquiera de las partes.

Dominga encontró ventajosa la proposición, reservándose sin duda combatir á Florencia durante los noventa días y hacerla cambiar de opinión.— Fui, pues, encargado de transmitir á la viuda de Robles, nuestra resolución y como la conferencia arriba relatada en una página, duró mas de dos horas, para no andar con luz de estrellas, compuse rápidamente mi persona y la conduje hácia la casa de Patri.

Al golpear conocí que se me esperaba, pues, se me hizo pasar inmediatamente á un gabinete donde estaba Gumí leyendo. Puso élla su libro á un lado y me alargó su mano suave, dulce como una transfusión de vida cariñosa.

No creyó, probablemente, deber interrogarme y como yo no me hallaba muy dueño de mi mismo, aproveché mi vacilación para preguntarle que libro estaba leyendo, si no era imprudencia...

—«De ningún modo, señor Portales; leía (y tomó el libro poniéndolo en mis manos) «Ensayos biográficos» de Lord Macau-

lay, de lo que poco ó nada me aprovecho.

Los otros volúmenes de Macaulay estaban adosados en una repisa frente á nosotros.

—«Pues, no parece así cuando tiene V. las obras completas, según parece.

—«Si, en efecto, pero no son mías; pertenecen á Patri que se toma el trabajo de renovar mi material de lectura, allegándome á veces, libros que no están á mi alcance, libros que leo por sumisión, más que por encanto y algunos como «Vidas Paralelas», «Soliloquios», «Máximas de Epicteto» que las he fojeado para demostrar á mi hijo no ser indiferente á sus gustos.

—«Es admirable, señora, lo que V. hace y hace justamente lo contrario de la generalidad — que gastan sus ojos y la mejor parte del tiempo en la lectura de novelas buenas y malas, más comunmente malas que buenas. No creo por otra parte que V. no aproveche de su lectura, otro y muy distinto es el juicio que de V. se tiene....

—«Ah! gracias Señor Portales: es V. amable.»

Nos quedamos callados y notando yo que la viuda no pensaba en iniciar nuevamente la conversación, hube de resolverme á cumplir mi cometido que se lo transmití con toda exactitud: «tres meses y derecho de retractación.»

—«Lo esperaba, señor Portales, y lo hallo así justo, me dijo Gumi con lijero tem-

blor en sus palabras; es natural lo que pasa. No se podía aceptar incondicionalmente nuestra proposición. Quisiera que se guardase completa reserva respecto del *derecho de retractación* que hiera á un inocente, á mi querido Patri; Vds. tienen razón, pero yo también la tengo para pedirle (una ráfaga de tristeza cubrió su semblante) no le hagan conocer esta cláusula. Sería la desgracia de toda su vida, pues él renunciaría á Florencia, si la supiese. Yo la esperaba y reconozco su justicia, y tanto es así que estoy preparada para una confianza imposible en ningún otro caso; se lo aseguro (La viuda ~~miró~~ <sup>abrió</sup> un cajón de su escritorio y retiró un cuaderno prosiguiendo). Voy á poner en sus manos para que se mortifique V. leyendo los renglones que tengo escritos y los haga conocer de su esposa. No es el diario de mi vida aunque mucho se le parece: son notas ~~desperfi-~~ ~~das~~ generalmente sollozos mal traducidos de mi vida íntima, que á no ser la felicidad de Patri jamás habrían sido conocidas de nadie. Esos tristes renglones, pueden ser sin embargo, una revelación y... ¡quien sabe! si no lograsen hacer retirar la cláusula de *retractación* que nos hiera con aparente justicia, pero con real y verdadera inclemencia. Si después de haberlo leído, permanece inflexible esa cláusula, devuélvame simplemente este cuaderno (la viuda me lo entregaba) y dé V. por nada dicho

todo lo hablado... Yo he de procurar salvar á mi hijo, sin enojos para nadie y menos aun para Florencia que perfuma el alma de Patri como angélico incensario.

—Pero ¡Señora! díjele rechazando el cuaderno ¿no ve V. que ese derecho de retractación es comun?

—Oh! si le veo. Solo si que mi hijo no lo aceptará para él y volverá la duda á su espíritu y el cielo azul se convertirá en tinieblas y su amor... no sé en que se convertirá su amor. Pero no hablemos más de ésto, Señor Portales, tiene V. ocho días, si quiere, para leer esas páginas que las podría recorrer en dos horas; léalas y devuélvamelas que yo sabré, sin que lo diga, cual es su última decisión.»

No fué posible. Gumi me hizo tomar el cuaderno y en cierto modo me despidió de su casa que tuve que abandonar mal de mi grado, murmurando palabras de despedida confusas deshilachadas, como un despojo de la inteligencia torturada.

—¡Diablo de viuda (díjeme interiormente); como si nos hubiera estado oyendo. Lo tenia previsto! Sabia antes de hábersele dicho que le daríamos contestación condicional, y talvez ya sabe que soy yo el autor de la cláusula... y que Dominga dice esto... y Florencia estotro., y yo... y todos... ¡Diablo, diablo!

El cuaderno que recibí se me figuraba algo así como una emanacion de la

viuda como una prolongación de su ser, sin alcanzar á imaginarme qué influjo podía tener en nuestra resolución.

Un diario! *el diario de la vida?* escrito en C... en esta tierra magra, sin más riqueza que sus tumultuosas perspectivas cambiantes, debe ser la más atrevida originalidad, y más aun siendo escrita por mano de mujer, aquí, donde los hombres á duras penas hemos aprendido á tirmar...

¿Será un ensayo de literatura vallista? O realmente ésta mujer ha expuesto con su pluma los dias felices y los desgarradores del alma?

Ella no pertenece al gremio temible de las mujeres sabias; no es maestra normal: no le da por publicar versos, ni hacer discursos. A lo menos, yo, jamás la he oido mentar.

Si su inteligencia es, como parece una facultad equilibrada y clara, Gumi sabe lo que hace al entregarme estas hojas por élla escritas. De otro modo no habria empleado términos tan categóricos al despacharme con la encomienda. Léalas y devuelvamelas que yo sabré, sin que lo diga, cual es su última decisión», me ha dicho y casi estoy por creer á *priori* que la viuda tiene razón.

No es una mujer fátua, de esas que gozan viéndose y oyéndose, como embebecidas Narcisas cristalizadas, no en linfas transparentes, sino en charcos y aguaduchos.

Para que Gumi haya adoptado la formal resolución de poner su confesión íntima en manos extrañas, es porque en esa confesión debe estar cifrada. ¡la suerte de su hijo y ¡que diablos! también la de mi Florencia.

Con todo, me es difícil reprimir el espíritu de desconfianza que me asalta haciéndome recordar de ciertas tontas inteligentes que conozco y de quienes he visto en sus productos las dos caras de la medalla: la obra lógica, bella, sensata y la obra estulta, ezforzada, empalagosa que unidas constituyen la afirmación y la negación del talento.

¿No se encontrará Gumi en el número de esas matoides, mitad llama y mitad piedra que incendian ó aburren? que vivifican ó matan?

¿No será esto algun arranque de histerismo estallado en presencia de mi vacilación?

Cuando tomo un libro desconocido para leer, lo primero que hago es ver la firma y despues calculo si la rubrica es nueva á que género pertenece recorriendo las primeras páginas.

Pues en el caso presente, hállome empeñado en descifrar una firma sin abono en las letras, y un intento confuso me extravía en vanas conjeturas.

Mil formas, mil pensamientos en desatado tropel me han venido á la mente

y nada será mejor que contenerlas con un acto de voluntad, reservándoles la puerta franca para después de la lectura que no durará «ochos días» el plazo puesto por Gumi. Será obra de una noche en compañía con mi Dominga, la pobre malva marchita.

Prescindiré del asombro de mi esposa al ser informada de lo ocurrido. Es tímida con la literatura de su sexo.

—Será una carta?

—No, le dije es casi un libro, un folleto manuscrito, enseñándole el cuaderno.

—Leámoslo para descorrer el velo de ese templo de Ysis.

¿Y Florencia?

—Se ha recojido ya.

--Entonces pide el té y despachemos.

Curiosidad, temor, dudas, todo se amontonaba reclamando la lectura y por encima de ese todo, cubriéndolo, contaminándolo, flotaba el grave problema de dar á Florencia ó negarla, de dársela á Patri ó conservarla, de hacer su dicha ó su desgracia, y entre tanto, el angel querido ignorando que sus padres.... que Gumi.... que.... descansaba!

No, no descansa el espíritu de una joven cuyo porvenir se delibera para la última batalla.

El amor no viene, ni se va, sin romper las puertas del alma.

### III

Pusimos nuestras tazas de té por delante y abrí el cuaderno de la viuda. Lo primero que me llamó la atención fué el carácter de la letra; gorda, fuerte, cursiva, sin fioritura, como la mía, como la de cualquier hombre que tiene alguna costumbre de escribir.

No había títulos; ni distribución preconcebida del material escrito, echándose de ver la falta de varias páginas arrancadas en distintos lugares del cuaderno. La desgarradura parecía fresca, recientemente hecha á juzgar por los pequeños trozos salientes de las mutiladas páginas.

Dominga me instaba á que comenzase la lectura que yo retardaba deliberadamente por terminar el análisis material del cuaderno que entre paréntesis, nada revelaba de particular, como no fuese el sutil y femenino perfume desprendido de sus hojas.

La imagen de Gumi se me aparecía indefinida, nebulosa al traves de las páginas de cuyo contenido estaba ignorante; pero, por singular fenómeno de imagina-

ción, en las vagas formas de Gumi, veía también á mi Florencia esfumándose como gironcito de vapor en las lejanías del horizonte, sin acertar á definir su destino.

Sorbí el último trago de té, apacigüé la impaciencia de Dominga y leí:

« JULIO 19 DE 18...

« Acaba de irse Amadeo y es tan grande mi felicidad que, logro los breves minutos de su ausencia en escribir estos renglones. Si he de estar pensando en él ¿porqué no habría de poner aquí mi pensamiento? Así verá él cómo le pertenezco; verá que no he mentido al jurar ayer en la iglesia otorgarme por toda la vida. ¡Que felicidad Dios mio! Toda mi ilusión se ha realizado. Hace veinticuatro horas que soy la señora de Robles. Soy la mujer de Amadeo Robles y con qué gusto soy su mujer, de él en cuerpo y alma. Oh! ¡si esto fuera eterno! Siento que mi alma se ensancha de una ternura que crece y se agiganta como un mar inmenso, y eso, es poco todavía, para amar á mi buen Amadeo que ha tenido la generosidad de amarme y hacerme su esposa ante Dios y las gentes.

Mucho quiero á mi madre, á esta tierra, á todo lo que me rodea, y con todo, más amo á mi Amadeo, á mi caro y adorado esposo. Veo á mi alrededor el velo,

la corona de azahares, los simbolos de mi nuevo estado y francamente, no echo de menos los hábitos de mi vida de soltera. Nada he padecido en élla; nada espero padecer en ésta otra con un marido tan digno de mi, tan bondadoso tan inteligente. ¡Que varonil es mi Amadeo! No diré que es perfecto: los hombres no son perfectos, pero mi esposo es para mi así como una perfección desde que nada le falta, para que yo me sienta plenamente feliz. Por lo mismo que soy envidiada en mi suerte, experimento una corriente de bondad tal que deseo la felicidad de todos; quisiera que el universo entero sonriera como yo sonrío con la más completa plenitud de la dicha.....

### 19 EN LA NOCHE

«No he querido enseñar ésta página á él. Porqué? «No sabría decir porque... pero, es lo cierto que no se la he enseñado. Me será mejor llenar antes algunas otras páginas para repetir una y mil veces cuanto adoro á mi esposo. Mi dicha sería inmensa si viese á mi madre contenta, si en su fisonomía no se vislumbrase alguna reserva. Ella lo ama también. «Desde hoy es V. también mi hijo,» le dijo cuando volvimos de la iglesia, y le abrazó, pero no brillaba en sus ojos esa luz que siempre he visto cuando son para mi sus caricias.

Amadeo por el contrario ha resplandecido de satisfacción estrechando efusivamente entre sus brazos á mi madre. En fin.... yo desecho sin trabajo la preocupación que sufre élla y me conformo con la idea de que es una preocupación gratuita. Ah! ¡si pudiera borrar esa sombra, la única que turba la pureza cristalina de mi suerte! Será, quizas, que la felicidad es como el agua trasparente que encierra entre sus átomos millares de seres y miserias?

22 DE JULIO

«Hemos hecho un delicioso paseo. Si en vez del cochero, hubieramos guiado nosotros, habría sido aún más completo. Ni frio, ni calor. Un cielo azul, una atmósfera transparente y quieta y nosotros volando por esos callejones de la Falda, sombríos, perfumados con las emanaciones del alfa y las naranjas maduras, sonando las ruedas sobre la arena como si se arrasrase tejidos de seda. De todas las casas asomaba algun curioso á vernos pasar, ignorando que en el carruaje iban dos personitas, nadando en la dicha, con un canasto de provisiones para ser sacrificado donde el hambre lo indique, sin rumbo fijo, buscando la soledad, en el intricado laberinto de los camimos, haciéndose trasportar hácia un lado, ó al otro, deteniéndose para que Amadeo corte una guía de lo-

cante en flor, mas allá un racimo de docas, grandes, lechosas, de corazón dorado y carne blanca, como huevo de gallina; ó para contemplar de paso al viejo algarrobo, desnudo de hojas y fruto, con sus extensos y torcidos tentáculos como afianzándose en el ambiente hasta la próxima primavera en que volverá á encontrar el poleo y la jarilla y la pichana olorosas ondeantes rodeándole en las tierras sin arar. . . . Mujeres desgrenadas, con todos los signos del trabajo, mirándonos, y probablemente envidiándome el compañero, ó la falda de paño gris que llevaba, ó mi tapado de guarniciones plateadas que me hacía aparecer, seguramente, una reina visitando sus vastos dominios: chiquitines descalzos, de cabello hirsuto, largo, desigual, asombrados de ver por su mundo cruzar un carruaje que es asaltado á su paso por los perros de la finca, ahulladores infatigables, gansos capitolinos de cuatro patas que no admiten la más pequeña modificación de los hábitos inveterados, sin poblar el aire con sus estridentes gritos. . . . Á las once de la mañana, á la sombra de larga hilera de álamos blancos criados á la orilla de la acequia regadora, dimos la voz de «alto» definitivamente, proximos á una casucha, descargando nuestro canasto y mandando hacer fuego al cochero para prepararnos el café.

Amadeo estaba contentísimo y natu-

ralmente su alegría no solo me contagiaba, sinó que me absorbía en sus dulces expansiones. Como no teníamos asientos, estábamos improvisándolos con los almohadones del coche, cuando se nos presentó una mujer, la dueña del vecino casuchin, con dos sillas de cuero crudo «para que se sienten los señores, si no prefiriesen pasar á la casa donde hay sombra de naranjas y de higueras que podría parecerles bien.»

Nuestra idea era la de aislarnos para vivir algunas horas en el amor sin más testigos que el sol, y los árboles y el aire embalsamado.

Amadeo me dirigió su mirada consultándome, y puesto que no nos podíamos desprender del cochero, aceptamos el ofrecimiento, trasladándonos á la casa de aquella mujer á quien no conocíamos ni de nombre. Los uñigales, el cuello de dama, la higuera negra volteaban sus hojas quemadas por el hielo de la noche, pero los naranjos, enórmes desgajándose al peso de su dorado fruto, nos brindaron hermosa sombra donde abrimos nuestro canasto, de cuyo contenido hicimos parte á la hospitalaria mujer venciendo su resistencia. Cuando hubimos tomado alguna confianza le preguntamos su nombre. Se llamaba Catalina, era viuda y tenía una niña enferma, de diez años de edad, siendo todo su anhelo hacerla curar con el *doctor*.

La pequeña finca y el rancho eran suyas, pero desde la muerte de su marido todo iba mal; su trabajo personal no alcanzaba para vestir y comer, mucho meno para pagar al médico la curación de la enfermedad que la fiebre del chucho la destruía: ella la calentaba abrazándola estrechamente cuando le venia el frio, un frio terrible que le dejaba como de cera los labios.

Pedí ver á la *criatura* y, sin resistencia, Catalina me condujo al interior del rancho, donde en un rincon desabrigado y entre mantas raidas yacia la niña tendida como un montoncito de huesos. Se sorprendió al verme y empezó á llorar la pequeña, serenándose con mis caricias.

¡Cuanta pobreza! ¡cuanto desamparo! El espacio encerrado por el rancho apenas sería de tres metros por costado y dos de alto y había allí un bazar de cosas viejas é inútiles... Me conmoví tanto que á punto estuve de soltar mis lágrimas en presencia del contraste. Afuera, con mi esposo, la felicidad desbordándose, y adentro, en el rancho, la miseria y la enfermedad.

Dejé á la niña las pocas monedas que tenía, tratando de fortalecer el ánimo de Catalina. Cuando le referí á mi Amadeo lo que había visto, sin hablar palabra, sacó de su bolsillo un billete de diez pesos y se lo dió á la viuda, quien no hallando otro modo de agradecer aquel acto

generoso, juntando sus manos exclamó: «La Virgen del Valle, se lo pague, señor.... V. me dá para hacer curar á mi hija y ¿cuando le podré devolver?» Quedamos en seguida bajo los naranjos á traves de cuyo follaje verde oscuro no pasaba el sol, admirando los enormes racimos de fruta dorada que pendían de sus ramas, en uno de los que hemos contado diez y ocho naranjas, grandes, hermosas, racimo que Catalina se empeñó en cortar y poner en el pescante de la victoria, juntamente con un vasto manojo de juncos en flor, como un recuerdo de su rancho.

Que silencio admirable, que serenidad en nuestro alrededor, tan semejante á la paz y las íntimas alegrías que embargaban nuestra alma. Más de una vez he pensado que la naturaleza se asocia á nuestra suerte luciendo sus más bellos atributos, como si tuviera la conciencia de su maternidad.

Á eso de las cuatro de la tarde emprendimos el regreso dejando á Catalina, como una vieja amiga, emocionada por la despedida, corriendo nuestro coche por esos callejones sombríos que ni los mismos habitantes de la Falda conocen á punto fijo, aunque todos converjen á la vía central, la gran arteria por donde el tranway acarrea pasajeros y productos en un trayecto de tres leguas. No hablábamos casi con Amadeo: á veces el silencio espresa mejor que la palabra la situación del espí-

ritu, pero no nos cansamos de admirar los naranjales aplastados bajo el peso de la fruta que con los rayos del sol brillaba lujosamente á lo largo de los callejones.

Al bajar del carruaje en nuestra casa di desde el fondo de mi alma sentidas gracias á mi Santa Protectora, por la dicha profunda que sentía, en tanto que Amadeo retiraba con cuidado el gran racimo de naranjas apeñuscadas de peso de una arroba, cuando menos, á juzgar por el esfuerzo que hacia, y se lo presentaba á mi madre diciéndole: «La tierra de promisión está mas cerca de lo que pudiéramos pensar, señora.»

### 30 DE JULIO.

No me hubiera casado con otro hombre. Soy de esas mugeres que solo aman una vez y es para siempre. Lo declaro tranquilamente, sin exaltación; si no hubiese encontrado en mi camino á Amadeo, habría permanecido soltera toda mi vida. Nunca he visto en el matrimonio lo que vé la generalidad, sin por ello úldarme de romántica: he deseado mas al amigo que al hombre, mas á mi complemento intelectual y moral que á la satisfacción de goces de otro orden que ni quiero nombrar, pero hoy que veo á mi madre con el ceño contraído y cierta reserva al final de cada frase, creyendo

que Amadeo pueda ser la causa, vuelvo sobre mis reflexiones de soltera, y confirmo lo que pensé como niña, todo lo que pienso ahora como casada. Este es mi único amor, santo, santísimo, absolutamente santo y por eso soy lo que soy, un Amadeo Robles femenino, desdoblado, con pollera y forma de mujer, pero con idea y voluntad y anhelo y todo cuanto respira y emana de él. Oh! sin duda que es mejor un cielo límpido, pero nadie negará que es mas hermoso el cielo cuando sobre la vasta esfera va pasando la reservada nubecilla.

Pues, tal es lo que me ocurre: Amadeo es mi cielo y el ceño de mi madre la reservada nubecilla que Dios, no permita agrandarse y cubrirlo y convertirse en rayos y centellas, porque yo sería la primera víctima de espriaciones incalculadas é inmerecidas....

14 DE AGOSTO.

Después de quince dias vuelvo á tomar éstas hojas y esta pluma que se me antojan fatigadas de tanta espera. La severidad de mi madre á ello me obliga. Ah! mi cara madre ¡qué inflexible es en sus juicios y en sus gustos y ¡cuánto me adora á pesar de ello! «No te ofendas hija mía, me ha dicho cuando la he interrogado: tu esposo...sabes? consume en la mesa ma-

yor cantidad del que... Hace un mes que lo observo... Tú también no eres ciega...» Aunque sin nombrar, ella aludía al vino que Amadeo toma. Mucho ha lastimado mi amor propio de esposa el rigor exesivo, la exajeración del hecho, juzgado por ella de un punto de vista algo anticuado; pero no he tenido palabra para replicar y menos para defender á mi Amadeo tan duramente calificado. He sufrido el primer golpe recio aplicado en el corazón de mi felicidad, golpe que hiere al mismo tiempo mi orgullo. Esta es seguramente la causa de ese ceño adusto de mi madre, la nube reservada que iba cruzando silenciosamente mi cielo límpido, llamada talvez á condensarse en lluvia de inquietudes y pesares.

El está inocente; su sagacidad no le permite aún descubrir lo que yo he visto desde el principio y felizmente no ha de faltarme suficiente fuerza de espíritu para impedir que Amadeo se aperciba de la equívoca situación en que se encuentra respecto de mi madre. Quiera Dios prestarme su ayuda para pasar el conflicto sin mayores desgarraduras, pues yo no creo en los exesos que vé mi cara madre con sus ojos demasiado inquisidores y severos. Si yo hubiese cometido alguna falta para merecer semejante castigo, me conformaría con los arcanos de la suerte; pero en vano recorro los años de mi corta existencia registrando esa falta: no la encuentro.

Mi esposo, como si hubiera sabido el golpe asestado á nuestra felicidad, me colma de afectos generosos, delicados, dignos de mí.

20 DE AGOSTO.

Estoy rebosando de alegría. Agosto es el mes de los vientos; corre incansable, con ferocidad. Nubes de polvo que arremolina y arrastra de norte á sud, penetran por todas partes y apenas se disipan, llegan otras y otras ocultando el sol, inclinando los árboles que al fin se quedan con sus copas volcadas hacia la región austral. Todo el mundo para circular en la calle cierra los ojos ó lleva anteojos ahumados... Ah! pero el ceño de mi madre se ha desarrugado, traspirando su semblante una dulce y serena alegría. Amadeo con un don de rara adivinación ha disminuido «su consumo», lo suficiente para encantar á mi madre y para sublimar mi dicha. Felices vientos de Agosto que obligan á arrugar la frente de los pobladores, poniendo tersa la de mi madre donde se retrata mi felicidad!

Bien juzgaba yo de «exesiva» su severidad. En vano el viento ha de enturbiar la atmósfera, porque á través del polvo y las agitadas capas, me sonríe la primavera que luce mi dicha y la que se aproxima con los hermosos días de Setiembre.

Ya se aproxima también el día de las *Mercedes*, el gran día tradicional de mi casa, el día de mi madre que lleva ese nombre tan grato al oído, y de recuerdos tan gloriosos.

### 3 DE SETIEMBRE.

Ha corrido infatigable el viento, ha corrido hasta ayer; y hoy, con los primeros azahares abiertos en los naranjales de la plaza, hemos salido con Amadeo á pasear en sus avenidas. Las moreras cargadas con las nuevas hojas respiran su dulce juventud, vistiendo apresuradamente sus galas primaverales... Todo se renueva, y hasta los edificios cambian su triste aspecto de invierno con las sonrisas de la nueva estación. ¡Cómo brillan los azulejos de la iglesia! El *Salvador del Mundo* en la cruz del centro, la mas alta, de donde se divisa el valle en toda su extensión, parece también sonreír bendiciendo la estación en que reverdecen los campos y las montañas y cuajan las primeras aleluyas su espiga que desabrochada se convierte en flor del aire, y embalsama la tierra y el espacio.

Atraídos por la retreta de la tarde, la plaza estaba llena de paseantes que volvían la cabeza al vernos pasar, mirándonos largamente. Amadeo se mostraba orgulloso de exhibirme y de todas partes,

de los bancos, de los grupos, de las hileras de señoritas y jóvenes que subían ó descendían la suave rampa de la avenida de moda, nos llegaban palabras alhagadoras que henchían de felicidad mi corazón, saluciones cariñosas que demostraban cuan bien querido es mi Amadeo.

Era tan grande mi dicha que me venían ímpetus de llorar.

«Hoy el cielo y la tierra me sonrien» . . . . .

La música me parecía deliciosa, hermosos los árboles, mágicas las fuētes que desparramaban sobre el cespēd su polvo de agua y yo, la mísera *Cenicienta*, convertida en reina con el zapatito de cristal perdido en sus sueños.

#### 9 DE SETIEMBRE.

Tanta ventura no podía durar.

¡Otra vez el ceño adusto! Tentaciones me dan de decirselo á Amadeo, mas . . . ¿no será esto demasiado ofensivo? No iré á comprometer mi propia paz? No es demasiado humillante que yo le diga á mi esposo se modere? Mi madre, intolerante, se irrita, encerrándose en una reserva que como rose-ta de espinas se clava en mi ser. El no se apercibe ó, si lo comprende, juzga que él nada tiene que ver. Entre tanto, nuestra conversación en la mesa se hiela ante el semblante y la actitud de mi madre. Pocas

palabras, lo estrictamente necesario; ninguna expansión.

Los ídolos del amor tiemblan en nuestros pechos.

Nos retiramos de la mesa mudos y en nuestro hogar retoña de nuevo la alegría. Luego se vá él á la calle y entonces, mi madre, viene hácia mi, se sienta á mi lado y me acaricia silenciosa, casi con lástima.

— «Si tú no pones remedio,—me dice— nadie lo pondrá. Al principio todo es posible; el amor de esposos suele obrar prodigios.»

— «Pero, mamá, le respondo, — V. exajera segun me parece. Comienza á ver fantasmas demasiado temprano. ¿Cree V. acaso...?»

— «Óyeme, Gumi. Tengo cincuenta años y muchas canas en ésta cabeza. No me confunde facilmente; observo las cosas con toda frialdad y las juzgo del mismo modo. Si no pierdo tiempo en vanos disimulos es porque mi carácter no lo permite y, mucho menos, siendo tu madre, la única persona después de tu esposo, llamada á velar por tu suerte. Es penoso, es cruel que yo te lo diga amargando la época mas hermosa de la vida; pero no puede ser de otro modo. En esta ocasión, tú y solo tú estás en condiciones de defender el presente para que no se oscurezca el porvenir.»

No he podido continuar tranquila ésta conversación; me lastera el alma. Hace apenas mes y medio que estoy casada y todas mis alegrías se marchitan con lo que oigo á mi madre, cuyos vaticinios me esbozan un mañana doloroso, peor aún, humillante... Oh! no, no es posible que eso sea así; mi madre se engaña, vé lo que no existe, hace de un hombre bueno un monstruo, de una costumbre natural, un vicio.

21 DE SETIEMBRE.

Doce días iguales, doce días de sinsabor, durante los que mi madre se ha mantenido seria, preocupada con lo mismo, seguramente. Doce días en que el sol ha brillado diáfano en tanto que se ensombrecía mi dicha, pues no puedo ver en la frente de mi madre esa arruga, esa doble arruga que la vuelve tan callada y meditativa. Amadeo es con ella atento, cariñoso: élla no le rechaza, pero nuestra conversación espira... se sofoca en el ambiente de severa adustéz, y sin embargo, afuera, como en las mañanas de verano se oyen mil himnos entonados por el afrechero, el zorzal, el naranjero, el albañil, el pepitero y demás habitantes alados que gorjean en los árboles de la plaza.

¡Pobre mi Amadeo! Aún no sabe que han comenzado para mi los sufrimientos. El cree que vivimos transportados á un

cielo en que todo es luz y caricias, y en donde solo falta la nota de la tristeza.

24 DE SETIEMBRE, Á LAS 11 DE LA NOCHE.

¡Dios mio, que inmensa amargura!

Amaneció el día de hoy sin mayores congojas para mi. Es el día de Nuestra Señora de las Mercedes, cumple años de mi madre. He ido á la iglesia y en su altar he rogado por mi felicidad, impetrando la protección de la Santa Virgen. Después de mi demanda me he sentido tan conforme con mi destino que he vuelto á casa, fuerte, valerosa, con la entera conciencia de mi misión.

Es costumbre casera que en este día, en la noche, nos rodeen en la mesa nuestros parientes y amigos mas próximos. Amadeo ha obsequiado á mi madre con una bonita colección de las obras de Smiles en cuero de Rusia con broches de plata.

La casa está inundada de rosas de todo el año, rosas de Setiembre, rosas té, Santa Elena, mixtas, rosas blancas, rosas fuego, un torrente de rosas, como si se tratara de obsequiar á una niña de veinte años, pura y hermosa como esas rosas.

Una actividad inusitada trastorna los muebles, ensancha la mesa del comedor, limpia la vajilla, arregla los dulces, los li-

cores, los platos, el pastel se lleva al horno, donde ya ha tenido entrada el lechoncito y el pavo que luego lucirán con sus banderitas en el centro de la mesa, cuyos asientos se distribuyen, reservando éste, dejando libre aquel, procurando que al lado del asiento de fulana, vaya el de zutano.

Mi madre apenas ha sonreído. El 24 parece helado para ella. Nadie revela mas entusiasmo que mi Amadeo, diligente, previsor, tomando parte en todo, haciendo las tarjetas, aconsejando los adornos del comedor, distribuyendo los floreros que despiden el balsámico aroma de las rosas.

Yo misma me contajio en la grata actividad desplegada para testear una vez mas el santo de mi madre, anhelosa por ver desarrugarse ese ceño que empieza á ser para mi algo así como una pesadilla que resurge á cada paso, recordándome el presente, los temores de la actualidad, constantemente estimulada por esa adustéz marmórea.

Luego la mesa se vé rodeada de convidados casi todos de nuestra confianza, á excepción de un amigo de Amadeo, que no debo ni quiero nombrar. Mi madre, como yo, miraba con displicencia aquel convidado, no obstante el afecto que le profesaba mi esposo. Pertenece á la mejor clase social, es buen mozo de cara y ocurrente en sus dichos pero su fama íntima nada le favo-

rece. Yo me sentía secretamente ajitada, sin saber porque, esperaba como cosa cierta un sufrimiento; representándome en la imaginación escenas que ningun motivo real las justificaba, de modo que, á pesar de irse animando por grados la alegría del banquete, á medida que se vaciaban las copas del buen vino, yo me mantenía en estado de vaga pesadumbre.

Los pequeños brindis se sucedían entre frase y frase. Se hubiera creído que un espíritu de porfia animaba al amigo de Amadeo que frecuentemente alzaba su copa, riendo y charlando, incitando á las frases ocurrentes, invitando á las señoras, á mi «por la eterna luna de miel,» á Amadeo por «la buena suerte,» á mi madre por su «cumple años.» Mi esposo, el anfitrión en cierto modo de la fiesta, creyéndose obligado á corresponder los brindis y mantener viva la alegría, tras de una copa vaciaba otra que acentuaba mas y mas el contraído ceño de mi madre.

Los platos iban y venían con natural estrepito, cuando un sirviente anunció que la banda de música del pueblo, venía á saludar á *doña Mercedes*, é incontinentemente rompió con alegre y sonora marcha, levantando alta la nota del entusiasmo. El amigo de Amadeo pronunció en eseguida un discurso en el que aparecía el general Belgrano entregando á mi madre, por ser Mercedes, el bastón histórico, discurso lleno de in-

coherencias y de palabras hasta refocilantes. Ella, apenas movió la cabeza; ni una palabra brotó de sus labios.

¡Qué imprevisora he sido! Yo debí tener mi asiento al lado de Amadeo y acaso le hubiera dicho al oído que me agitaban amargas congojas, que moderase los bridis, que observase á mi madre, cuya fisonomía iba nublandose con aspectos de borrasca. Deberian calcular los concurrentes la inminencia de la catástrofe, pero, por mi desventura, la conversación calurosa se mantenía en alto temple, desbordándose sin que la agudéz de mi amargura fuese bastante á contenerla. Estábamos en los postres, después de una larguísima hora que me pareció una eternidad. Amadeo se hallaba aturdido, algo ¡incierto en sus maneras y su palabra, cuando su amigo, su mal amigo, empezó á instarle para que tambien brindara por el día onomástico y, aunque él se resistía, dominado al fin por el sopor de las libaciones, cedió levantando nuevamente la copa. Dios de mí alma! sin poder terminar sus bridis, que mas que bridis fué un agónico balbuceo de mi desdicha, la exhibición primera de nuestra humillación, doblándose el pobre Amadeo sobre sus piernas.....

— «Está mal, está descompuesto,» — dijeron varias voces, mientras yo corría á su lado y procuraba cubrir con mi cuerpo los despojos de nuestra dignidad herida.

Después de la confusión, el silencio vergonzoso...

5 DE OCTUBRE.

¡Pobre madre mia! Con que fortaleza ha disimulado la entidad de mi desgracia. Hemos hecho una novela para disculpar á Amadeo, pero, la novela, eficaz hasta cierto punto para el público, no lo ha sido para corregir el mal. Es al parecer un mal antiguo, arraigado que sin quitar ápice á la bondad de Amadeo, una bondad extraordinaria, que no pocas veces tiene sumisiones de cordero, lo va á destruir poco á poco, moral y materialmente.

Hemos convenido con mi madre en leer algunos libros que hablen de este mal y aconsejen su remedio. No tenemos con quien consultar porque nuestro orgullo herido excluye toda participación extraña. Debemos luchar solas en la defensa de nuestro honor y de mi... , felicidad, lo diré todavía, aunque se halle envuelta en tristes crespones. Para qué repetir que mi madre es mujer de voluntad y de algun talento. Ella vive en C....., como árbol trasplantado, obedeciendo mas bien á fenómenos de inercia que á otra cosa. Es de esas mujeres que leen y asimilan, que no desdeñan las obras serias, ni le dá por lucir conocimientos que no son ente-

ramente comunes á las de su sexo. Grave, pensadora, austera en sus principios de orden social y religioso, huye la discusión estéril, reservando generalmente su opinión si no por modestia, por deliberado acto de voluntad.

La noche del 24 de Setiembre hemos llorado juntas nuestras penas, sin que Amadeo, dormido como tronco, pudiese imaginar que dos mujeres, probaban su abnegación velando su sueño entre mudos sollozos.

Dormía con el peso de todos los brindis un sueño de cloroformo, mientras el dolor nos tenía postradas, ajeno al mundo, muerto en vida...

Al día siguiente se me desgarraba el alma de compasión. Amadeo abrió los ojos y me miró apartándolos penosamente: él sufría, como yo había sufrido, pero en él la vergüenza lo aniquilaba, en tanto que yo padecía por cuenta de la víctima, mi esposo, y por mi cuenta ante público que presenció el hecho, una doble pesadumbre.

Amadeo quería hablarme, necesitaba decirme algo, cualquiera cosa, para romper el silencio, soportando en su interior el horrible combate y yo, al fin, esposa y mujer le abrevié la pena. «Has estado débil, Amadeo, le dije: — y es atribución del hombre la fortaleza...» El me contestó: «No agregues mas á mi castigo la tortura que me desespera.»

NOVIEMBRE 2, DÍA DE DIFUNTOS.

Hoy es un día muy propio para mi alma.

Las campanas de rato en rato doblan con tono plañidero; no alcanza á ser tan triste como tengo yo este pobre corazón condenado al peor de los sufrimientos. Mi altivéz, mi orgullo son ceniza, y la Virgen del Valle no permita que el ser formado ya en mis entrañas, participe del dolor y la humillación de estos miserables días.

Todo esfuerzo ante Amadeo parece inútil. A veces pasamos horas mustias en las que nada hablamos aunque tenemos mucho para decirnos, porque todo está helado.

¡El no puede, no puede! Quiere, pero falta la enerjía. Mi madre ya no contrae el ceño. Se manifiesta conforme filosóficamente, con fatalista conformidad.

Hemos leído varios libros... ¡Nada contienen para nuestro consuelo! cuando Amadeo ha sabido que es padre, me echó los brazos al cuello humedeciéndome la cara con sus lágrimas que me hicieron á mí llorar amargamente. ¡Que cosa terrible es ver llorar á un hombre, y más, cuando este es el esposo, el buen marido, victima de un mal que la humanidad no sabe aún curar!

Cuando hoy me ha visto de negro, ha creído que ponía luto á nuestra des-

gracia, y cuando le he hecho advertir que es día de difuntos, me ha besado en la frente con el mayor agradecimiento.

Todo contribuye á que mi pesar sea tan profundo, como un abismo abierto hasta las antípodas. Si él fuera un hombre malo... pero, por Dios, es más bondadoso y suave que la piel de la chinchilla moradora de las altas cimas del Ambato; es bueno como lo más bueno, como el sol que nos alumbra en la aurora, como la caricia infantil.

Deseos tengo de tomar estas hojas, confidentes mías, y arrojarlas al fuego. En mala hora se me ocurrió tomar la pluma. Ahora van siendo ellas exigentes, impudosas. Cuanto mayor es mi pena, más me piden... ¡Calma, calma corazón marchito!

#### 7 DE NOVIEMBRE.

Qué escenas! por Dios! qué escenas. Viene un día de reacción, quizás fruto de mis plegarias; comienza el alma á gustar con la idea de que esta reacción será durable; las ilusiones aunque desconfiadas se agrupan formando dulces conciertos y de repente, como fulminadas por el rayo, desaparecen...

Ah! si pudiera yo no amarle! Si pudiera prescindir de él y dejar que el tiempo lo lleve: si en lugar de mi marido, fuese para mí un conocido, un otro hombre, co-

mo hay tantos, un Amadeo Robles de otro mundo, de distintos afectos ¿qué me importaría verle rodar? rodar mucho, y caer, haciéndose mil pedazos... De cierto que sentiría, me dolería ver una vida rodar; pero, por los cielos, este es mi esposo, el ser á quien más he amado y amo y amaré, y amaría aunque los rios vuelvan sobre su curso y la tierra deje de jirar. Esto es lo horrible, lo irremediable...

El hecho de ser madre, en otras circunstancias me habria enloquecido de satisfacción. Hoy sé que tengo un hijo, ó hija, talvez un monstruo para colmar la medida de las penas ó para representarme la época en la que soñé todo lo bello y hermoso, amaneciendo un día en tinieblas densas, negras, profundas, las que de tarde en tarde se disipan bajo rayos de luz mortecina.

En la mesa se contiene; ve á mi madre y es bastante, pero en cambio va él á la calle y de allí vuelve con esos ojos que me lo cuentan todo. Ha estado con *su amigo*, el mal hombre, justamente lo que más me hiere después de esta impotente alma que, sustentándola viva y valerosa dentro de mi, ha sido incapaz de contener el mal.

Más de una vez me he preguntado interiormente qué mal he podido hacerle que desde el día de nuestro matrimonio, como si el vicio hubiese estado agazapado

entre las promesas de la mutua felicidad, ha saltado de improviso, ha dominado á mi Amadeo y ha hecho de un hogar que prometía toda alegría, un instrumento de tortura.

Hubiera podido creer que nuestra unión era un escudo, tanta era su decisión y la mia. Dios ha querido que las cosas pasen de otro modo.

Proyectamos ahora pasar una temporada de campo en nuestra estancia el *Buen Fin*, acariciando la esperanza de que allí cambie un poco nuestra existencia. Mi madre, sobre todo, cree que puede ser un remedio el entrar á la sierra y permanecer dos ó tres meses. «No faltará que hacer le ha dicho élla á Amadeo; V. conocerá un paraje que sin ser lugar de encantos, no es feo, no, no es feo.»

Mi pobre marido que á nada se resiste, y mucho menos á insinuaciones de mi madre, ha contestado que iremos «á conocer ese Buen Fin, cuyo nombre desde luego despierta su curiosidad.»

#### 15 DE NOVIEMBRE.

El 20 nos vamos. Ya está casi todo preparado y felizmente los calores de la estación nos empujan.

El capataz ha recibido las instrucciones del caso para traer los caballos de silla, y las mulas de carga. Yo misma empiezo á tener fé en el remedio.

Mi estado no preocupa, pero, consultado el médico de la casa ha contestado que no entraña peligro el viaje á caballo que, por otra parte, es breve, cuestión de cinco horas.

El 19 enviaremos las cargas y al dia siguiente, salvo lo imprevisto, estaremos en el *Buen Fin*.

Nos vamos llenos de promesas á la Virgen del Valle y Élla que ha hecho tantos milagros, que atrae y consuela á tantos peregrinos, llevando la paz y el consuelo á tantos hogares desolados. ¿porqué no ha de consolar el nuestro que desde las alturas de la dicha se ha desplomado tan tristemente? Quiera Élla darnos paciencia y alumbrar nuestra mente para reconquistar á Amadeo volviéndole á la buena senda, y si es otro su designio, que no se alarguen los dias de prueba....

---

#### IV.

24 DE FEBRERO DE 188..

Hemos pasado cien días justos en el *Buen Fin*, cien días que no han dejado rastro de sufrimientos.

¡Cuánta felicidad, Dios mio! Nuestra casa situada entre dos colinas, sobre el pié de una loma pastosa y plana, circundada por tres corrientes de agua que desde las cimas del poniente vienen dando saltos y formando cascadas por entre millares de helechos de diferentes clases, el negrillo, la palma, la doradilla, el pispito, el palo amarillo, cien especies distintas, grandes y pequeñas, unas cuya palma tiene más de un metro de largo, otras reducidas formando un vasto tapiz á ambos lados de las corrientes, nuestra casa así rodeada, recibiendo de frente el sol de la mañana, que descubre en el bajo, hacia el naciente los corrales donde las vacas se encierran al despuntar la aurora y las cabras de Angora blancas, cerdudas, amontonadas en el chiquero como nube espesa completan el cuadro de la faena campechana que se

inicia en colosal desconcierto de mugidos y cantos de pájaros y ruidos de cascadas; nuestra casa, así colocada como un nido gris sobre fondo de esmeralda, nos brindaba encantos infinitos desde que saltaba hasta que se ponía el sol.

Las lomas del frente con sus quebradas profundas y sus sendas y el matiz distinto de los pajonales, de los molles, los cocos, biscotes, sombra de toro, sachá membrillos heridos por el sol, formando un mar verdoso y movable sobre los flancos de las quebradas ó coronando los mogotes donde las vacas van á rumiarse acostadas después de haber recorrido pendientes rápidas ó rellanos pintorescos, la *cumbre* constantemente visitada por el condor negro de alas gigantescas que se cierne en ledo vuelo registrando con su ojo centellante la víctima indefensa desde la azulada atmósfera en que habita como rey exclusivo del espacio: todo ese conjunto reproducido á los cuatros vientos en cambiantes extraordinarios, nos ocupaban horas y horas en mirar, en mirar siempre al frente, á un lado, al otro, ajenos totalmente á las agitaciones de la ciudad; esa vida encantadoramente salvaje ha sido para mí el más grato y tierno idilio.

Ir por la mañana, las mañanitas de verano frescas, de aire húmedo, embalsamado con las emanaciones de la salvia, el jazmín del campo, el cedrillo y tantas otras flores y hierbas perfumantes desde la casa

al corral, descendiendo la rampa á ver ordeñar y tomar la leche caliente; observar allí la fisonomía de las vacas, su color, su forma, su tamaño, su gordura, después emprender una corta gira á los sembrados y las chacras donde el zorzal de amarillo pico se divierte en cantar como loco y los tumuñucos de larga cola azul tornasol en libar el caliz de las *maravillas del maldeojos, el churqui, el piquillin* y el universo de flores cuyo nombre aún no he aprendido y volver muertos de hambre á tomar el desayuno y reir de todo consumiendo dulces horas ociosas... ¿no es todo ello lo que los poetas llaman idilio? No es la felicidad misma confiada en sus propias virtudes que todo lo embellece y lo perfuma?

Luego á la tarde la larga caravana marchando á caballo de uno en fondo, senda arrida, senda abajo, alegre, jubilosa, perdiéndose á la sombra de los molles inmensos cargados de racimos que luego la capataza ha tenido cuidado de recojer y fermentar para ofrecernos la aloja en las horas de la tarde; corriendo aquí á gran galope ó deteniéndose allí para cortar alguna flor rara ó admirar un paisaje nuevo, y en fin cansando al cuerpo sin fatigar al espíritu y regresar en busca de un biscocho, y comer bien y dormir mejor y amanecer para repetir otra jornada diferente aunque siempre igual, sino mejor que la anterior ¿no es eso un idilio?

Pues bien, agregaré que nada he dicho, que todo es pálido ante la realidad de lo sucedido y que yo, pobre mujer castigada en su primavera: halló la suerte inmensa en el estío, gozando mucho más de lo que he sufrido, porque Amadeo... no, no lo diré. Todo ha sido paz y dicha y gracias á la Santísima Virgen del Valle, espero que así correrán los días que vienen. El no volverá á caer, me lo ha prometido; se lo creo, es incapaz de mentir quien tiene corazón tan noble y bueno.

Intentar reproducir lo que hemos visto lo que hemos gozado, lo que hemos leído y aprendido en el *Buen Fin*, en esos cien días que para mi han sido horas fugaces, sería obra grande, difícil, superior á mis fuerzas y en algun modo extraña al propósito con que empecé á escribir estos renglones. Un día (y esto sucedía con alguna frecuencia) recibimos visitas, amigos de Amadeo, que atraídos por sus cartas iban á conocer los «lugares pintorezcós de la estancia» Se resolvió hacer una corta expedición al «Salto» á tomar mate. Emprendimos el camino arroyo arriba, por senda cubierta de verbenas rojas y blancas y sombreadas por saucos, tuscas, malvones, duraznos silvestres, flor amarilla, biscotes inmensos, cocos tapados de corpus, abriendo á nuestro paso los salviales y cedrones que ajitados desprendían sus perfumes caliginosos, bebiendo el agua cris-

talina de las vertientes situadas á uno y otro lado del arroyo, vertientes que filtran sus chorros irisados al traves de capa espesa de helechos y paja brava de alta espiga y violado penacho, apoyándonos para cruzar las pendientes húmedas, con grande algazara, cuando repentinamente llegamos al «Salto», peña de ocho metros de elevación cortada á pico en el centro del arroyo cuya altura por canales labradas en la misma peña por la corriente, se precipita el ruidoso y pequeño caudal formando entre el agua y la roca una gruta semicircular. Sobre las paredes de la roca y en sus concavidades cuelgan como chorreras, formaciones estalácticas de cal petrificada por las que deslizan ruidosos otros tantos hilos de agua empapando las pajas, los helechos y los cordoncillos de flor roja que se adhieren con dulce coquetería.

Contemplamos un momento aquella deliciosa gruta y repechamos al portezuelo del «Salto» donde, libreme Dios de mentir no había donde poner el pié sin aplastar doradillos y negrillos y pispitos extendidos en gruesa alfombra helechosa.

Hicimos tender los ponchos *cari*, abrigados por un molle colosal, nos sentamos y mientras se calentaba el agua para el mate en fogata improvisada, y se helaba la cerveza en la corriente, se jugó una partida de naipes. Ay! mi Amadeo, que her-

moso. era todo aquello! jugábamos, y solo yo sabia que jugaba la gran partida permanente de mi amor, tratando de ganarla á todo trance, aunque para ello hubiera tenido que dar uno de mis brazos...

Los amigos de mi esposo no cesaban de admirar la grandiosidad del paisaje, lo caprichoso de la naturaleza. «Si esto se conociera», — decían — si vendáramos los ojos á un porteño y le trasportáramos hasta aquí... ¡si viniera una vía ferrea... si se viajara en globo» frases que Amadeo escuchaba con orgullo reflejo, mirándome de hito en hito, como quien dice: «ahí está la dueña de todo eso, árboles, flores, rocas y pájaros y hasta yo... que soy su esclavo.»

No, no pintaré jamás la hermosura de esos parajes, ciertamente desconocidos, ni mi dicha gozada tan apaciblemente de la noche á la mañana y de la mañana á la noche en las umbrosas soledades del *Buen Fin*. Nunca olvidaré esas escenas ¿qué digo escenas?... no olvidaré ni la lánguida mirada de los terneros atados en los tambos que nos miraban pasar como seres extraños de su reino... de las vacas y los caballos esparcidos en las faldas de las sierras, ignorantes de que yo pasaba henchida el alma de felicidades infinitas.

Otro dia emprendimos á caballo la ascención de las cumbres del poniente á

visitar desde las alturas el valle profundo de «*Los Angeles*»; población que levanta da á una y otra orilla del río de Miraflores, se extiende por dos á tres leguas á lo largo.

La cabalgata, numerosa, arremetió contra las primeras pendientes con el capataz á la cabeza, sirviéndonos de guía. El sendero angosto y escarpado seguía por el pié de las lomas pastosas, cubiertas de aibe y sastilla en flor que inflamaba el sol de la mañana, semejando vastos y ondulados tapices de seda amarilla y cambiante.

Era imposible marchar con rapidéz porque las pendientes y la puna obligaban á nuestras cabalgaduras á llevar un paso mesurado, previsor de los esfuerzos que restaban para llegar á la cima de la montaña. Cada paso, cada tranco, nos ofrecía un cambio de perspectiva.

Nuestra casa iba reduciéndose, perdiéndose de vista y reapareciendo con su pequeña columna de humo que se fundía en el azul de la atmósfera como el alma errante del hogar, y mirando hácia arriba, la hilera de los expedicionarios que trepaban delante de nosotros, se nos figuraban marchando al infinito de la boveda que nos cubría, á un infinito también azul como esa atmósfera donde laten mundos desconocidos.

Cruzamos el Portezuelo donde dos

lomas, la una de oriente y de occidente la otra, magestuosas como reinas de la montaña se dan su abrazo para volcar el agua de los torrentes y fecundar en su seno las rojas verbenas, los lirios blancos y las alberjillas, cruzamos siguiendo cuchilla arriba, respirando el aire puro y vivificante que ensancha con su entrada los pulmones, mirando las faldas y laderas habitadas por los ganados que al sentirnos emprendían la fuga, observando el inextricable entrevero de valles y lomadas, cuchillas y mogotes que se cortaban, vistas de arriba en mil recodos diferentes, ondeantes como inmensas sábanas verdes ajitadas por la brisa.

Cuando llegamos al primer descanso del «Molle Grande» un molle colosal nacido entre dos rocas partidas, nuestras cabalgaduras chorreaban el sudor que les descendió gota á gota por los pelos de las patas.

Eramos veintiun expedicionarios y todos, con animales inclusive, nos protegíamos del sol bajo su sombra perfumada.

Distinguíamos desde allí la «Quebrada Honda» cubierta de molle y biscotes de donde subía el rumor de una cascada entre los cantos ruidosos del zorzal y los suaves de la puna-puna de alas coloradas, y hacía el poniente los yacimientos calizos del «Pago del Medio» que semejante á lomo nevado iba á confundirse

con los cirrus jaspeados de la mañana en formas algodonosas.

Veinte minutos de reposo y nuevamente en marcha. Tras de una meseta otra y otra como escalones gigantescos hasta que por último, al grito de nuestro guía: la cumbre! salvamos el postrer repecho desembocando sobre curvada alfombra de gramillas espesas y verdes cebadillas, lanzando nuestros caballos al galope entre las risas y los gritos de la heterogénea comitiva. —¿Y «Los Angeles,» «Los Angeles,» — donde está? — preguntábamos viendo á nuestro frente elevarse hasta las nubes los escarpados flancos del Manchao, el mayor de los hijos del Ambato.

El capataz nos invitó á echar pié á tierra, conduciéndonos en seguida hácia un grupo de rocas que bordeaban el límite de la cumbre, diciéndonos:

— ¡Ahí están «Los Angeles»!

No sin terror, al principio, dirijimos la vista al fondo del valle, flanqueado de nuestro lado por rocas acantiladas casi á pique de profundidad de ochocientos á mil metros.

¡Hermoso, delicioso, ideal! Las piernas nos temblaban en presencia del vacío inmenso, pero nuestros ojos devoraban en el fondo, en las profundidades del valle pintoresco la encantadora perspectiva, las casitas, los sembrados esparcidos á lo largo del arroyo, la iglesia con su pequeño

campanario, las sendas, el matiz diferente de los cultivos, los cercados en paralelogramos, las trillas, los corrales y lo que es mas singular escuchando la conversacion de sus habitantes que, como conducida por un tubo de piedra llegaba clara y perceptible á nuestros oidos.

... Nos era, sin embargo, muy dificil ver á las personas que, en la profundidad, asemejábanse mas bien á enanos microscópicos; oiamos el cacarear de las gallinas sin conseguir divisar á ninguna.

Amadeo propuso un grito dado por las veintiunas personas que estabamos recostadas en el filo de las rocas y de buena gana lo dimos á pulmón lleno:

Instantes después percibimos movimientos de gente en la plaza de «Los Angeles,» frente á la iglesia, denotando que habiamos sido advertidos. El sol caia á plomo, avivando en alguna manera el fondo del maravilloso cuadro desplegado ante nuestros ojos que vagaban escrutando detalles, hácia el norte, hácia el sud en aquella faja de agrestes pobladores para quienes el astro del día sale á las nueve de la mañana, poniéndose á las cuatro de la tarde.

Los bosques de duraznos, manzanas, guindas, peras y nogales veíanse formando cenefas espesas que iban de casa en casa, regalando el sabroso fruto que allí se produce espléndido y abundante.

Un algo así como el alma de la montaña se desprende para el viajante absorto imponiéndole muda admiración: al fondo el delicioso valle, á un lado la cumbre acantilada que produce vertigos y al otro el «Manchao,» la mole áspera y enorme constantemente besada por las nubes.

No hablabamos: nos volvimos, todo, ojos para mirar. Ah ¡si pudiera yo reproducir el hermoso cuadro que servía de marco á mi dicha! si yo pudiera transportar á esta página esas bellas y caprichosas perspectivas, parecerían sueños fantásticos arrancados por la mente en horas de dulce delirio...

Amadeo gozaba, gozaba como nosotros, admirando, protestando que toda admiración era pequeña.

Luego improvisamos nuestro almuerzo, mientras el ojo audaz del condor nos espía como profanos de su reino, cruzando de cerro en cerro sin ajitar sus alas.

De vuelta en la tarde de aquel día, fijamos el regreso á la ciudad para el 2 de Marzo, lamentando de todo corazón el poner término á una vida tan sencilla, tan grata en medio de tantas grandezas.

#### 6 DE MARZO.

No sé porque me parecen tristes los días. Desde ayer ha vuelto la vieja, la negra preocupación, más sensible todavía

como frescos están los recuerdos del *Buen Fin*.

Amadeo va y viene constantemente con *su amigo*, me habla de él, me pondera sus chistes, me cuenta cuanto vé y cuanto pasa, sin que yo pueda dominar el temor de volver á las andadas. No es difícil que mi estado contribuya á destornillar las cosas: mucho cuesta el ser madre, aunque mucho menos que el ser esposa con tan amargas preocupaciones.

Ojalá me engañára el corazón porque entonces diría por la primera vez que, es adorable la mentira que despeja y alumbraba el horizonte.

Ojalá no tenga que envidiar la suerte de nuestra capataza, cuyo marido vive con élla en la montaña, luchando por la vida sin los sobresaltos que aturden en las ciudades, por pequeñas que sean, sudando con el trabajo material que fortifica el cuerpo y suaviza las pasiones.

Mi madre, como yo, ha comenzado también á desconfiar de Amadeo y su ceño que se había borrado ha reaparecido hablando su mudo lenguaje. Sin embargo nada hemos visto para confirmar la sospecha. El no toma en la mesa: cumple su compromiso.

10 DE MARZO, 2 A. M.

Hasta este momento no ha vuelto. La ciudad toda está dormida, sintiéndose el menor ruido en las veredas inmediatas.

Se me ha ocurrido esperar lo en pié, lo que nunca he hecho, y como cosa adrede tarda y tarda y tarda.... Estoy despierta pero soñando, soñando lo peor sin hallar en la confusion de mis ideas una que sea mansa y bondadosa. Oigo sonar los cuartos y las horas en el reloj de la matriz y cada medida de tiempo me hace imaginar que aumenta el torrente y se desborda arrastrando nuestra desválida existencia. Empleo cinco minutos en escribir cada renglon, creyendo que es el último.... y no es. Viene otro y otro y mi ansiedad aumenta, las sienes me palpitan como si las golpearan de dentro hacia fuera.

Veó que yá no le atraigo como antes: he dejado de ser mujer para ser madre y entre tanto no es ahora la madre quien padece; es la mujer que ama, la que tiene un ideal, un orgullo... su amor propio; la que vela esperando inutilmente...

## 11 DE MARZO

De nuevo la fatalidad comienza para mí. La Santa Virgen del Valle no quiere .. y él... ¡no puede!

Llegó anoche casi al amanecer, mi pobre Amadeo, con el rostro encendido y los ojos mustios. No he querido preguntarle donde ha estado. Ni una palabra hemos cruzado, por más que yo tenía tanto que decir.

Hoy cuando todo el veneno desapareció, cuando volví á encontrar á mi marido, triste, abatido, he hecho un supremo esfuerzo de voluntad; hablándole más ó menos así:

— «¿Te quieres suicidar, Amadéo? No! pues, entonces cómo es que no queriendo matarte te estás, sin embargo, matando moral y materialmente? Lo que llaman suicidio, quitarse la vida de un solo golpe, darse un tiro, arrojarse entre las ruédas de un tren en marcha, beber veneno ó tirarse de un balcón á la calle, no tiene más diferencia con lo que tú haces que la del tiempo empleado. Aquellos lo hacen una vez, obra de minutos ó instantes, y tú, lo haces poco á poco, destruyendo el cuerpo y el alma por partes, serenamente, sin grandes trastornos morales que determinen y disculpen la acción, si fuere disculpable, demostrando en días y meses que el respeto social es quimera, que el principio religioso es una burla, que el afecto de la familia es simple aparato ó comedia, que la estimación de si mismo es mentira y que la obra del bien, tras de la cual existe una moral ordenada, nada tiene que ver con las pasiones humanas... ¿Qué diferencia tiene con el suicidio? Oh, oh, tiene mucha... Hay mayor maldad en el suicidio lento, consumado friamente, entre un cúmulo de mentiras y claudicaciones que en el otro donde la

desgracia en forma de robo, infidelidad y demás, se presenta de improviso poniendo el arma homicida en las manos del desequilibrado que se limita á dispararla... Pero, en lo que tú haces, Amadeo, hombre, esposo y padre, con grandes juramentos otorgados espontaneamente, es una monstruosidad. Sabes que tambien el veneno mata por grados, sabes que tu cuerpo por fuerte que sea ha de alcanzar el momento mortal y que tu espíritu cada vez más debilitado, perderá por fin su energía y; por Dios! aún sabiendo todo eso ¿no te dominas?

¿Dónde está el hombre bueno y el esposo amante y el padre orgulloso que proclama ante todo la ley del honor? ¿Dónde está el hombre inteligente, que gobierna sus acciones con la conciencia clara y limpia? Perdóname, Amadeo, que así te hable, perdona á mi debil corazón estos suspiros que le ahogan derramándose como fuente del sufrimiento... ¿No tienes valor, no tienes energía para salvarte y salvarme? Esta mujer tuya que todo te lo dá hasta el pensamiento recondito ¿ya no te atrae? El hijo que pronto vas á tener...»

No me ha dejado concluir. El alma se me desgarrá pensando que ese hombre, mi esposo, humillado, tembloroso, no hallando que contestar, me ha abrazado besándome apasionadamente, silencioso como un condenado á la última pena.

Mi madre que sabe lo que ha ocurrido ha llorado amargamente, sin palabras también. Habíamos concebido esperanzas, las habíamos acariciado teniendo fé en la victoria, tributando nuestros agradecimientos al Señor de las alturas, á la Virgen que ampara en este valle al desvalido, al que impetra su protección,—y el árbol frondoso amanece tronchado, sin que nosotras tengamos fuerzas para enderezarlo..

No, no hay que doblarse. Necesito combatir para defenderme y combatiré de todos modos, con todas las armas á mi alcance, con todos los recursos que me sugiere mi loca imaginación.

12 DE MARZO.

Acabo de tener una ajitada conversación con mi madre. Hoy me creo desarmada para la lucha, experimentando una tristeza mortal. Ni Amadeo, ni yo tenemos la culpa de nuestra desgracia y, mi pobre madre, ha permitido que esto suceda. El señor Robles, padre de mi esposo, murió víctima del alcohol: yo lo ignoraba... Mi madre ha creído que yo lo sabía, que por lo menos lo habría oído, era el hecho tan conocido, tan público...

Si yo lo hubiera sabido, mi mano habría sido siempre de Amadeo, pero, antes de casarme habría logrado cambiar lo que hoy no puedo.

En muchas novelas, en más de un libro serio he leído lo que son los fenómenos de herencia y atavismo. Como novia he tenido los medios de combatir; como esposa, nó. Una pasión se mata con otra, y hasta el organismo se transforma con la disciplina. La acción del alma sobre el cuerpo es tan evidente como la acción del cuerpo sobre el alma. De la normalidad y justa proporción de esas acciones resultan los temperamentos equilibrados. Pintemos fantasmas al niño desde que nace y fantasmas verá hasta que muera: es matemático. El molde natural del cuerpo se modifica lo mismo que el molde natural del alma con la acción ejercida sobre el punto, objeto de la modificación. «El cuerpo humano, dice no sé que escritor, es compuesto químico que acciona y reacciona». El dolor moral, el arrepentimiento, los actos voluntarios son simples reacciones que obran á impulsos de agentes simples ó compuestos.

Pues bien, si yo hubiera sabido que Amadeo era un molde de alcoholista, como novia lo habría modificado en corto ó largo plazo: como esposa, es imposible, porque el amor del marido no es una pasión, no es un agente poderoso, obra con reacciones débiles, tranquilas que determinan estados pero no modificaciones de sustancia. Como novia hubiera podido mantener alta la presión, firme la línea de la

voluntad, quebrando obstáculos, afianzando propósitos, modificando en una palabra el molde con la reacción poderosa de la pasión del amor que es la más grande de las corrientes.

Un año, dos ó tres de plazo, habría sofocado probablemente en Amadeo su tendencia orgánica, y de lo contrario, aún amándole como le amo, no nos hubiéramos casado: siempre el hecho tenía remedio, remedio menos profundo que el mal.

Hoy mi desventura es fatal, sin que por ello abandone la lucha en que saldré seguramente vencida, pero.... pero.... quien sabe...

Mi madre dice que soy fabulista, que me dejó arrastrar por lecturas de novelas escritas para distraer á las gentes, y que mis fantasías no han de hacer otra cosa que agrandar mis propias penas.

Benditas sean esas fantasías, si con ellas logro salvar algo del naufragio de mi matrimonio, que después de Amadeo, hay un hijo y una madre desesperada... y; tantas cuestiones perdidas que se han ganado!

Benditas sean esas novelas, si éllas alumbran mi mente y me dan los consejos que necesito para esta larga peregrinación que me reserva sacrificios y humillaciones, amores de madre y amores de esposa mezclados confusamente para consumir la obra expiatoria que se me impo-

ne. Si me toca el papel de víctima preciso es que no se vulgarice mi martirio con lacrimosidades que revelarían más la debilidad que la abnegación.

Ya sé que tengo un enfermo crónico á mi cargo y hay que atenderlo sin más voz que la del deber.

15 DE MARZO.

Hé aquí una situación original. Yo no puedo pagar las visitas que nos han hecho á nuestro regreso. Lo que nos pasa con Amadeo es de dominio público: lo leo en las fisonomías que se me acercan, lo leo á través del disimulo: él y yo somos objeto de observación y nosotros, apercebidos de la circunstancia, comenzamos á reñir sordamente con la sociedad que nos espía. Aún en mi madre acontece algo semejante; no sabe, no quiere frecuentar sus parientes y amistades. O sale conmigo y dicen entonces; «¿porqué vienen solas?» O no salimos y dicen: «¿Porqué no salen?» Salgo yo con Amadeo y cada saludo sonriente nos oculta la censura escrutadora, la investigación en mi semblante de algún sutrimiento ó en el de Amadeo la huella de la última libación.

Malo es salir, malo es encerrarse. Quisiera sobreponerme á esta preocupación, pero no puedo.

Desde que he tomado á mi desgracia

por el lado filosófico; nada reservo á mi esposo; lo hago ver que nosotros somos los animales raros, siendo la sociedad el público de la plátea, á lo que Amadeo me responde con tono irritado.

—«Si, nosotros somos... no, yo soy aquí el único animal raro, el único corazón pervertido, indigno de la lástima que se dispensa al miserable perro que se arrastra cojeando por las calles, y mientras exhibo á frente limpia lo que otros ocultan, se guardan en el salon, en el templo, en las plazas las más altas consideraciones al ladron con sombrero de felpa, al perjuro, al prevericador, al embustero, al desleal. ¡La sociedad, la sociedad, ciega que todo lo vé, injusticia orlada que todo lo falla, condenando al inocente y absolviendo al culpable... ¡La sociedad! Tengo por ella tanto desprecio que si no fuera mi propia estimación, haría como Cronwel con todos los que me observan y no erraría en llamar adúltero, calumniador, imbécil, degradado á cada uno de los comparsas que en la sociedad se erigen de motu proprio en preces, cuando deberían ocupar el banco del acusado, el manicomio ó la celdilla...»

—«No, mi amigo,—le observo con dulzura á mi esposo, no debe V. irritarse y jurar contra la sociedad. El precepto bíblico dice que «arroje la primera piedra... y otro precepto de bondad en los cora-

zones dice: «mansedumbre y fortaleza». La sociedad es nuestro medio ambiente; con todas sus faltas y virtudes hay que respetarla, pues, tú sabes que el bien moral, la recompensa de la tierra no siempre anda al lado del mérito verdadero.

El pobre Amaleo se convence ó no, pero lo cierto es que se calla, mascando interiormente su debilidad que daña su salud y nuestra suerte, murmurando sordamente con las manos ó los ojos lo que no quiere decir con los labios.

Vamos, pues, en rápido viaje hácia el aislamiento, hácia la vida solitaria que después de enfriar los vínculos sociales, sufría también cierto género de ilusiones que habrá que reemplazar con otras para no morir en el desierto de las ciudades.

17 DE MARZO.

Han transcurrido apenas dos días y sin embargo, tengo la sensación de dos meses. ¡Qué días largos! ¡Qué pendiente forzada la que vamos bajando! Ya en mi familia se murmura libremente, se me llama *tonta* aveces, otras *estravagante* «porque no corto por lo sano». Es decir que prefieren al estudiar mi problema, el escandalo al sacrificio.

—«Ustedes tienen de que vivir comodamente» me ha insinuado una tia, mujer de mucho consejo según los de la familia,

aunque mantiene á su marido con sus propios recursos, á un marido mil veces peor que el mío, un simple con pantalones y actitudes negativas. Otra pariente, una prima, solterona, dura para todos, hiriente, vanidosa, sosteniendo que nunca le gustó el matrimonio, talvez porque jamás se le presentó un novio apuraba con el mayor desenfado sus argumentos: «Gumi, querida Gumi, basta de tolerancias: tu juventud y tu hermosura...»

Relación cortada, parentezco negado.

Mi madre con ser mi madre no ha tenido palabras semejantes y estas mujeres que saben del matrimonio lo que les cuenta el idiota ó el célibe, se permiten á título de consejos no pedidos, ofenderme, agregando á la ofensa el tono protector y cariñoso de la sabiduría...

Oigo estos consejos y mi impaciencia se convierte en explosiones de cariño acendrado para mi Amadeo que felizmente ignora lo que se maquina; olvido como por encanto su mal, para ver solamente al hombre leal y generoso, en cuyo corazón no cabe un mal sentimiento. Vida mía, si domináras ese vicio, si amanecieras de repente curado y te pudiera yo exhibir...!

18 DE MARZO.

Hoy peor que ayer.

19 DE MARZO.

En la historia del mundo hay fechas inolvidables. También las hay en la historia de las personas, y la mía, la de anoche, será horriblemente inolvidable.

Amadeo era un cuerpo desvergonzado, de ojos vidriosos, de maneras trémulas: no podía hablar. La cabeza se le iba de un lado á otro. Al hombre culto se había sustituido la masa carnosa, envenenada, inconsciente.

No acertaba á tenerse de pie ni sentado, ni acostado, parecía que su sangre se quemaba en voraz incendio.

No, no ha sido fastidio lo que me ha hecho llorar; ha sido lástima, que me fundía en lágrimas, lástima de él, lástima de mí. En medio de su inconciencia, flotaba algo como una sonrisa amante, de súplica, de sumisión. Ese cuerpo adorado estaba sin alma y así, muerto en vida, se esforzaba por aparecer á mis ojos el marido amante, sin palabras, con monosílabos angustiados. La ropa en desórden, los cabellos caídos sobre la frente, tambaleándose me miraba como diciendo «¿me quedo ó me voy?»

Traté de arreglar sus ropas, le hice sentar, le acaricié su pobre cabeza enloquecida, le abracé ardientemente y pasé así una hora, dos, no sé cuantas, quedándonos al fin dormidos, él de alcohol, yo de amargura.

Al amanecer senti que me besaba,

me puse de pié avergonzada de él, y él, sano ya, abrazándome las rodillas, con la cabeza inclinada, ronco me dijo: «No merezco, Gumi, tu perdón; soy el hombre más bajo, el más vil é ingrato de los hombres»

27 DE MARZO.

Me hallo convalesciente y aunque en nada tengo fé, me conforma la idea de que mi enfermedad ha asustado á Amadeo que no se ha movido de mi lado.

He sentido los primeros dolores, vagos, indefinidos propios del aborto. La noche del 18 ha estado apunto de acabar con dos existencias. La Virgen del Valle sabrá porque nos hemos salvado.

Tres dias he estado sin conocimiento y los demás, como empalizada, rígida. Amadeo ha enflaquecido horriblemente; no ha querido dormir, ni comer, ni nada que no sea estar al lado de mi cama consumiéndose como una vela de cera. Mi madre, le ha obligado á tomar algun alimento casi á viva fuerza.

Sus besos en mis manos, al fin, me han desentumecido, me han hecho vivir.

El médico asegura haber pasado todo peligro y yo he reflexionado que.. acaso habria sido mejor...

Mi esposo se cree el causante, condenándose en todas las formas. «No es

suicidio lento, me dice; es suicidio y asesinato. Yo soy la fatalidad ciega que alguien me empuja para herir precisamente á lo más caro. Quien es ese alguien, no lo sé, pero lo siento arrastránd me con férrea mano. Mi resistencia es inútil; veo el abismo y allí voy, conozco el veneno y lo devoro, odio al arma traidora y, sin embargo la esgrimo y no contento con desgarrar mi propio cuerpo y de envilecer á mi alma, en mi enajenación vislumbro al angel caritativo y contra él dirijo mis golpes, contra mi deseo contra mi voluntad.. ¡Ese alguien malo, perverso, me lleva, me lleva enloqueciéndome.... Mujer; Gumi, esposa mia, eres buena como la luz y te estoy matando! ¿Puedes calcular quien es ese espíritu impalpable que me impele hacia el mal?»

Termina la escena con lágrimas, no obstante que tengo resuelto no llorar, y me digo: ¿asi como saltan estas lágrimas contra mi voluntad, no camina lo mismo Amadeo sobre el negro golfo? Si, es claro. No manda él; gobierna la carne, el molde en que se ha formado su espíritu, la herencia funesta, la disposición organica.

El libre albedrio ¿existe realmente? El *motivo determinante* lo confirma ó lo excluye?

El no quiere beber y bebe: resuelve una y mil veces no infringir é infringe.

¿Es culpable de su impotencia? Puedo yo calificar de criminal al que no tiene voluntad culpable? Si tal hiciera confundiría al arma con la persona y entonces el puñal, la pistola, el veneno son los criminales, nunca Amadeo, mi resignado esposo que se vé arrastrado por la fuerza ciega, independiente de su arbitrio, de sus voluntarias deliberaciones, de su razón, de su energía....

Si él no hubiese luchado, seria permitido censurar su abandono; pero cuando se agota el esfuerzo en vanas tentativas, cuando el cuerpo es el que manda... ¿Porqué no pedimos al neumónico que respire libremente? y al tifóideo que abandone su fiebre, al moreno que se haga blanco, al viejo que se haga jóven, y al halcón nacido halcón que se haga loro hablador?

Oh! no deliro. Ese hombre ¡Dios santo! no puede, como no puedo yo tener bigotes, ojos pardos y cabellos rojos, por mucho que lo quiera en indicativo, pretérito y subjuntivo.... No puede! Eso es. No puede!

Entonces no hay suicidio.... Cómo, no! El loco es tambien suicida, lo que no significa responsabilidad.

Mucho temo que los desahogos de mi alma autoricen á juzgarme como mujer casquivana, invasora de la filosofía y la medicina, y, solo yo sé todo lo que mis ojos ven por el cristal del sufrimiento, por-

que si es cierto que los grandes pesares matan, tambien lo es que preceden agonías luminosas. . . .

### 1º DE ABRIL

Acabo de experimentar la más sencilla de las sorpresas. Catalina ha estado á visitarme con su hijita sana, fuerte, rosada como los duraznos. Ha comenzado hablándome de Amadeo, de su generosidad, del dinero que le dió sin conocerla, porque sí. Con ese dinero dice haber curado á su chica. Ha sido dinero de suerte. El médico la sanó ligerito y después se ha hecho «una criatura servicial, obediente.» Es la obra del señor Robles, el buen esposo y ha venido sabiendo que estoy gruesa á dejármela á su Rosita para que cuide y cargé al chiquito ó la chiquita. «Ha de serle fiel como un perro, señora; hágala quedar yo se la doy porque es de suerte, ya es confesada y tiene *medida* de la Virgen», y la pobre mujer y madre le ha descubierto el cuello á Rosita para mostrarme la medida, señalándome, después el atadito de ropa de la criatura. . . . Era cosa resuelta. Si yo queria hacerla quedar á élla tambien de sirvienta, con mucho gusto, muchísimo; pero era inútil para el servicio muy campesina. . . . ¿Y el señor Robles como está? Qué buen mozo, qué corazón tan lindo. . . .

Ay, ay, ay, cómo me he complacido oyendo hablar bien de Amadeo, con la sinceridad desatada de Catalina que, por supuesto, ignora cuántas penas han ido y venido desde aquel hermoso día que nos abrigamos en la Falda en su casa, bajo los grandes naranjos cargados de fruto.

· · Es acaso el día para mi más grato después de los cien pasados en el *Buen Fin*. He oído elogios de Amadeo, música angélica suavizando las mordeduras de mi dicha, y francamente, tentaciones me han dado de abrazar á Catalina para pagarle con mi cariño la miel que me ha traído de su mundo immaculado. He llamado á mi madre, se la he presentado, la hemos agasajado como á persona de importancia y talvez por eso Rosita no ha manifestado resistencia para quedarse conmigo.

Se presenta, pues, una ilusión en mi soledad y otra por el que viene, «el chiquito ó chiquita que va á cuidar y cargar Rosita.»

Catalina se ha dejado estar largamente y cuando cansada de esperar la venida de Amadeo que anda en las ocupaciones ordinarias, ha determinado marcharse ha hecho que Rosita le pida de rodillas su bendición, se la ha dado con palabras conmovedoras, en mar de lágrimas de madre é hija, y se ha ido después de recomendarle que en lo sucesivo me pida á

mi la bendición «que seré su buena madre y élla la buena hija para servirla.»

Qué heroísmo de mujer, qué valor para dejar á mi cargo, su única hija, un hermoso botón cobrismo, de ojos pardos y labios rojos...

### 3 DE ABRIL.

La negrita, Rosita, llená la casa. Está consolada y cosa singular! mi madre y yo y Amadeo estamos contentísimos. La hemos vestido, mejor dicho, mi madre ha ocupado dos días íntegros en comprarle lo necesario, habiéndola transformado.

Rosita es mi constante compañera, la mejor visita. Todo la sorprende haciéndome reír. Es mi espejo. Me pongo seria y está seria; sonrío sonrío, hablo, me contesta, me callo, guarda silencio; sus ojos apenas si se apartan de los míos. El sentimiento demasiado precoz de la maternidad, se me presenta y aunque algo extremado encuentra el pretexto de expandirse en Rosita que viene á ser para mí la rosa más fresca y linda en mis horas de preocupación.

Escribo estos renglones con ella á mi lado, parece un bronce por lo bruñida y silenciosa. No sabe leer ni escribir. Conoce mal que mal las letras pero distingue su nombre que ha visto lo he puesto en esta página tres veces.

¿Será un amuleto. que Dios me envía? Será la esencia corporisada del consuelo? Oh! nada. Déjate imaginación de forjar castillos. Es lo que es; nada más. Sí... algo; mi hija adoptiva, la compañera del que viene y no tardará en llegar, pues, estoy monstruosa, apenas puedo inclinarme para escribir estas líneas que tantas veces, inutilmente, me las ha pedido Amadeo para informarse.

«Ese es mi proceso» me ha dicho, y tú no quieres que yo conozca mi castigo.»

## MAYO 12.

Está aquí el pobrecito y aunque ha nacido sin llorar, tiene ya diez y seis días, bautizado con los nombres de Patricio Amadeo. Duerme el sueño del angel, cuidado por Rosita otro angel y por nosotros que nos congratulamos de la venida del pequeño mesías.

Ha sido el más grave de los problemas la elección de padrinos para el bautismo religioso. Yo indiqué á mi madre; Amadeo á *su amigo*; pero felizmente, éste no pudo asistir y la ceremonia tuvo que realizarse, sin su presencia, presagio, para mi, mensajero de algo grato.

Es el retrato de Amadeo, como si fuera hijo exclusivo de él. Dios quiera que el alma tambien se le parezca, menos en... la tendencia.

Estoy á todo preparada; vencida en mi esposo quiero ser vencedora en mi hijo. Voy á luchar contra la supuesta herencia y el atavismo pacientemente.

Creo que nada he dejado ya por leer, condensándose en estas palabras que copio de un escritor del día, todo el involucro de la doctrina.

«Las leyes de la herencia en general y aplicables á la herencia psicológica, pueden reducirse así: 1º Herencia directa é *inmediata*; 2º Atavismo ó herencia *mediata*. Las subleyes no admiten otra concreción que estas: 1º Períodos de manifestación de la herencia en el individuo; 2º Preponderancia en la trasmisión de los caracteres psíquicos. 3º TRANSFORMACIÓN DE ESOS CARACTERES EN EL DESARROLLO.

La herencia fisiológica, está clara: mi hijo se parece á su padre como una á otra gota de agua. No tengo motivo para intentar modificaciones á este respecto; pero en cuanto á los caracteres psíquicos, he de formarle un medio ambiente tal, he de actuar con tal paciencia y tenacidad que no abrigo la menor duda del triunfo.

Así como en China se modifican los pies, los ojos, el pelo y el color; así como una cintura gruesa se afina con el corset y una frente lisa se arruga con la preocupación, así también se transforman las tendencias congénitas, oprimiendo ó liber-

tando el vuelo del alma con la formación de las ideas.

Si yo quisiera hacer de Rosita una muchacha cruel, nada me costaría como no fuese el vencer mi propia repugnancia. Dispensésemme el orgullo de decir que yo también como Mme. Necker de Saucure ha visto y observado como se reprime la mala tendencia y como se estimulan y fomentan las buenas, en el mar ajitado de las pasiones humanas.

No se necesita releer á La Rochefoucauld, ni á Descuret. La novela diaria escrita ó experimentada es suficiente para abrir los ojos alumbrando hasta las lejanías del horizonte.

No hago programa: alimento un propósito y lo he de hacer gigante con mi amor de madre en ese pequeño ser que, hoy duerme la inocencia del angel.

Y si hubiese de salir vencida? Preferiría entonces haber muerto antes de nacer, ó morir ya, cualquier día, ser más bien una de esas almas errantes que las egipcias pesaran para confirmar su metempsicosis.

Mi esposo se ha conducido bien en estos días, tratando de llamar con su presencia la soledad que nos rodea. Experimento sensaciones de alivio al no escuchar á nuestros parientes, particularmente á mi prima, la solterona que le da «por decir las cosas por su nombre», con franqueza licenciosa é hiriente.

Estamos en C. . . . poco más ó menos como si no estuviéramos entre estas montañas azules que nos rodean, conservando pocas amistades, contraídas á vivir los días que nos restan y á endulzar las horas cuánto nos es posible.

13 DE MAYO.

Parece imposible. Toda la alegría que nos ofrece el pequeño habitante se desvanece ante hechos conocidos á circunstancias enojosas. Desde ayer veo sombrío á mi esposo; Amadeo tiene alguna pena negra, mordiéndole el alma. No atino á comprender cual sea su naturaleza. Se sienta á mi lado y se queda mudo, meditando.

Le he interrogado inquiriendo la causa y sus respuestas evasivas me han confirmado la creencia de que algo negro está mordiéndole con dientes acerados el corazón.—Desengañada de tener explicación franca de él, he hablado con mi madre.

Ya había ella observado el hecho. «Tu marido es víctima de un chisme probablemente,—me ha dicho,—y de un chisme que lo han hecho bien, de modo de convencerlo. Nada te oculta él de sus negocios, ni de sus acciones íntimas. Cuando no quiere hablar es porque juzga inconveniente comunicarte lo que le han dicho. No te apesadumbres, ni insistas en que

te explique la razón de su silencio. El chisme, como las enfermedades fulminantes, busca á los débiles, ataca con violencia y si no mata inmediatamente, se retira. Días más ó menos ha de comprender él la intención de la mentira. Malo será que tarde mucho, porque nada arraiga tan pronto como la calumnia: pero, puesto que tú no tienes parte en la falta que lo ha herido y menos el inocente á quien le mezquina él sus caricias, debes conformarte con la situación y esperar con paciencia...

En verdad debo conformarme por grande y cruel que sea la injusticia. Dios pone á prueba precisamente á los que más ama, según el Antiguo Testamento. Yo no me revelo, ni me revelaré, por repetidas que sean las pruebas.

15 DE MAYO.

Continuamos bajando la pendiente, cuanto más profunda, más espinosa. Frialdades de nieve me rodean. A mi madre la está denunciando la tristeza y yo me veo precisada á usar con élla de hipócritas disimulos para ahorrarle padecimientos. Amadeo rechaza mis atenciones y descarga su fastidio sobre Rosita que ha comenzado ha temblar cuando lo vé.

¡Qué vida mortificante!

23 DE MAYO.

Esto es horrible. Amadeo le ha pegado á Rosita.

La injusticia me ha indignado á tal punto que me he visto obligada á protestar en defensa de la pobre niña. Ella no tiene más delito que su adhesión hacia mi.

El incidente ha irritado terriblemente á Amadeo que ha tomado la calle furioso.

Si Catalina supiera que su hija ha sido golpeada... Tal vez lo más conveniente será que se la devuelva.

24 DE MAYO.

Acaba de terminar el primer acto de mi drama íntimo. Amadeo ha venido á pedirme explicaciones. Si hubiera venido completamente sano, habría comprendido fácilmente la inocencia de todos mis actos; pero, me ha dirigido tantas groserías... Consentir era degradarme. Protestar era aumentar el incendio. Me he callado refugiándome en silencio absoluto. El se paseaba á grandes trancos en nuestra habitación, enronquecido, con ojos que relampagueaban de ira. «Habla, contesta, si tienes que contestar», me decía, aumentando su irritación con mi silencio.

---

En esta parte hice observar á Dominga que había algunas hojas rotas, al parecer, recientemente arrancadas.

—No necesitamos leer más, me dijo. Ya ves que clase de hombres han sido el padre y el abuelo de Patri. Sería locura imperdonable sacrificar á nuestra Florencia. «De tal palo tal astilla» dice el refrán.

.. —¿Te ha fatigado la lectura?

—No, propiamente, aunque va largo. Considero inútil continuar adelante. Estamos impuestos prolijamente de lo que sabíamos antes de leer el cuaderno. Amadeo Robles, buena gente, borracho, torpe, muerto en media calle, por un golpe de alcohol, etc., etc.

—Bien. Pero, si no estás fatigada podríamos leer otras páginas; al fin nada se pierde... y mira... no hay más que una nota ya; el cuaderno cambia de forma.

Dominga se inclinó para ver mejor; le di un beso, como tónico y continué:

18 DE JULIO.

Hoy es cumpleaños de mi matrimonio. Un cumpleaños que no deseo para ninguna mujer. Hacen cincuenta y cuatro días á que se fué Amadeo de nuestra casa.

Casi me había acostumbrado á su ausencia en mi dolor. Dos circunstancias han venido á removerlo todo en el fondo

de mi alma. Primero, este aniversario, polo opuesto del día de mi casamiento; realidades de acibar, contra ilusiones de miel. Segundo, la carta que transcribo de mi esposo.

«Por ser 18 de Julio hago este último esfuerzo, procurando la paz de nuestra familia. *Me consta* la verdad de lo que Vds. han dicho de mí, pero, dáme una explicación cualquiera, no te limites a negar secamente, como lo has hecho. No te pido humillaciones: reclamo una explicación, algo que sincere tu actitud para ante el esposo injustamente ofendido. Huyendo el escándalo he tolerado en silencio. Esto no puede ser indefinido. ¿Tu orgullo lo impide? Bueno, sea! Yo también tengo orgullo, menos decantado y quizás más legítimo.

He aquí mi contestación:

«Confundes el orgullo con la dignidad. Te he dicho que *es falso* y basta. Si dudas de mi palabra, no es con palabras que he de restituir la fé que has perdido. Mucho temo el escándalo, pero no tanto desde que se ha producido. El mal está hecho».

Quedo, pues, definitivamente viuda con esposo y casada sin marido, tranquila en mi desgracia, porque ningún remordimiento agita mi corazón.

A pesar de todo, amo á mi esposo y al compadecerle, compadezco á nuestro

hijo que en su cuna sufre los primeros golpes de la vida.

Quiera Dios que esos golpes sean como los que se dan al fierro enrojecido para convertirlo en acero.

## V

«Después de largo tiempo vuelvo á escribir estas notas que me sirven de desahogo.

Mucho ha consumido el olvido, cuyos huecos va llenándolos el presente. Escribo con cierta doble intención, pues Patri, mi querido hijo Patri, encontrará en estas líneas el rastro honrado de la madre que no ha dejado de pensar un solo instante en él.

Vuelvo la vista atrás y como cuando se retiran los ojos de la luz brillante, en mi memoria centellean hojas oscuras y luminosas que se abrazan largamente. Miro adelante y todo lo que abarcan mis ojos lo veo terso y limpio hasta los apartados confines. Una noche triste y un día sereno me representan el pasado y el presente, que se atan indisolubles en la persona de Patri.

Mis cinco años de casada trascurrieron con la lentitud de los siglos, de los siglos duros y crueles como los del martirologio ó vergonzosos como los de Bizancio.

Rara vez la alegría; siempre la amargura.

Amadeo intentó primero quitarme á Patri; por medio de los jueces. Fueron los días más negros que pasé.

La duda bastaba para matarme si el fallo salvador hubiera demorado. Se me ocurrían las cosas más extravagantes; imaginaba que los jueces ordenaban la entrega del niño; que los gendarmes en cumplimiento de la sentencia venían á nuestra casa y entraban á tomarlo de la cuna, y que yo mi madre y Rosita nos dejábamos hacer pedazos antes que entregarlo; pero como la fuerza pública es invencible al fin tomaban á Patri; lloraba éste desesperadamente tendiéndome los brazitos y le llevaban sin hacer caso de sus gritos convulsivos ni de mi madre desmayada, ni de mi, muerta... y cuando la horrible pesadilla me hacía ver todo agostado y á mi hijo en el martirio, como ola de rugiente sangre me venía á la boca para gritar: «Amadeo! bárbaro! no nos mates... ¿qué sabe el inocente?»

Tomaba entonces á mi hijo en brazos y lo adhería á mi cuerpo hasta formar una sola masa indivisible é invulne-

rable, pues ¿á quién se le ocurre que el hijo puede ser quitado á la madre?

Trás de esa pesadilla, venía otra y otra y el sentimiento del crimen empezaba á brotar en el fondo de la imaginación afebrada. Sin embargo jamás tuve palabra de malquerencia para Amadeo. Cada golpe que me daba pasaba sobre mi amor, como el acero sobre el pedernal, arrancando chispas sin aniquilarlo. El pobre hombre estaba ciego como las estátuas de mármol, ciego, enfurecido contra mí que, solo la Santísima Virgen del Valle sabe, nunca le he ofendido ni de obra ni de pensamiento.

Cuando terminó el pleito, mi Patri cumplía dos años. Flaco, palidito, melancólico, balbuceando pocas palabras, debido probablemente á su tardío desarrollo ó á mi leche amarga, era ya un hombrecito que decía «papá» como el loro, porque no conocía á su padre.

Muchas veces se lo envié á mi esposo para que lo visitara. Jamás quiso recibirlo. Me asombraba la dureza de ese corazón.... Ni el granito lo igualaba.

Un día estaba Rosita con el niño en la puerta de calle, vió á Amadeo que venía por la vereda y le enseñó al chiquito le dijera al pasar «adios papacito.» Yo padre me hubiera detenido para besar á mi hijo arduosamente, por culpable que fuese la madre, y por torpe y empederni-

do el mundo, pero Amadeo era otra cosa. Pasó mudo sin volver los ojos hacia Patri que continuaba gritándole «adios papacito, adios papacito, adios. . . .»

¡No me habría dolido tanto una puñalada en medio del corazón! Que calumnia horrible debe ser la que nos han levantado para que un hombre más bueno que la bondad haya ennegrecido tanto en su alma nuestras personas! para que así precinda del hijo inocente que lleva su sangre.

Amadeo entre tanto descendía, descendía. . . . Frecuentemente nos llegaban noticias muy á pesar mio.

Los negocios iban mal, eran gobernados por su amigo que mas vicioso todavía, dominaba mejor sin embargo su conducta. Dejaron de frecuentar la buena sociedad, la que por lo menos contiene sus pasiones en cierta línea de moderación que hace perdonable más de una falta grave.

Los término-medios sociales pocas veces sirven para elevar, porque el lodo está á corta distancia. Del descuido de las palabras se pasa á la descompostura de las maneras y de ahí un paso más y comienza el fangal.

El juego, los naipes sucios, cuando no inmundos barajados entre libaciones venenosas y humaredas espesas de mal cigarro, con luces indefinidas y tapetes

fideicomisarios de la trampa, hace lo que los microbios: multiplican prodigiosamente en la morbosidad del cuerpo y del alma los obreros de la muerte con el des-crédito.

En esa sociedad media, especie de mula entre la aristocracia y el pueblo, briosa pero traidora, se refugian siempre aquellos que huyen de la luz plena, en procura del medio ambiente propio de las debilidades y los vicios y es en esa sociedad donde Amadeo mataba el tiempo que otros emplean en luchar tras la fortuna ó el brillo.

No puedo olvidar entre otros incidentes uno semejante al que antes he referido. Alguien me dió la noticia de que Amadeo estaba enfermo, gravemente enfermo, y por cruel y baja que fuera su conducta, juzgué de mi deber sobreponerme á sentimientos de egoísta orgullo, yendo á buscarle á su casa, con el ánimo decidido de constituirme en su enfermera.

La casita ocupada por él, en el barrio opuesto de la nuestra, se componía de tres habitaciones destinadas á escritorio, comedor y dormitorio. Yo conocía perfectamente su distribución porque en ausencia de él entré más de una vez, con la misma intención que entraba á la iglesia á rogar por su felicidad, impetrándola al Dios de las alturas.

Entré, pues, á su casa encontrándome

en el escritorio con *su amigo* y otras personas de conocido medio pelo. El amigo salióme al encuentro rogándome pasar al comedor mientras prevenía á mi esposo. El comedor y el dormitorio se comunicaban por una puerta que estaba cerrada, pero que no me impidió oír la voz de Amadeo. «Dile á esa mujer que si quiere matarme con su presencia que entre... No, no le digas eso; dile que se vaya porque su presencia es más que un sacrilegio...»

No alcancé á oír lo demás. Sin esperar el regreso del amigo salí á la calle, muerta de vergüenza y de dolor y entre los sollosos que me ahogaban, al verme tratada con tan injusto rigor, creo, si, creo que encontré la justificación de Amadeo, para perdonarle sus ofensas.

Mi madre creía siempre en la existencia de un chisme calumnioso, y yo comencé á creer en la alteración de las facultades mentales de Amadeo. Cuando fui arrojada de su casa, adquirí el firme convencimiento de que existían las dos cosas, el chisme y la locura. La calumnia había encontrado campo fértil en su propio vicio y sus facultades se extraviaron fácilmente. No podía ser otra la causa de lo que nos ocurría desde que mi madre, ni yo, jamás hicimos nada malo para Amadeo.

Odiar á lo que naturalmente es objeto de mayor amor, odiar á la esposa y el

hijo, es el mas común de los fenómenos de la locura.

Por otra parte, es tan difícil señalar la frontera entre la enajenación y la sensatez... ¡Hay tantos cuerdos que son locos y tantos locos que son cuerdos! tantos grados diferentes de la cordura y la insensatez, extravagantes á los que no son cuerdos, ni locos, ó *matóides*, como los clasifica una escuela italiana.

Si yo hubiera tenido más temprano ese convencimiento habría hecho cualquier sacrificio para salvar á mi esposo con el concurso de la ciencia.

Por mi desgracia he venido á comprenderlo todo demasiado tardé, cuando el cuerpo de mi esposo no tenía cura debido á los estragos del alcohol. Es sabido que el alma en si misma nunca se enferma, como no puede ser enferma la nota de un instrumento roto.

Si la integridad y normalidad del cuerpo fuera constante, constante sería la integridad y normalidad del alma que no es más que un contenido incorpóreo.

Los médicos alienistas dirán que sí ó que nó, sin que su opinión haga variar la mia que ha pasado por el crisol de las más detenidas reflexiones, inspiradas por mis largos padecimientos y por mi inextinguible amor, no á la ciencia, á mi esposo y mi hijo.

Mientras Amadeo continuaba arruinándose, apuntalándose como viejo edificio para no caer, Patri era sometido á un tratamiento inexorable. Baño en la mañana con fricciones y masages; ejercicios físicos progresivos, alimentación cuidadosa, vestidos apropiados según las estaciones que lo fortalecieron pronto. Su inteligencia apática ó tardía me preocupaba vivamente, obligándome á mantenerla en moderada pero firme gimnasia intelectual. Á medida que notaba la lentitud de su progreso en la idiación, multiplicaba mis afanes en el tratamiento físico, diciendome interiormente y como para consolarme: «no es aún botón y ya le quiero abierto.»

Durante los primeros tres años, Patri ha ido sin excepción á la cama á las ocho de la noche en invierno y á las nueve en verano, levantándolo temprano para meterlo en la bañera. En seguida aire puro y sol, bastante sol, para algo existe el sol en la naturaleza que es el sabio de los sabios.

Tratar de expresar la obra de mi paciencia es asunto superior á mis fuerzas y también extraño á mi propósito. Pequeñas luchas con mi madre, millares de consultas al médico, lecturas aburridoras, pe rezas vencidas, gustos contrariados, vaci laciones, desfallecimientos; alegrías fugaces alta tensión permanente, el ideal empaldecido y restaurado dentro de la ro-

tación por centenares de veces... eso y mucho más, muchísimo más ha constituido y constituye mi pan de cada día.

Cuando Patri me conoció para pedirme el seno, cuando me tendió sus manitas, cuando Rosita acariciándole le hacía pronunciar el goh, goh, goh, precursor de la palabra, cuando se rió la primera vez ó dejó caer el juguete de las manos que Rosita se lo devolvía para que él lo dejase caer nuevamente, confirmando las primeras experiencias del ser conciente, rompiendo papeles, rectificando las sensaciones de distancia, calor, color y peso, cuando... uf! que mundo de pequeñeces y fruslerías que, sin embargo, fueron para mí más radiantes que la Iliada de Homero y más tiernas que los versos de Petrarca. ¿Habría por acaso de comparar un beso de mi hijo con el más grande premio de la tierra?

Patricio le pusimos por nombre y yo le quiero patricio hasta en el aire que respira, más patricio que el mejor de los romanos... tanto como la Virgen del Valle que todo lo colma con su augusta magestad.

No necesito decir que Patri aprendió á hablar, primero con deliciosos balbuceos, trocitos de cristal jugando entre sus labios bermejos, con tonalidades encantadoras y despues... despues... ¿quién estará oyendo la musical palabra que fluye de sus labios?

El tratamiento era feliz. Patri se fortalecía visiblemente, desapareciendo mis temores. Fuerte, sano, alegre, yendo y viniendo con Rosita de un lado á otro, poniendo la casa en movimiento, gritando como pájaro salvaje del *Buen Fin*, nos hacía el personaje brillante en nuestra soledad que nada echaba de menos.

Su inteligencia marchaba como su cuerpo en perfecta normalidad, y yo, como el enemigo implacable repitiéndome la tercera sub-ley de la herencia atávica.

*«Los caracteres se transforman en el desarrollo».* . . .

Patri tenía más ó menos cuatro años cuando se produjo la siguiente escena:

Estábamos en la mesa. El en su silloncito á mi lado, comiendo ordenadamente, como un grande, es decir como una persona bien educada. Yo me había servido el vino dejando mi copa á la mitad. Ofrecile á Patri el resto. Mi madre dió un grito, oponiéndose. «No le des, mujer»... Le asaltaba sin duda el recuerdo de Amadeo. Le acerqué, sin embargo, la copa á sus labios, y al segundo ó tercer traguito, Patri se ahogó, tosió poniéndose rojo, inyectado; mi madre me le arrebató de entre mis brazos y le soplaba la boquita, con tal aparato que á ser visto por terceros, se habría creído en un envenenamiento. El acceso de tos pasó luego y mi madre con tono reprobivo me

dijo: «¿Qué has hecho, Gumi? ¡con qué tranquilidad te has dejado estar en tu asiento viendo que el niño se ahogaba!»

Entendía yo de otro modo. Patri no había de morir por semejante motivo y puesto que la lucha estaba planteada, justo era que comenzase el período de la prueba, y que continúe hasta desterrar definitivamente el último rastro de la tendencia paterna, ó convencernos de lo contrario. Patri fué restituido á su asiento y pocos momentos después volvía yo á ofrecerle el vino que no quiso aceptar: temía otro golpe de tos probablemente.

He repetido cien veces después de ese día el mismo ofrecimiento, y cada vez que Patri me aceptaba, yo me daba maña de apurarle la copa para que vuelva con la tos la repugnancia.

Algunas veces llegó á ser motivo de enojo mi ofrecimiento para Patri que tomando la copa la arrojaba al suelo. Yo fingía reprenderlo muy á pesar de que cada copa rota significaba un triunfo. Alcanzó á ser tan molesta la vista de la copa y del vino que no tengo cuenta de los percances consecutivos. No quería el niño que yo tomase: tenía que hacerlo de adrede exajerando el efecto de la bebida, tosiendo artísticamente, cosa que también hacía mi madre, persuadida de la bondad del procedimiento.

Las faltas cometidas por Patri las cas-

tigabamos imponiéndole la pena del vino, un dedo, dos dedos en el fondo de la copa según la gravedad, pena horrorizante para Patri y que generalmente no la cumplía.

Su repugnancia estimulada por nuestra santa comedia diaria creció desmesuradamente á grado de afligirnos las desesperaciones de Patri, cuando hablábamos de vinos ó licores.

Mientras matábamos así en su paladar la tendencia, le pintábamos los efectos de la bebida con colores abultados, la destrucción del estómago, del hígado, de los tejidos; el embrutecimiento, el crimen horrible, el pecado monstruoso la muerte vergonzosa.

La conducta de Amadeo nos daba el tema sin que Patri supiera que combatíamos en su persona los defectos de su padre.

Amadeo se iba. No eran ataques transitorios, no. Era un solo ataque creciente, destructivo. La policía intervino muchas veces, teniendo nosotras que andar con empeños, miserables empeños para obtener su libertad, mala libertad, entermiza, corruptible, útil unicamente para el desdoro moral y el aniquilamiento físico.

Me es violento, imposible referir en estas páginas que abrió el cariño, las escenas en que Amadeo protagonizaba en sus últimos días, escenas que me llegaban empalidecidas y así mismo... espantosas.

Ya no era un hombre; desaparecía de-

trás del informe atado de huesos que la inercia de la vida conducía por las calles de C..., perdida toda noción de altivez y de higiene. Dios mio! mi marido, el envidiado marido, el caballero culto, el jóven de maneras distinguidas, de familia consular, instruido, modesto, afectuoso, delicado; el que me juró su eterno amor, ser mi yo para ser yo su él, fidelidad, constancia, ternura, solicitud; el amante vigoroso encargado de mi defensa por el sacramento del matrimonio, el padre de mi hijo, momificado por la venenosa bebida arrastrándose...

Ah! y él quiso no caer, puso todo su esfuerzo y no pudo! Su voluntad, como la cera, se fundía á la menor presión del apetito. Era una voluntad fofa: con la misma facilidad que mandaba, obedecía, mandando con la inteligencia y obedeciendo con la bestia; una voluntad mal cultivada en las vecindades de la carne, valiente, generosa para los demás; cobarde y mezquina para sí, para el amo á quien domaba.

Los desenlaces truncados al fin llegaron á su término, despues del azaroso viage.

—«De veras, se muere! me dijeron; y pide ver á Vd., á su hijo y á la señora Mercedes».—Mi corazón saltaba dentro del seno como si lo golpearan con martillo.

Fuimos inmediatamente con mi madre y Patri conducido por Rosita. La casa estaba fúnebre por la oscuridad de la noche y por la proximidad de la muerte.

Yo entré adelante, loca de dolor y lástima encontrando á mi pobre Amadeo, pálido, con los ojos hundidos y vidriosos, tendido de espaldas en su lecho.

Le abracé con toda mi alma, al fin, me admitía á su lado y con mis lágrimas empapé la misma almohada en que reposaba su cabeza desgredada, calenturienta.

Mi madre que entró con Patri en pos de mí se acercó al lecho levantando al niño en brazos... Amadeo le vió y comenzaron á correr sus lágrimas silenciosas, mudas como la muerte que se cernía.

— ¡Oh! han venido, dijo penosamente, no lo esperaba.

Será el último favor dispensado... Démelo, señora, á Patricio (agregó dirigiéndose á mi madre. Patri comprendiendo aunque vagamente la situación se dejó caer suavemente, en tanto que Amadeo le ponía su mano trémula sobre la cabeza; clavándole una mirada de ternura infinita)... Hijito!... Patricito! hijito mio!... (No podía hablar; estaba agotado de dolor y amargura. Nos miraba, y parecía buscar fuerzas para mover su lengua paralizada.) Después volviéndose hacia mí, díjome: Gumí! no te pido perdón... Señora, no... no merezco perdón! Las he hecho llamar, porque ese *amigo infame*... él, solo él es la causa de nuestra... de nuestra desgracia....!

Amadeo que se había incorporado un

poco apoyado en mí, cayó desvanecido, como fulminado.

El sacerdote llamado para auxiliarle comenzó á gritarle el nombre de Dios en los oídos. Sus palabras parecían cruzar la atmósfera de la tierra, alcanzando los últimos latidos de la vida en el más allá. «Recíbelo, Señor! está arrepentido de sus faltas; recíbelo, Señor!»

Me temblaban las carnes con el soplo de eternidad desprendido del pálido semblante de Amadeo. Mi madre de rodillas al borde del lecho sollozaba oprimiendo cariñosamente una de las manos de mi pobre marido, en tanto que yo, embargada por un dolor profundo, mezcla de amor y lástima, repetía desde el fondo de mi alma las palabras del sacerdote; «Recíbelo señor!

También en los ojos apagados de Amadeo, como súplica indefinida, temblaban sus lágrimas, quizá las primeras que vertiera por nuestro santo amor.

Creuyendo darle mi última despedida al despojo abandonado de la vida, imprimí un ardoroso beso en la frente del hombre á quien más he amado, el que fué todo mi mundo, todo mi encanto, y sentí en mis labios vibrar como un otro beso desprendido de esa frente helada.

Amadeo se estremeció, le animó el perdón, el calor de su familia reunida, la mirada de Patri azorado, el llanto mal

contenido de Rosita que rezaba fervorosamente con el niño en brazos.

Asistíamos á una lucha misteriosa y solemne. Amadeo estaba en la frontera, muerto el cuerpo, vivo el espíritu, y nosotros agenos á las palpitations de la tierra invocando al Dios de las alturas en nombre de nuestro amor y nuestra piedad.

El médico hallábase absorto en presencia de aquel cuadro en el que solo faltaba una pincelada, la definición, el paso del ser al no ser.

Con todo nos aconsejó emplear escobillas.

Tratamos de hacerle reaccionar, consiguiéndolo después de grandes esfuerzos. Respiraba, pero mal, muy mal. Poco á poco fueron serenándose sus palpitations hasta despertar como volviendo de donde no se vuelve.

Besó varias veces á Patri, besó á Rosita en la frente y en las mejillas y pidió que salieran, indicando á mi madre se quedara. Yo le tenía abrazado; no me le había separado ni durante el exámen del médico, ni las exhortaciones del sacerdote. Entónces comenzó Amadeo á referir ceceando, espirando, la horrible calumnia de que habíamos sido objeto... Hacía un mes que él lo sabía de boca del hombre perverso que le llamaba «*su amigo*». Ese infame quería casarse contigo, Gumí, te quería y te quiere para esposa...!»

Yo no podía contener mis lágrimas. Era infinitamente más desgraciada en ese momento que Amadeo. Mi felicidad, nuestra felicidad había sido robada con la más negra alevosía. El mundo se desplomaba á mis pies. Cuando mi infeliz marido espiró, tuve la suerte de ser yo quien cerró sus ojos, estampando en su frente el beso del perdón juntamente con el del casto desposorio. Esa misma noche fuí viuda del todo y para siempre. Ay! madre mía! que inmensa es para V. mi gratitud. Con cuanta tranquilidad debido á V. ha muerto el hombre querido uniendo su nombre al santo nombre de la Virgen del Valle á quien Amadeo pedía para nosotros y su hijo su protección.

Esa misma noche conducimos el cuerpo á nuestra casa y fué Patri quien colocó la primera corona á título de filial ofrenda.

Jamás conocerá Patri que clase de calumnia se nos levantó para producir la ruptura de mi matrimonio.

Es horrorosa; si la relatara se quemaría el papel. Conozco muchas cosas feas, horribles, repugnantes, asquerosas. Nada son, sin embargo, al lado de la vil calumnia, que solo pudo ser creída por un cerebro enfermo.

El tango más inmundo comparado con ella es alba patena.

Amadeo no ha sido al fin suicida. La

intención aviesa de *su amigo* fué la autora de su muerte, deseada, buscada, espiada y perseguida como un ideal, fomentado infamemente, invocando la sagrada amistad...

El se detuvo á mitad del camino; su amigo le hizo continuar el resto, derramando en su espíritu profusamente el veneno. El corazón desengañado se abandonó delirante á los impulsos de la tendencia mal contenida y el proceso de suicidio se transformó en asesinato.

Fué un homicidio que la ley no castiga, y que el muerto, mi esposo, más de una vez me lo explicó con el libro en la mano, ajeno por cierto á la idea de ser algún día la víctima.

En las bajas pasiones el egoísmo atrincherado fomenta el mal.

El consejo insidioso abulta las imágenes con las que el amigo traidor caba el precipicio.

El hombre, el esposo, el padre fué poco á poco como la mosca envuelta en la tela que en vano se esfuerza por recuperar la libertad perdida; los últimos restos del pudor y la razón se sumergieron en las bebidas caliginosas y la manía humana cayó del todo.

Las leyes argentinas castigan el homicidio; pocas veces al homicida.

El que con sus consejos, con sus mentiras y sus traiciones causa la muerte, pue-

de ser un mal sujeto, más perverso que el peor de los hombres, pero no un homicida.

Y sin embargo, para mi corazón sería menos homicida el que de un solo golpe hubiese muerto á mi marido que el que le fué matando lentamente, primero el alma con sus nobles arrebatos, despues el cuerpo, ya insensible á los estallidos de la razón.

Se proclama que la ley castiga la intención culpable porque ella define el delito.

Ah! pero yo sé que si me presentara ante los jueces á decirles que Amadeo ha sido engañado: que su mente fué enloqueciendo á medida que en sus oídos iba penetrando el mal consejo; que su corazón sano le enfermó la mentira; que el asesino no ha usado de otras armas que las traiciones de la amistad, se me contestaría que eso no es homicidio, y entre tanto contra el juicio de los jueces y contra la autoridad de la ley, yo acabo de ver como se mata una vida, como se deshonra un hogar y como se burlan los más altos designios de la moralidad que preside necesariamente á la evolución social.

La contingencia humana jamás puede crear la ley perfecta, bien lo veo. No queda, pues, otro camino que el de educar y formar caracteres superiores á la ley para

ahorrar padecimientos á la familia y ejemplos perniciosos á la sociedad.

El mundo de los delitos resulta ser infinitamente confuso para ser abarcado en la definición legal.

El vino y los brebajes alcohólicos no son el veneno que la ley califica. Ella se refiere á la estricnina, al ácido prúsico, la morfina, el arsénico, el fósforo... el vino, no. ¿Cómo ha de ser veneno precisamente el néctar que alegra la mesa y enciende el entusiasmo?

Aunque sea agente de la muerte no lo es del delito que la ley castiga, como no es delito el de matar á mortificaciones y padecimientos que sin torturar el cuerpo, acaban sin embargo con la existencia. «¿Cómo probar un crimen de ésta naturaleza? dice un escritor: ¿«Como hacer constar el poder del dolor y sus efectos?»

Matar de hambre es igual que matar á puñaladas, tiros, golpes ó veneno, pero matar á vino, á exesos paulatinos, frios, combinados, ante la ley no es delito, apesar de constituir el *summum* de la perversidad.

Los herederos del que muere víctima de la calumnia no pueden llevar ante los jueces la acción de *hominis caedes*. Están cerradas las puertas, debido á los códigos que prescriben el juzgamiento á conciencia, enrredando en los entreveros procedimentales los altos designios de la verdadera justicia.

Así es como en la calle se pasean los criminales, mientras la inocencia padece en las cárceles, porque el procedimiento, la disposición tal... no permiten juzgar de otro modo.

Yo quedé viuda de marido y de mis justas alegrías de otra época, sin el derecho de acusar al amigo fascineroso de Amadeo, cuya fisonomía desde el principio me reveló la negrura de su alma. Amparado por los Códigos y el procedimiento, está en el caso de elegir otra víctima, hombre ó mujer ó niño que se oponga á sus planes.

Alevoso es herir de sorpresa y despachar de un golpe mortal, definitivo y ¿cómo habremos de llamar á la acción desarrollada tranquilamente, durante años para acabar con una existencia?

La elección del arma homicida en más de un caso se llamó *causa agravante*, pero en materia de bebidas resulta ser lo mismo el buen vino, el aguardiente, el ajeno y las mezclas infames con que se destruyen los tejidos: la ebriedad es género sin especies...

Las gentes se asombraban de vernos llevar luto por la muerte de Amadeo, ignorando que era aún más pesado y sombrío el luto de mi alma que los trapos negros que exige y satisface á la sociedad. Suponían que nos habíamos libertado de odiosa carga.

Si el prejuicio no partiera de base errónea... si no se juzgaran superficialmente los hechos, menos golpes sustriría el criterio de la certidumbre.

¡Cuánto empeño he puesto en ahorrarle á Patri esa clase de errores! ¡Cuánto en acorazarlo contra el prejuicio diseminado en todos los ámbitos sociales!

Aun no sé, mejor dicho, no sabía que rendimiento daba la siembra. La muerte de Amadeo robusteció tanto mis esfuerzos en la educación de mi hijo que, me alienta la esperanza de no haber arrojado la semilla en terreno estéril.

Patri tenía siete años cuando le llevé á la escuela de primeras letras. Su marcha en ella estuvo plagada de dificultades. Visiblemente corrompía sus maneras, aprendía malas palabras, manchaba la ropa y los libros y despuntaba un poquito de infantil y fea pedantería.

Yo le enviaba á la escuela limpio, bien arregladito, cepilladas las uñas, los dientes y el calzado y volvía, mi hijo, en triste estado. Poco á poco conseguí que cuidara sus ropas y su persona, y cuando le oía alguna palabra ó frase incorrecta, le reprendía con dulzura, recordándole que la *pena del vino* estaba cerca, esperando la falta para ser aplicada, pero que, cuando los niños son amantes de sus padres, obedientes con sus maestros, cariñosos y suaves con sus compañeros, temerosos de Dios que está en

todas partes, no cometen faltas, se hacen dignos de estimación y reciben premios.

No me preocupaba yo tanto de su inteligencia, su sensibilidad, su memoria... Deseaba principalmente fortalecer su cuerpo y entre sus facultades la voluntad, para lo cual no he desperdiciado consejo. El baño en invierno, en días ventosos, con la barra mercurial, á seis, á cuatro bajo cero, es duro, incómodo. A pesar de eso Patri entraba al baño, con el cuerpecito erizado. La reacción no tardaba en producirse, sonrosando sus mejillas. Pero entraba sin necesidad de instancias, venciendo la pereza y el frío, dominando con su voluntad al medio ambiente.

Gústábanle mucho á Patri los bombones. Un día le dije: «Serías capaz de privarte de los bombones?»

— Si, mamá; fácilmente.

Puse bombones en su velador, en su mesa, en el mio. Mi madre los colocó también en su cuarto para tentar el apetito de Patri. Rosita, con sus diez y seis años, comprendía nuestra comedia colaborando con el mayor acierto. Con todo, el niño, durante ocho días no tocó un bombon, diciéndome:

— «¿Quieres, mamá, que continúe... ó que coma?»

— «Cóme, mi buen Patri, come, pero aprende á dominar los apetitos si quieres ser un hombre.»

Otro día se le ocurre á Rosita remendarle una bombacha negra con paño azul. Patri vió aquello con disgusto. No quería ponerse esa bombacha para ir á la escuela: «era vieja, fea y mal remendada».

Rosita insistía con dulzura en que se la ponga; que nada importaba estando limpia... Patri, indeciso me consultaba con los ojos y por último me preguntó. «¿Me la pongo, mamá?».

—«Si, hijito; póntela. Rosita tiene razón.»

Pobre Patri! Se puso la bombacha, alzó su carterita, sin decir palabra y salió. Desde la puerta de calle le hice volver, diciendole con un beso:

—«Has vencido, Patri, buen Patri has vencido. Eso es lo que abuelita y yo deseamos. Ahora te dará Rosita otra bombacha; vé á cambiarte».

¡Qué orgullo tan hermoso brillaba en la frente de mi hijo, de mi Patricito como le llamaba Amadeo!

Como estos pasages referiría cientos en que Patri salió vencedor. Su voluntad fué adquiriendo el temple del acero. Promesa que hacía mi hijo, se cumplía, y con la firmeza de la voluntad, fué afirmándose la energía de la memoria y la inteligencia por grados insensibles.

Cuando terminó sus estudios de la escuela, tenía doce años y ambicionaba pasar al colegio. La mayor parte de sus

compañeros habían ido ya al colegio. No creí yo conveniente y me opuse.

—«¿Qué voy á hacer en la escuela donde he estudiado todo lo que se exige?

—«Volver á estudiar. Patri, cuando tengas trece años irás al colegio».

No hubo palabra de protesta. El hombrequito tenía fé ciega en su madre. Su voluntad era complacerla. En eso estribaba su felicidad.

Nuestras conversaciones relativas á Amadeo las fué comprendiendo sin que para ello hubiese yo empleado palabras que pudiesen lastimar la susceptibilidad del hijo.

Sabia yo que la pena del vino fué una simple estratagema aconsejada por la previsión.

—«Mamá, me dijo en cierta ocasión, — unos caballeros ingleses se pusieron paño verde sobre un ojo, jurando no quitárselo hasta alcanzar su intento... y lo cumplieron.—Sé de varios hombres que han resuelto no fumar y no fuman. ¿Sabes mamá, que yo soy capaz de jurar y cumplir mi juramento?

—«Patri, yo querría que no jurases y sin embargo, hagas lo que debes hacer. El juramento es en cierto modo la prueba de la falsedad, una especie de cadena invisible que desprestigia la voluntad del hombre, algo así como un gendarme encargado de vigilar el cumplimiento y....

mejor es cumplir sin gendarmes lo prometido. Si el juramento fuese como el incendio de los buques de Hernan Cortez ó como la copa que Felipe dió á Alejandro... ah! pero no es así».

Patri nõ tomaba, ni mucho, ni poco. Jamás le exijí promesa de no tomar y niño, niño como es, no hay poder humano capaz de hacerle llevar á los labios la copa de licor.

.. Sucedió un día, algo curioso. Mi hijo se enfermó no se de que, ni porque. Vino el médico, le vió, lo examinó prolijamente. Le auscultó los pulmones, el corazón y concluyó por declarar que «no era nada, pero convenia darle una tomita...»

Hízose traer la receta y al darle á Patri la bebida creyó que tratábamos de engañarle para hacerle tomar vino. El color y el olor indicaba semejanza.

Fué inútil. Avisamos al médico (conocedor de nuestra historia) y asombrado de Patri, le cambió el medicamento.

Efectivamente el anterior contenía vino generoso. Dí gracias de todo corazón á la Virgen del Valle, recordando que Amadeo en su agonía pidióle para nosotros su santa protección. Sentía un vigor tan grande en mi alma, tanto se ensanchaba mi pecho con gratas esperanzas que empecé á rejuvenecer.

Yo estudiaba al lado de mi hijo, aprendiendo al mismo tiempo las lecciones. El

boletín de clasificación, me interesaba, pues, doblemente, porque el maestro de Patri nos clasificaba á los dos, no dejando de experimentar cierto orgullo personal cuando el boletín favorecía á mi hijo.

Después fué al colegio. Allí estudiamos idiomas, álgebra, física, literatura, historia, oh! y estudiábamos mucho y bien. Jamás olvidaré las lecciones del señor Portales profesor de Historia Universal. Los acontecimientos y las fechas jugaban como el teclado del piano en la memoria de mi hijo, y en la mía... habré de decirlo.

Hacíamos las cronologías de Inglaterra, Francia, Alemania, con rapidez casi vertiginosa, lo mismo que las sucesiones de la República y el Imperio Romano. Tomábamos las campañas de Alejandro, Anibal, César, Napoleón y las seguíamos sobre los mapas, señalando sin ver, donde se dieron las grandes batallas. Con decir que Patri almacenó más de dos mil fechas históricas en su joven cerebro, doy la idea de las lecciones del señor Portales que tenía el secreto de saber estimular hasta el fanatismo.

En este instante, todavía soy capaz de escribir quinientas fechas sin detener la pluma, relacionando los acontecimientos correspondientes, sin que la memoria vacile. Se imprimieron indelebles por los ejercicios repetidos y la atención constan-

te, de modo que nos era cosa sencilla hacer cualquiera generalización.

A ser todos los profesores de Patri como el señor Portales, los demás ramos habríamos dominado igualmente, gozando esos placeres sin mezclas de amargor.

La letra con que escribía sus trabajos mi hijo era bastante fea: en las escuelas no se enseñaba caligrafía. Pensaba yo que este arte debía ser como la palabra hablada, correcto é intelijible, de facil percepción. Eso de escribir geroglíficos en vez de letras, me pareció siempre inconveniente, tanto porque confunde la nitidez del pensamiento, cuanto porque se pierde tiempo en descifrar lo que debe entenderse *in continenti*.

Escribir feo es lo mismo que hablar mal y por tanto contrario á la buena cultura. No basta tener talento;—preciso es hacerse entender por si mismo.

—¿Porqué no cambias tu letra, Patri? díjele un día.

—«En tres meses estará cambiada», contestóme con la más ingenua simplicidad.

Tenia entónces diez y siete años y era de ver á Patri en su afán de transformar su letra. Quince dias estuvo haciendo palotes con la paciencia del minero que sigue la veta de plata. Despues vinieron los abecedarios grandes, gruesos, viriles, elegantes, hechos con plumas ade-

cuadas, con lápices de colores, con tinta roja y negra. En seguida las composiciones escritas primero lentamente, aumentando poco á poco la rapidez, hasta que por último, no á los tres meses y sí algo más, Patri terminó su tarea. La letra de Patri es hoy grande, bella, masculina, gobernando la pluma con gran rapidez.

Recoje las compensaciones naturales de la voluntad firme, bien dirijida, facultad poco ó nada cultivada en los hogares y en las escuelas de la nación.

Mi hijo en ese tiempo era ya un hombre. Manso de carácter, leal como el fuego, enérgico sin estrépito, pensador, sensible á los afectos delicados, moral en sus costumbres, activo, fuerte como un quebracho, esclavo del deber, respetado y querido de sus compañeros.

Todos los años mientras estuvo á mi lado, fuímos el 5 de Julio a visitar la tumba de Amadeo.

La última vez, mi madre no pudo acompañarnos.

El día era frio, muy frio aunque brillaba el sol. El año siguiente no iba á estar Patri para el aniversario, porque estaría en Buenos Aires comenzando su carrera.

Penetramos al cementerio, llevando las flores para depositar en la querida tumba. Patri estaba pálido, con la mirada fulgurante. Al llegar se quitó el sombrero,

colocó cuidadosamente las flores, me tomó de la mano acercándome á la tumba, y estuvo un rato con los ojos fijos sobre el mármol. Yo sentía que su sangre me quemaba, uniéndose con el mio las palpitaciones de su corazón. Luego como vago rumor comenzó á hablar:

«Padre mió! querido padre mió, vengo á despedirme. Mi intención ya la conoces. Quiero que mi madre no sufra: quiero ser el buen hijo para reemplazar en algo al buen esposo... quiero ser su ayuda...»

No pudo concluir Patri: me abrazó tiernamente y con su pañuelo, enjugó mudo mis lágrimas, mi llanto de amor y gratitud de que era testigo la tumba de mi caro é inolvidable Amadeo. En mi vida he sentido emoción más grande, ni más dulce. Parecíame como si Dios, descendiendo de su grandioso trono, hubiera recogido el alma de Amadeo, bendiciéndola en la persona de mi hijo y entregándola á los senos inmortales; parecíame más azul el cielo y más brillante el sol, ensanchándose los espacios: parecíame que yo era Magdalena y me asombraba de la misericordia de Dios, al inundarme con el torrente de la felicidad.

Adquirí entónces la certidumbre de que Patri había vencido para siempre su tendencia hereditaria, si es que la tuvo, y me dije interiormente: «puedo morir tranquila».

Terminó el año sin ninguna amargura, pasando dos meses en el *Buen Fin*, donde Patri leía á ratos, enlazaba y pealaba en el corral, montaba á caballo y corría por los cerros como sombra tras de las vacas que los camperos bajaban desde las altas cumbres ayudados de sus perros los gritos y los huascazos en los guardamontes.

Cuando le divisaba galopando en las rápidas pendientes, tras del ajitado y sudoroso rodeo, perdiéndose en las hondanadas, reapareciendo en los mogotes para lanzarse cuchilla abajo, el ¡Jesús! me venía á los labios, pero Patri salvaba las dificultades de la empresa, como funámbulo de las sierras. Su mula saltaba frenética por entre las peñas, saltaba con sabiduría instintiva, manteniendo su equilibrio en el vertigo azaroso.

Otras veces organizaba cacería de cóndores, diversión útil, llena de curiosas circunstancias. El cóndor es el más audaz de los ladrones en la época de la parición. Vive yendo y viniendo en perpétua vigilancia por las cumbres y las faldas, subiendo, bajando, ondeando suavemente sin mover las alas, en busca de su presa, por lo general el ternero desgarrado, tierno que comete la fatal indiscreción en su pastío de separarse de la vaca. Hallada la presa, inmediatamente el descubridor llama con lenguaje seguro, pero incomprensible, al

compañero, hembra ó collarejo listo á la rapiña. Cuando la madre (la vaca) se apercebe del peligro, tiene á veces tiempo de defender al hijo, lanzando furiosas cornadas á los asaltantes, protejiendo al hijo entre sus piernas.

Media cuadra de distancia hace inútil la defensa, porque uno de los cóndores muerde en el anca al ternero y cuando éste bajo la acción del dolor bala, el otro de un solo picotazo le arranca la lengua y en pocos minutos quedan apenas los huesos.

La muerte del cóndor es utilísima por consiguiente para el criador.

El modo más común de perseguirlos es con presas envenenadas que se colocan en puntos estratégicos. Diríase que la operación es presenciada por esos majestuosos habitantes del espacio. Limpio el cielo, sin punto que indique su presencia en el azulado ambiente, no acaba de prepararse la presa, cuando ya aparece el primero, luego otro, y otro y hasta docenas que ledamente se convidan al mortal festin.

Brotan del espacio como por encanto mágico, pués, inutilmente se escrutaria sus abismos para descubrirlos, oh! y sin embargo, ellos todo lo ven con su mirada penetrante desde la cámara oscura en que viven. Aparecen al principio como puntitos negros apenas perceptibles que se

agrandan como golondrina, creciendo, creciendo, creciendo, hasta que por fin llegan comenzando á girar en vastos círculos que se reducen más y más sobre la ansiada presa.

Los cazadores ocultos, preparadas sus armas, contando sus palpitaciones, esperan dominar el campo de tiro en el momento en que el festin comienza y el gefe con voz sorda ordena ¡fuego! Es hermoso el espectáculo; la condorada se levanta, nubla el sol, hiende el espacio y á pesar de las detonaciones de las armas, jira delirante sobre la presa y las que han caído con el mortífero plomo. Es peligroso acercarse á los muertos porque los vivos les defienden con la humanidad de la raza, conmoviendo á aletasos el aire.

Entre los muertos figuran á veces los ancianos de la familia, cóndores de patas escamosas, verdosas, violadas con los óxidos de la atmósfera que han habitado quizás por siglos, blanqueando su cuello y encorvando el pico. En el *Buen Fin*, creía el capataz que viven siglos y... ¡acaso sea así! Un cóndor cautivo ha resistido cincuenta días sin comer. El hombre resiste siete y llega á vivir cien años.

¡Cuántas civilizaciones, cuantos acontecimientos habrán pasado bajo los ojos escrutadores de los cóndores ancianos que derriba el plomo del cazador, ó la estricnina de la presa!

No he oído á nadie que halla visto polluelos de cóndor, de modo que es una infancia tan oscura que sujere las conjeturas más caprichosas...

Antes de emprender Patri su viaje á Buenos Aires, discutimos largamente sobre la carrera que debía seguir. El tenía adoptada su resolución; yo no quise oponerme.

—«Voy á buscar un diploma, me dijo sin entusiásmo. Conforme á mis deseos mejor me estaría quedar á tu lado, administrar el *Buen Fin*... pero, como en mi país para valer es necesario ser *doctor*, voy á ser doctor, indocto, diplomado como la mayoría de los que conocemos.

«Lo mismo estudiaría leyes que medicina ó ingeniería. Me he decidido por la carrera de abogado por ser su ejercicio menos peligroso para el público. Dios me libre de confundir al estudioso, al virtuoso de la ciencia ó las letras con los que pasan por la Facultad con las indemnidades del granito y sin embargo se diploman...

—«No, Patri, le contesté; no hay que tomar el asunto con tanto descreimiento. No solo los doctores son hombres de valor como lo demuestran Sarmiento y Mitre... ni son tan improlijas las escuelas científicas de la república para que se diplomen sin mérito, los jóvenes ó señores á quienes te refieres. La decepción pre-

matura que me revelas, intranquiliza un poco mi espíritu. Sigue la carrera de abogado puesto que así lo deseas, pero, guardate de juzgar y fallar sobre lo que tu juventud no ha permitido ver de cerca.»

Mis palabras ruborizan á Patri. Sea por el respeto que me tiene, sea por la justicia de la observación, el se dió cuenta de haber avanzado demasiado su opinión y el hallarse incurso en ligereza le avergonzó.

Estos pequeños incidentes me colmaban de satisfacción, demostrándome el noble carácter de mi hijo, el afán de ser sobrio, modesto, ecuánime, justo en sus juicios.

El día de la partida fué triste para nosotras.

Mi madre demasiado anciana y apegada al nieto, consideraba el hecho como desgracia irreparable.

—«Quién va á cuidarle si se enferma? en qué casa va á vivir? Buenos Aires es tan grande.... se cometen tantos crímenes...!»

Trataba de consolar á mi madre, aunque mi propio desconsuelo fuese suficiente para partirme el corazón, pero verdaderista como soy, las palabras se me desgranaban en incoherencias lastimosas, en falsas energías que traspiraban emociones profundas.

Nuestra despedida se hizo con abrazos y besos silenciosos. Patri mismo, fuer-

te como es, no pudo hablar. El silvato de la máquina en movimiento desató nuestros brazos y los últimos raudales escondidos en los ojos.

Quedamos solas en nuestra casa, sin los preludivios del zorzal que la alegraba. Rosita iba y venia de un lado á otro, doblando la cama de Patri, arreglando los muebles, poniendo en órden los libros dejados en el velador, los objetos del laboratorio, la percha, las flores del día, en tanto que sus lágrimas corrian, corrian sobre su rostro rosado y cobrizo como pequeños nimbos iluminados.

Ese primer día tué cruel. Mi madre quebrantada ganó la cama y yo sola fuí á la mesa donde apuré todo mi dolor contemplando vacío, por la primera vez, el asiento de Patri, de nuestro buen Patri que volaba hacia la metrópoli, volviendo sus ojos seguramente al punto oscuro del horizonte donde quedaban la madre y la abuelita suspirando...

Pocos días despues recibimos su primera carta que he pegado con goma á estas páginas, despues de haberla leído diez veces.

«Buenos Aires, Marzo 10 de 189..

«Querida mama: Mis telegramas te han informado de mi llegada, mi ingreso á la facultad y mi instalación en esta casa. Na-

ada tengo que agregar al respecto, pues llegué como todos, ingresé como todos y me instalé como todos los estudiantes que vienen de tierra adentro con poco ruido y mucho miedo de este gran mundo de casas, cosas y gentes.

Cuando el tren salió de C.... y comenzamos á cortar campo, tenía yo el alma deshecha, si es que la tenía, dudándolo hasta ahora porque me parece que la he dejado allí, de tal modo tengo presente tu cara triste, la de abuelita llorosa y el pueblo entero en el día de mi partida.

Las piedras, los cardones espinosos como enormes dedos alzados hacia arriba, los quebrachos, las jarillas, los algarrobos, las breas de corteza verde rana, las tuscas floridas, los locantes enmarañados, el biscote negro me daban sus adioses y yo interiormente les decía: «Hasta pronto, nueve meses de ausencia, nada más, y estaré de vuelta, devolviendo en la mañana los saludos que recibo esta tarde, aurora por crepúsculos, brillos argenteos por luces grises, ternuras renovadas, florecientes por agostamientos de la despedida».

Al siguiente día estaba en otra provincia y yo continuaba viendo á la mia que se ha sobrepuesto con ferreo imperio, á grado de contemplar bosques y montañas ilusorias, en las pampas dilatadas.

Estoy aquí y estoy allá, sin que me acomode ni la luz; ni el aire, ni el agua,

ni el sol del mundo bullicioso que me rodea. Estoy contigo, con abuelita, con Rosa, con mi casa, mi calle, mirando al poniente la falda encrespada y al naciente la otra falda recta, pareja, lejana que se divisa por encima de los montes, oyendo las campanas sonar y percibiendo las siluetas de nuestras vecinas, entre las que no es la más fea, la de Florencia, ni la menos imponente la de mi maestro de historia el señor Portales, marchándose al colegio á jugar con los siglos, sobre el teclado de las fechas incrustado en su memoria...

Te demuestra todo esto que yo estoy allí y solo á ratos, porque golpeo á la atención, me encuentro aquí, pensando, pensando en el día del regreso.

Hé empezado á estudiar siguiendo tu método: no pasar sin desmenuzar y después de desmenuzado, pulverizar, hasta que la lección pase á formar parte de la sangre que nos circula por el cuerpo.

Mis costumbres son las mismas de allí: baño, gimnasia, refrigerio, estudio, ejercicio, almuerzo con buena agua, reposo, estudio, comida, lecturas moderadas, cama y sueño profundo y madrugada al día siguiente, es decir, á las seis ó seis y media. Voluntad, voluntad, voluntad, tu lema, no falta. Está fuerte, dueña de mí, dispone á su antojo, no, conforme á los consejos de su buena hermana, algo dormilona

y míope, pero buena á tu parecer y quizás al mio.

Dile á abuelita que esta carta es también para ella y despues de darle cuatro, seis y ocho abrazos en mi nombre, le darás otros dos más tambien en mi nombre y á Rosita recuerdos. Tú recibe en estas líneas el alma de tu hijo que va en busca de su espejo y se abisma en su... y

Un beso de tu hijo.

PATRICIO»

---

—Erre diablo! Erre diablo,—dije á Dominga al terminar la carta. Salimos nosotras á relucir, Florencia, no la más fea y yo el no menos imponente, con teclados de fechas...

Doblé el cuaderno y me quedé mirando á mi mujer. Las últimas páginas y ésta carta, parecían duendecitos arrojando granos dorados á nuestras ventanas.

Dominga se puso inquieta. *Voluntad, voluntad, voluntad*, como la campana mayor resonaba con largas vibraciones en el templo sin torres, ni capillas, ni altares de nuestra intimidad preocupada.

Tres notas iguales, radiosas, profundas que palpitaban en el cerebro de Dominga llamándola á la meditación y en el mío descubriendome tras de las velas del amor propio complacido una psicología antigua rejuvenecida, una renovación son-

riente de ánforas olvidadas que rebosaban frescuras de alma, una restauración del verbo que nos anima y nos dirige en el inextricable laberinto de la vida.

Dirélo en términos más precisos. Se endiosaba la *voluntad* en mi concepto, hallándola recientemente grande y poderosa como no lo había comprendido nunca.

— «Continua, pues, díjome al fin Dominga como fatigada, no de oír leer sinó de la lucha interior que la quemaba en la ardua deliberación.

— «Crées que no me canso?

— «No falta poco, ya?

— «No. Hay aún bastantes páginas, y le enseñaba el resto del cuaderno, mintiéndole cansancio.

— «Dámelo, entonces; yo voy á leer.

Las manos trémulas de Dominga intentáron tomar el cuaderno que yo resistía.

Quedóse un breve instante muda y luego, agregó:

— «Está menos aburridor ahora que al principio...»

No quise contrariar á mi mujer por más tiempo, y continué la lectura.

---

«Contesté á mi hijo que mi madre, yo y Rosita estábamos consolados de su ausencia (aunque era falso,) mirando muy pocas *siluetas* en nuestro encierro; que el periódico de la localidad (se lo mandé por

separado) le despidió afectuosamente, augurándole éxitos lisonjeros; que las personas de nuestra relación me hablaban de él en términos elogiosos, pero que yo consideraba simples frases de cumplido; que á nada temo tanto como al falso elogio que fomenta la pedanteria y que mientras mi Patri, sea como debe ser, viviremos tranquilos esperando... esperando la vuelta del buen hijo.»

Me sorprendió que en su primera carta figurase Florencia Portales y me abstuve en la mia de trasmitirle dato alguno relativo.

Florencia, chiquilla de doce á trece años, me tenía grande afecto, probablemente por Dominga su madre, mi amiga de los tiempos negros, la mujer más inteligente y nerviosa que yo conozco, al propio tiempo que la más discreta y generosa. Florencia, digo, era entonces, no la más fea y sí la más hermosa criatura y me llamó justamente la atención el hecho de que Patri dijese «no es la más fea...» Si me hubiera escrito diciendo la verdad verdadera, lo habría pasado por alto.

Tuve tambien buen cuidado de no hacer saber el contenido de la carta á Florencia y Dominga, no obstante el interes que me demostraron por Patri al pedirme sus noticias. ¿Porqué? No sabría precisarlo con exactitud. Ni siquiera á mi madre le hice observar esa circunstancia.

En los correos siguientes recibí nuevas cartas de Patri, diría sin mentir, interesantes, cariñosas. Siempre el hijo leal y el hombre esforzado, tenaz en sus decisiones.

Estudiaba siete, ocho horas diarias invariablemente y le sobraba tiempo. Las materias de estudio fáciles... La enseñanza, buena, pudiendo ser mejor. No tendría que repasar para rendir sus exámenes.

Había asistido al teatro lírico, la Ópera. Grandioso de luz y riqueza y admirable la música. Una exhibición deslumbrante que invadía oídos y ojos, disputándose el dominio de la sensación. ¡Cuántas almas arrebatadas, cuántos perfumes desprendidos para formar la onda calijinosa del jardín humano! ¡Cuántos dramas iguales á los de la escena, escondidos en ese mundo de bellezas y fealdades atraído, contenido y disciplinado por el arte y la ciencia del sonido!

Se hallaba chiquito, petizo, comprimido, aplastado bajo la ponderación de la fortuna y la magestad del arte, soñando despierto, haciendo desfilan en su mente las montañas de C..., la quietud, la sencillez de sus habitantes y hásta cierta plácida ignorancia de lo que es un gran pueblo, sus teatros, sus avenidas, sus palacios, sus trenes lujosos, su actividad febril, sus tumultos, sus alegrías y sus desgarradores padecimientos.

Mucho mejor, sin duda, la *aurea mediocritas* que ni ciega con espléndidos deslumbramientos, ni destroza los corazones con los rudos golpes de las grandes ciudades.

No viviría en Buenos Aires por su voluntad, no. Viviría siempre en C..., la tierra chica, el lugar de su nacimiento, la patria de los colosales naranjos y las montañas más caprichosas; viviría la vida sencilla y sana de su clima imponderable, más cerca de la belleza natural que agranda el alma, ajeno á la tentación de los sentidos que el artificio de los grandes pueblos exita y corrompe...

¡Pobre, mi hijo! Ojalá perdure.

Yo me limitaba á contestar sus cartas, no aconsejándole nada, sinó discurrendo brevemente sobre sus distintos tópicos, dándole noticias de la familia, de sus amigos, sin más ánimo que el del correspondiente oficioso disfrazado de madre contenta y despreocupada.

En Julio de ese año, día aniversario de mi viudez recibí de Patri un telegrama que me hizo llorar.

Decíame que yo colocára en su nombre las flores que el solía en la tumba de su padre y que tuviera té en la voluntad del hijo que sabrá cumplir los deseos del padre.

Su carta hablándome del mismo asunto era conmovedora: «Soy tu hijo no te

olvides mamá; soy tu carne, menos pura, pero al fin, tuya, tuya entera. Todo el día 5 he estado contigo, te he acompañado al cementerio, te he abrazado con toda mi ternura y te he repetido mil veces que no has de sufrir por mi. Créemelo, es tu esposo quien habla en mi y tu hijo el que te besa deseandote dulces consue- los».

Ay! Patri. Al mal hijo la madre le ama y le perdona, porque es su hijo. ¿Y al que es bueno y amante cómo le pagará sus ternuras? Oh! las pagará, no yo, la madre, sinó la grande y misericordiosa Madre que todo lo mide y lo compensa, la que es alivio para el afligido y palma para el victorioso...

En mi mente hallaban asiento las ideas más exóticas. No he sido aficionada á la lectura de los diarios de la capital, pero desde que se fué Patri, los leía con gran interés, buscando en primer término las noticias de instrucción pública, programas, cambios de profesores, horarios que pudieran allanar ó complicar el trabajo de mi hijo; las noticias de policia, como si de la consumación de crímenes en otras personas resultase la seguridad y tranquilidad de él, experimentando fuertes sacudimientos cada vez que mis ojos tropezaban con los delincuentes del alcohol y cuando nada, ni en el campo de la congetura extravagante, aparecía comprometedor para;

Patri, quedábame contenta, agradecida de la suerte.

Otra cosa no me interesaba sinó secundariamente. Reacia á los azahares de la política, nunca pude seguir de cerca su evolución por más que haya creído y crea que de ella depende el adelanto ó el atraso de los pueblos.

Los diarios me daban, y sin embargo y á menudo los temas que servían á mis cartas para insinuar indirectamente á Patri los consejos que me parecían más convenientes.

— «No mamá, me decía en una de sus contestaciones; te he dado noticias de política, por simple impulso informativo. Pienso que la política no es para jóvenes como yo sin experiencia y sin ilustración. Como tú, yo desapruero esas manifestaciones de la juventud universitaria, esos movimientos solidarios en la calle pública con motivos de problemas que escapan á la penetración del estudiante y que le ponen á éste en el caso de desempeñar el feo papel del inconsciente. El solo hecho de decir *juventud universitaria* dá el exponente de la capacidad: colegiales recién incorporados, de dos, tres y cuatro años que persiguen un diploma de competencia, no la competencia misma, y sí, la patenté para comenzar las experiencias en cuerpo ajeno, representan la juventud de mañana que ha de terciar en los debates de la pla-

za pública, más no la del presente que ha tiempo abandonó las aulas.

Libre de ofuscaciones, creo que la política no es para muchachos irresponsables, sinó para gentes que han vivido, han estudiado, constituido familia y fortuna y se hallan aptos para opinar que es lo que más conviene á la suerte de los pueblos.

Así, pues, no necesito decirte que yo me quedé en casa, negándome á formar cuerpo con los del meeting á pesar de las exórtaciones, refuntuños y protestas de mis compañeros que me califican de egoísta y cachaciento... Puesto que las frutas maduran á su tiempo, *rien est plus beau ou plus mieux* que dejarlas madurar.

Si para alguien encuentro vedado el entrar en la ruleta de la política, es para el universitario, que está anticipadamente favorecido y llamado en cierto modo á las tareas del gobierno de mañana, donde se necesitan hombres probos, de carácter hecho, de ideas definidas, invulnerables á la versatilidad...»

Terminaba Patri, pidiéndome perdón de haberme distraído con su teoría, si bien es cierto dada por tranquilizarme.

Juzgaba yo muy acertada su actitud lamentando le hayan calificado de egoísta cabalmente lo que menos tiene mi hijo. Egoísta es el ser mezquino, desconfiado, envidioso, avaro, terco, utilitario, que todo á su rededor le hace sombra, le roba el aire

y la luz, el éxito y la fortuna. Egoísta es el que calla su opinión cuando puede favorecer y la pública cuando daña la fama ajena, manifestándose condolido con hipocresía lastimosa; el que afecta saber lo que ignora y hace gala de falsas y mentidas gratitudes, pero Patri... Patri, es incapaz de negar méritos y virtudes ó de callarlas cobardemente. Es fiel como el espejo que reproduce la imágen, sin reservarse ni el rastro que ilumina la límpida superficie.

El atributo esencial del egoísmo es la mentira hablada ó callada, y Patri no suele ni sabe mentir.

No es la madre, no es el corazón amante quien así juzga á Patri. Tengo bastante dominio de mí misma para sustraerme de la parcialidad dando al César lo que es del César.

A fines de noviembre recibí otra carta de mi hijo, y pocos días después un telegrama anunciándome su venida. Reflejar la ánsia loca de verle, los afanes de mi madre y Rosita para hacerle grata su llegada, nuestros proyectos y comentarios para las vacaciones, las alegrías de la casa... me sería imposible.

.....



## VI.

Qué orgullo tan legítimo, tan bien entendido.

Qué altivo, circunspecto, modesto y sobrio.

Patri había dado su primer año de derecho y dos materias de segundo. Su clasificación, la más alta.

Sin embargo, nada nos comunicó, como si ningún mérito hubiera.

Se proponía en el año siguiente concluir el segundo y tercer año.

Estaba alto, elegante, un poco pálido, con su bigote diseñado en sedosa sombra, más alto que Amadeo, y más vigoroso. Era el mismo, pero distinto. Los diez meses de ausencia habían dejado visiblemente el rastro de su paso. El joven se hacía hombre; lo infantil se sustituía por modales viriles que le sentaban como una mitad á la otra para la esfera.

Yo me hallaba aturdida en esos primeros días á punto de ver que la ingenuidad, cuando no la soncera, me acosaba en forma de amor materno. Grande esfuerzo tenía que hacer para contener la

palabra irreflexiva que mi cariño acerca-  
ba á los labios ó la acción demasiado pega-  
josa y afeminada.

Las familias de nuestra relación ha-  
cían saludar á Patri; sus amigos le visi-  
taban y nosotras nos quedábamos espe-  
rando, contando los minutos, hasta que le  
dejaban libre, para volver á nuestras con-  
versaciones que, semejantes á mapas sin  
fin, daban vuelta, daban vuelta y más  
vuelta descubriendo siempre nuevos as-  
pectos ó los mismos mejor iluminados.

Esto de ser madre resulta no ser co-  
sa tan sencilla y cuando el hijo es como  
Patri, himno y letra, el corazón se des-  
borda en raudales cristalinos que inundan  
el alma...

Entre las visitas de bien venida reci-  
bimos á Dominga y Florencia, con quié-  
nes no usabamos de etiqueta, suspendién-  
dome cierta esquividad en esta última.

Patri solía tutearla: muy natural. La  
conocía de pequeña y además era mayor  
cinco ó seis años, lo menos, pero notando  
que ella lo trataba de V., él á su vez la  
correspondió llamándole *señorita*.

Nimio el incidente sin duda, tan ni-  
mio que Dominga no lo cayó en cuenta,  
pero yo que observaba á mi hijo en sus  
detalles más insignificantes, pensé que eso,  
pequeño y todo, era el segundo síntoma  
de algo que estaba en formación, como  
las nebulosas indefinidas que son y no

son, que se ven y no se palpan, pero que en momento dado se condensan en corporización sensible.

Dominga hablaba con mi madre y conmigo, felicitándonos del aprovechamiento de Patri, comentando sus estudios, recordando que el señor Portales, el ex-profesor de historia, les había encargado unir sus propias felicitaciones por el «bravo muchacho». En fin, nos colmaba de aduladoras palabras, en tanto que Patri y Florencia, Florencia y Patri, sin hablar hablaban ó hablaban otra cosa de lo que decían...

Con razón es difícil fijar el origen del lenguaje.

Palabra escrita, palabra hablada, nemotismo.

Lenguaje articulado é inarticulado.

Acaso habría sido mejor el decir que el lenguaje es la intención traducida, porque en este caso se descubriría si la palabra es la obra de Dios ó del hombre ó del... del... del... ó mixta, ó fenómeno de armonía... imitativa, rítmica, eufónica...

Cuando Dominga y Florencia se fueron, tuve oportunidad de hablar á Patri, diciéndole:

—Me parece, hijo, que Florencia está bonita ¿no es así?

—Bonita, no. Buena moza...

—¿No está bonita?

—Me preguntas como si quisieras te diga que lo está.

—Es verdad. Parecióme que tú al mirarla la hallabas bonita, pero veo que he supuesto mal... la encuentras buena moza, es decir...

—Cuentas claras, mamá. Tú crees que comienzo á enamorarme... Aún no es tiempo. Ni ella ni yo, caramba!... Somos demasiado muchachos. Tranquilízate. Mi compromiso actual es conseguir mi diploma de abogado, para lo que necesito tres años cuando menos. Terminado eso veremos donde se va... Dentro de tres ó cuatro años será recien Florencia una niña, todavía demasiado joven, pero en fin, una niña... Hoy no, sería temerario, sería detestable pensar que... pensar en lo que tú has pensado.

—Mucho me place Patri el modo como planteas estas cosas. Soy adversaria de los amoríos á largo plazo y más cuando uno de los compromisarios es estudiante, vale decir: «proyecto de hombre con manifestaciones indefinidas». Si la mujer es tambien proyecto de mujer, en tal caso el amor no es más que proyecto, cualquiera que sea el grado de su intensidad.— Pero, hijo, tú has estado mirando á Florencia y te embebías...

—No he de negarlo mamá, no. En cada persona hay la noción del ideal, noción congénita ó adquirida, con líneas más

ó menos vigorosas... Florencia se parece á lo que yo veo cerrando los ojos... Tal vez cambien esas líneas y al precisarse lo vago me encuentre con el ideal evaporado ó condensado ¿qué se yo?—tú sabes más de estas cosas...

Comprendí que Patri había sorprendido la intención de mi pensamiento, apresurándose á definir la situación del suyo, lo que me determinó á cambiarle de conversación. La tentación que tuve, quedó detenida en el umbral. Yo le hubiese dicho francamente que Florencia era de mi gusto, no tanto por su fisonomía, una virgencita,—cuanto por su carácter suave y afable. Conocía entonces, como conozco actualmente á Florencia: nada deja que desear, pero si yo hubiera demostrado en aquella ocasión, mi cariño por esta niña, Patri creyendo complacerme, habría decidido lo que yo, como madre y como mujer, deseo que se decida libremente. Consideraré afortunado que mi hijo, si ha de casarse algún día, sea con Florencia.

Preocupaciones de otra índole comenzaron entonces á trabajar mi mente; el tiempo dirá si fué con razón.

Mi hijo es en mi concepto un hombre abroquelado contra los vicios. Su educación física y moral es completa. Recorria con la memoria los años de su existencia, sin encontrar motivo que me haga vacilar.

Tan fuerte es de cuerpo como de al-

ma. Al verle complaciente y sumiso conmigo, cualquiera diría que es un corazón débil tiranizado por la madre. Pero es el error más cuadrado que se puede cometer. Lo que hay en Patri, lo que le dirige y le gobierna y manda con autoridad soberana, es su voluntad, su voluntad y su voluntad; nada más que su voluntad.

Es tan grande el desarrollo de esa facultad en él, que si á las lágrimas de sus ojos les manda volver atras, retroceden y se esfuman. El cuerpo le obedece ciegamente, como le obedece el alma. Es la emoción más grande del poder de si mismo: le agrada lo que debe agradecerle y le disgusta lo que es inconveniente, en la forma más racional y propia.

— «Estás modelando un corazón demasiado frío,—solía decirme mi madre— y acaso tengas que arrepentirte».

¡Qué me he de arrepentir! Calor no falta, ni entusiásmo, ni sensibilidad en ese corazón. He hecho de mi hijo lo que he querido: el hombre de voluntad diamantina, y sostengo que así, es la voluntad más elástica y flexible á la razón. Esa voluntad se ha cultivado en las leyes de la dignidad y el honor, con los consejos de la moralidad más pura, incapáz de obrar contra el deber, el deber bien entendido, iluminado esplendorosamente por las luces de la inteligencia; esa voluntad es el es-

pectroscópio que recibe un rayo de luz y lo descompone en sus partes.

Pero con todo, segura como estaba de que Patri está acorazado contra las malas pasiones, hijo de mi finado y caro Amadeo podía creerse... podía suponerse que...

Como nube sombría pasaba por mi mente la idea terrible. El prejuicio le era desfavorable.

¿Qué pensaría Florencia? y Dominga y el señor Portales qué pensarían si llegase el caso de que Patri comprometiese su corazón?

Ellos no conocen á mi hijo. Conocen su figura; no han medido la coraza de su carácter, ni saben de qué acero se ha forjado. Le supondrán débil, como el padre y ante el temor de el desastre, ante el horror de los días amargos, se espantarán. Mi propia historia desfilará ante sus ojos, viendo en mí á Florencia desesperada bajo el peso de la humillación y las frialdades del alma; á Patri descendiendo, descendiendo escalón por escalón al abismo... Le cerrarán entonces las puertas y el corazón de mi hijo junto con el mio se harán pedazos. ¿Cómo habría de resistir mañana desventura?

¡Calma...! calma... Dejemos los días correr...

Los tres meses de vacaciones volaron; se me figuraban horas con alas. Patri re-

partía su tiempo entre los sencillos afectos de la familia, sus visitas y lecturas, y nosotras en verle cuando estaba presente ó esperarle á que regresase de la calle, para oír de sus labios la crónica de la cual era él testigo ó actor.

Mi madre con los achaques de la vejez se había vuelto curiosa y preguntona en exeso, sin que mi hijo dejara nunca de satisfacer sus interrogaciones. ¿Dónde había estado? con quién? qué habían hablado? Era su amigo? le gustaba esa muchacha? dicen que es coqueta? con quienes has bailado? qué les has dicho? En fin un diccionario de preguntas, muchas indiscretas que Patri contestaba sonriendo ó dándole un abrazo á la *abuclita* con lo cual ya no necesitaba entrar en más explicaciones.

A principios de Marzo emprendió Patri su viaje de regreso á Buenos Aires, lamentándose de no haber antes ido al *Buen Fin*, un par de días siquiera «á ver esas lomas con los molles desgajándose.»

Inútil sería repetir las escenas reproducidas de su viaje anterior, sin embargo que para mi fueron nuevas congojas. Llené el cuello de mi hijo de *medidas de la Virgen* y quedéme á esperar el curso de otros diez ú once meses con la conformidad relativa de quien está obligado á trepar una pendiente y reúne sus fuerzas para llegar á la cima donde le aguarda el grato reposo.

A fines de Marzo obtuvo Patri la aprobación de su exámen complementario de segundo año, tomando consecutivamente matrícula de tercero. El círculo de sus relaciones se ensanchaba; quizás su mismo esfuerzo como estudiante serio y contraído le servía de recomendación. Elegía sus amigos cautelosamente, cultivando la amistad de los «fuertes en el trabajo.» Su fácil éxito con el exámen de segundo año le había decidido á intentar la prueba nuevamente dando oficial de tercer año y materias libres de cuarto, para incorporarse en el siguiente año al quinto y terminar así su carrera en treinta y cinco meses. El plan era «óptimo.» Ahorraba tiempo y dinero. «Seré un abogado, decíame, ramplon, prematuro, sin práctica, sin ninguna profundización científica, pero como en la Facultad solamente se hace el diploma y no la verdadera profesión, espero que llevando mi patente podré contraerme á la práctica y al estudio con arreglo á mis naturales impulsos, sin la traba de los exámenes híbridos por donde pasa igualmente el que sabe como el que no sabe, el joven de talento y su autonomía, el holgazán y el laborioso...

En Mayo recibí una carta de Patri, de la que extracto los siguientes párrafos como quien derrama incienso para perfumar su santuario.

«Ante todo disculpa á tu hijo. He pen-

sado que es el mejor modo de combatir el mal. Cómo se ha de realizar la propaganda no lo sé aún. Lo discutimos apasionadamente en nuestro círculo íntimo, mereciendo el dictado de visionarios. El deber que tiene la sociedad por medio de sus representantes para dictar las leyes de represión, lo tiene igualmente para las de prevención.

«Está demostrado por la estadística que la embriaguez produce la locura, el robo, el asesinato, la epilepsia, la degeneración, la desgracia de la familia, la ruina de la fortuna. Un 75 % de la delincuencia proviene de esa fuente; un 18 % de los dementes reconoce por causa el alcoholismo y la epilepsia figura con un 12 %.

«Prescindiendo del trabajo que se pierde, de los padecimientos de la familia, de la ruina de los capitales y de la degeneración social que frondosea de miembros inútiles ó perjudiciales, bastan aquellas cifras para justificar una campaña, una propaganda vigorosa tendente á prevenir los males por medio de leyes previsoras.

«La ebriedad reincidente podría ser castigada con la privación de los derechos políticos, de la patria potestad, de la administración de los bienes propios y los de la sociedad conyugal...

«La estadística es el consejero más frío é inexorable de los gobiernos. Hay el deber de escucharla sinó por orgullo de raza por sentimientos de humanidad.

«Lee los «hechos de policía» que registra la prensa. Eso es lo que se vé, lo infinitamente pequeño, al lado de la verdad de las cosas. Nuestro país abriga y protege á los ébrios por millares. Para vencerse no es necesario ser hábil observador. Basta con fijar la mirada: el hombre del pueblo lo mismo que el de la clase acomodada y hasta la mujer en ciertas poblaciones, arrastrados por el vicio, fomentan la criminalidad y la degeneración.

Posible es que nuestro mal no sea argentino solamente. Si, es universal y por lo mismo debemos combatirlo con todas las armas aconsejadas por la inteligencia, con leyes de prevención, con sistemas educativos, con gimnasias populares... qué sé yo?

«Se me dá un ardite de que me llamen *visionario* por formar en el número de los iniciadores de esta noble y generosa campaña que fracasará una y diez veces sin que por ello renuncie yo á mantener viva la propaganda.

«¿Cuántos hombres se sustraen del trabajo nacional por causa de la embriaguez? Cuántos hijos del pueblo quedan sin pan, ni educación? Cuántas esposas lloran las torturas heroicas? Cuántas vidas desaparecen? Merecen gozar de derechos políticos los que beben la moral y los consejos en las pulperías? No es atroz que esos ejerzan la patria potestad, el derecho legal que

la naturaleza reconoce á los padres para amparo y protección de la familia? No es contrario á principios elementales de economía el dejar el capital en las manos del borracho consuetudinario?

«Puesto que tenemos una patria, una tradición gloriosa y un territorio inmenso para poblarlo de argentinos inteligentes y fuertes, solidarios del sentimiento nacional y de los orgullos ingénitos de raza, debemos combatir, como á las pestes mortíferas, el mal que nos corroe, nos debilita y nos deprime.

«Me dirás tu que exajero... No, mamá. Tengo á la vista los números, y la estadística pocas veces miente en favor.

«Que se castigue el duelo, el juego como enfermedades sociales está bien. Ah! pero esas enfermedades ni son tan extensas, ni son hereditarias, ni enjendran la locura ó la epilepsia. Los alemanes, los italianos, los franceses se baten y abusan del duelo pero... son fuertes, conservan vigorosa la raza.

«Los norteamericanos se baten menos y son aún más fuertes; pero nosotros vamos en camino de agotar las energías que nos legaron los de la epopeya argentina, no en el duelo, ni en el juego, sino en ese otro vicio infinitamente más feo y más torpe que hace del hombre la bestia inconsciente del apetito...»

.....

Durante ocho días no pude contestar á Patri. Miraba en su carta mi ataque y mi defensa, mi humillación y mi glorificación. La sombra de Amadec se alzaba en mi memoria tan pronto abatida como brillante, enjuiciada y sentenciada por el hijo y al propio tiempo estallando la resurrección en la persona de Patri que lleva su sangre y su nombre.

Veía en mi hijo el heroísmo del mártir que apura para espirar el último de los sufrimientos arrojando su desprecio á la faz del mundo, en tanto que, como celestial fruición me ofrecía el nuevo y más valiente testimonio de su incorruptibilidad.

A punto estuve de reprobarle sus ideas pero me faltaron razones. ¿Qué había de decirle para oponerme á su tesis?

Tampoco me era dable elojiarla porque mis palabras habrían sido aceros clavados en la memoria de mi pobre esposo.

Al fin le contesté:

«Hay algo que se opone y no puedo nombrar para que tú seas el porta-voz de la santa doctrina. Ocho días he permanecido indecisa sobre la manera de responder á tu carta que, sin hacerme sufrir propiamente me ha inducido á remover cenizas apagadas. En esos ocho días te he tenido tan presente, he reflexionado tanto sobre tu suerte y la mía que te he bendecido cien veces como heraldo de la buena causa, y otras cien he sellado tus

labios para que la palabra no brote y quede encerrada la idea.

«No puedo Patri, no puedo decir lo que tú sabes hilvanado y yo lo sé cosido y respuntado, pero debes tener fé en mi opinión. Guarda tu idea, deja que otro la saque á luz; confraterniza en silencio puesto que es buena la causa, pero no te hagas de élla el apóstol porque en la afilada punta de tu idea hay un corazón que desangra gota á gota.

«Sería mucho más estensa si la pluma por esta vez no la encontrára con peso que abrumba mi mano»....

«Nos cambiamos varias cartas. Patri se mostraba tan apesadumbrado que yo me ví en el caso de reprenderlo, como puede reprender al hijo la madre enamorada. «¿Pero, vas á tener razón eternamente? No te hastía la justicia de tí misma como á los atenienses de la época de Aristides?»—Comienza mi egoismo á desear que te equivoques, que me des un mal consejo para tener la satisfacción de correjirte con una observación musical y perfumada digna de tu grandeza», me contestó y naturalmente quedamos en paz.

Terminada la discusión, si tal podía llamarse, terminó tambien el asunto, entrando en lisa nuevos temas. Si yo supiera escribir, ellos me darían material para innumerables cuartillas, no destituidas de interés, lo diré, y tambien de novedad.

En el espíritu de Patri se desarrollaba paulatinamente la agilidad de observación, estimulada de una parte por sus estudios y de otra por el medio ambiente en el cual se desenvolvía. Costumbres sociales, prácticas religiosas, hábitos de burocracia, tendencias gremiales, periodismo, oratoria... pasaban por su análisis en cartas cariñosas que yo debía contestar á vuelta de correo, porque me lo exigía como prueba de cariño y como «consejos de la prudente y sabia madre».

Llegué á llenar muchos pliegos, muchos, respondiéndole á cuestiones que me proponía y sobre las que me exigía mi opinión «no en calidad de filósofo», sino con el criterio femenino y materno «sobre el que Patri tenía depositada en caja de ahorros «una enorme cantidad de fé».

Qué hacerle? Había que contestar de cualquier modo, como se me venía á la mente, sin más fundamento que el «así pienso yo», entregando mis impresiones á la confianza inspirada por mi hijo.

Recuerdo entre otras la siguiente:

—«Tú, me decías,—sabes más la ciencia de educar que todos los sabios improvisados con que se martiriza y atrofia las energías intelectuales del país. Tú tienes conciencia clara de la enseñanza; ellos no. La instrucción pública de nuestro país viene siendo objeto de absurdos y pntozcos ensayos que á todo conducen me-

nos á su progreso. Escuelas, colegios y facultades apenas son institutos de pedantería. Milagro será el del profesor que pueda llenar cumplidamente su misión.

«Jamás ha de verse aturdimiento más completo. Todo el mundo opina, todos, más ó menos conformes en el hecho de que es mala ó pésima la enseñanza, y cada cual arroja en la balanza «su sistema».

«Las opiniones más vigorosas son dadas generalmente por el periodista que jamás ocupó la cátedra y los directores de la enseñanza, con ministros inclusive á la cabeza, sensibles á los consejos de la prensa y al epicureismo de la gloria personal, la emprenden con los programas, dados en tal cantidad y variedad en estos últimos tiempos que ningún Kaleidoscopio competiría en fantástica florecencia.

«Programas sosos, inconsultos, elaborados en la mesa del político ó en la plataforma del flamante pedagogo, sin idea de la edad de los muchachos, de la unidad de la enseñanza, de la psicología del aula; sin conocimiento de la materia, tanteando éxitos indecisos con improvisaciones del momento, reformistas revolucionarios embarcados en la reforma por dejar la huella, convierten á profesores, alumnos y materias en baturrillo inextricable, del que brota junto con la fátua presunción del estudiante, el desaliento y la apatía del maestro cristalizado en la impotencia.

«Un europeo leyendo nuestros programas de colegio nacional, sabiendo que deben ser cursados en cinco años de enseñanza, acabaría por decir una de dos cosas: «juventud de talentos ó institutos absurdos».

«Juventud de talentos porque solo á condición de ser cántaros revalando de talento, pueden salvarse las inconexiones y lagunas de los programas, saliendo victoriosos al final de la prueba, esto es, con exácto conocimiento de la geografía del globo, de la historia desde Adán hasta nuestros días, de la física y la química con los adelantos contemporáneos; de la literatura parda, media y clásica, de la filosofía con todas las escuelas, doctrinas y textos, sin contar matemáticas, idiomas, historia natural y otras cosas que no por ser más baratas las compra sin esfuerzo la bestia razonable.

«Encuentro más difícil escribir la historia documental de los programas nacionales que la monografía de todas las batallas, desde el juicio de Dios entre Abel y Caín hasta la última librada por los boers, entrando en inventario el singular y el plural de los combates.

«Exajero algo, no sin razón, al recordar mis propios sacrificios y ver que estos aumentan para la nueva generación sin esperanza de orientarse la instrucción pública por sendas regulares.

«Se hace lo contrario del precepto latino: *non multa, sed multum*. En cada muchacho se manda preparar la enciclopedia de los conocimientos, dándole sesenta y ocho clases anuales por materia, después de lo que se procede al exámen, se clasifica y se confiere el certificado de «es competente», con el cual pasa de un curso á otro y en seguida á la facultad á profundizar la ciencia sin haber aprendido á hablar, menos á escribir, lustrado con vagas ideas de todo y sin ninguna conciencia de nada.

«Me dirás que no es así; que yo mismo desmiento lo afirmado; que yo con esos programas y en esos colegios aproveché bien el tiempo cumpliendo con el deber.

«Espérate un poco: lo que yo aprendí tú me lo hiciste aprender, trabajando horas y horas á mi lado, rectificando mis errores, llenando los vacíos, complementando el conjunto con tu heroico esfuerzo, trabajando sin descanso, convertida en máquina insensible á la fatiga.

«No me quejé de los profesores. No es de ellos la culpa, sinó de esos horarios caprichosos y de esos programas imposibles, divorciados entre sí de donde procede la vacuidad de la juventud actual, juventud sin tendencia analítica, sin entusiasmo y sin ideales; juventud diplomada que confunde el cielo con un empleo de

cien pesos, claudicante y tímida con lo bueno, audáz y valerosa con lo malo, desposeída de la firmeza que infunde la conciencia y el conocimiento propio de las inteligencias bien cultivadas.

«Que hay excepciones... Si que las hay, y muy honrosas, pero al fin excepciones. Cuatro millones de almas sin poetas, sin literatos, sin hombres de ciencia... es raro!

«Corremos los tiempos de la erudición inocua.

.. «Un hombre que habla y cita veinte autores es un sabio, aunque no los haya leído, pues, sus afirmaciones las hace ante un público que tampoco ha leído, y así las cosas autorizan la patente.

«El día mismo en que lleguen los programas y horarios apropiados, medidos, graduados en el desarrollo, simplificados de ramazones estériles, calcados sobre la edad promedia y el máximum de receptividad, ese día comenzará la reacción y será grandiosa, colosal en sus consecuencias, fortificando el intelecto argentino y dejándolo apto para lanzarse con éxito en las grandes especulaciones humanas.

«Dispénsame querida mamá este lenguaje autoritario. Hablo contigo y nadie más; hablo irritado con un amigo que viene perpetuamente elogiando lo que hace el ministro su tío, «hombre profundo, el mismo que acaba de dar su sablazo á la *res nullius* de la instrucción pública.

«Debe estar indignado el señor Portales, mi buen viejo profesor, con el nuevo programa que le obligan á dictar en dos horas de clase por semana.

«Como hace un frío terrible, te salvas de que siga molestando tu atención con mis devaneos docentes.

«Dispénsame, pues, etc., etc.

Facilmente se supondrá mi contestación á Patri. A nadie, y menos á mí, habría parecido propio confiar al juicio femenino el comentario de las leyes educativas del país. Rehusé por consiguiente abrir opinión en el fondo, limitándome á observar que hallaba exagerado el juicio de mi hijo al respecto y exhortándole á no pronunciarse sobre cuestiones tan graves, sin antes pesar maduramente el pró y el contra, comparando nuestra situación con la de los países americanos y europeos.

¡Que yo tengo conciencia clara de la enseñanza...! Peor que si fuera irónico. El amor de Patri le ciega! ¿Qué he hecho yo? Acaso todos los jóvenes alumnos de los colegios de la nación tienen una madre viuda? Son hijos únicos? Jamás se me ocurrió la idea de erijirme en directora de la educación de Patri. Muy diferente ha sido siempre el móvil de mis actos. Llegué á conocer por causa de mis sufrimientos el destino del alcohólico, la facilidad de los ataques de demencia, de las enfermedades

del corazón, del hígado, del bazo, de los riñones, de los pulmones, tanto como un estudiante de medicina; llegué á saber con detalles horribles que el alcoholista es impulsivo, siendo el delito su mejor campo de acción. Estudié su evolución con el interés que me inspiraba mi felicidad comprometida, y supe con espanto que la locura, la epilepsia, el idiotismo, la parálisis, la miocarditis, el debilitamiento de los centros nerviosos, las deformaciones fisiológicas, eran la herencia de los hijos ó los nietos, y ante el temor de que mi hijo, mi Patri, recojiese esa herencia, reuní mis fuerzas, apuré mi mente, calenté mis afa- nes con lágrimas amargas emprendien- do, no la educación, no la pulimentación de facultades intelectuales, sino la pre- visora curación de ese ser que virtual- mente traía su aniquilamiento, como cons- ciente, y mi martirio, como madre.

¿He errado? Creo que no, no y no. La naturaleza material de mi hijo, estoy cierta, no contiene átomo malo. El proce- dimiento empleado ha conseguido nivelar la proporción de todos los elementos quí- micos de la composición para mantener la integridad. Los músculos y órganos han trabajado y trabajan igual y progresiva- mente, y en cuanto á su naturaleza moral, solo me propuse fortalecer sus voliciones en tendencia específica, determinada, con- tra el alcohol, ayudándole como he crei-

do propio en sus ejercicios mentales para que la voluntad no conozca desfallecimientos. Así normalizaba la correspondencia entre lo físico y lo moral, haciendo de mi hijo un ser fuerte, razonable, sano, con propósitos definidos, dependientes en absoluto de la deliberación y matemáticamente cierto de que, adoptada cualquier resolución ella debía y debe cumplirse.

En Patri, su voluntad no conoce veleidades, no conoce mudanzas. Lo que quiso en pequeño, lo quiere ahora y lo querrá hasta el último de sus momentos.

Le admira el espíritu anglosajón por esa fuerza de voluntad, sosteniéndose comúnmente como atributo de raza. No me parece justificable, pues, para probar lo contrario, bástame recordar que Patri no ha tomado en su vida más vino que el aplicado por nosotras como castigo, ni tomará jamás, porque su educación se ha modelado pacientemente en contra de las bebidas alcohólicas, convertidas hoy en veneno para su psico-física, y no debo decir que nada tiene de anglosajón.

Es evidente que se puede educar para la iglesia, para el baile, el teatro, la equitación, el robo, las armas, la lingüística; se puede educar para el amor ó el odio del vecino, para el vicio ó la admiración de las grandes virtudes. ¿Qué se opone entonces para la educación de los enemigos del alcohol?

No es cuestión de raza, por lo tanto. Es que generalmente se abandona el cultivo de la voluntad, fomentando con el silencio ó el estímulo las debilidades humanas que llevan al hombre á los hospicios de salud, á las cárceles, al desprecio social, á la degeneración de la familia y al torbellino de las más torpes claudicaciones de la ley moral que ha rejido y ha de rejir eternamente la dirección de las acciones.

En nuestro país todo se educa, menos la voluntad.

· · Eso sostiene Patri y pienso que está en lo justo.

La palabra *imposible* se pretendió borrarla del diccionario de la lengua, reservándola exclusivamente para el orden metafísico, revelándose con esto que la voluntad dirigida con firmeza no encuentra vallas en lo que es humano.

La raza, la raza... Oh! si fuesen atributos invariables los de la raza, Darwin, sería un alucinado, un mero fantasista, Herbert Spencer no merecería el título de psicólogo y las especulaciones actuales del psiquiatrismo pasarían por ser las cosas más insustanciales de la inteligencia humana.

Selección, mejora de sangre... términos vacíos. Influencia de lo físico en lo moral y de lo moral en lo físico... mentira.

Ah! pero no es mentira. Por el contrario, es verdad.

Las razas, es simplemente asunto de los climas y así como se naturalizan las plantas y los extranjeros en las distintas zonas de la tierra, así las facultades operan por la acción educativa en las direcciones que les imprime el pensamiento educador. La selección de las especies animales, admite perfectamente la selección de las especies intelectuales.

El cultivo de una condición material, no es diferente del cultivo de una condición moral, sinó en su objeto.

Todo se reduce á gimnasia é higiene. En vano se me dirá que lo dicho es disparate; pues, tengo para mí el axioma vivo en la persona de mi hijo. Los progresos del presente han justificado las afirmaciones del pasado. Cuando los latinos decían: *mens sana in corpore sano*, no quisieron espresar otra cosa que la integridad y normalidad psicofísica, fiadoras irreductibles de la cordura y de la inteligente dirección del individuo.

Integridad y normalidad; salud común del cuerpo y del alma y perfecta correspondencia en los componentes de la personalidad humana, concreción y análisis, comprobados por la razón y la experiencia.

Puedo hablar de la experiencia en esta materia. Patri y yo la hemos formado día á día, desbastando la materia bruta de la teoría, comprimiendo lo elástico de las

ideas hasta la condensación del hecho indiscutible en su infancia, su niñez, su pubertad y su expansión viril.

Patri fué en mis manos la masa sometida al ensayo permanente, apasionado de un ideal: ni el calor, ni el frío, ni las alegrías ó pesares, ni el esfuerzo, ni el abandono, ninguno de los extremos humanos quebrantaron el propósito. Ese cuerpo y esa alma han pasado millares de veces por el crisol, obligando á la materia á revelar sus cualidades y ofreciendo al espíritu el hostiario de las verdades eternas. De ese modo es que Patri ha llegado á ser el extracto de la salud y el substracto del error, es decir: *un equilibrado*.

Para la madre nada es más fácil que la ponderación de las virtudes del hijo, mucho más cuando éste es bueno, pero, castigueme Dios, si en estos renglones se ocultase el falso y mal entendido amor materno que tolera los defectos y engrandece los méritos del ser que se ha llevado en el seno.

A Patri solo le falta madurez obra del tiempo, como al diamante la pulimentación del lapidario, para ser una entidad terminada.

Profana en materia de programas y horarios de enseñanza, pervertiría la sinceridad de mis convicciones si adelantase opinión, más en cuanto se refiere á mi obra, como autora responsable, sé que mis

desdichas como esposa no se prolongarán en la persona de mi hijo, cosechando como madre la abundante siembra.

.....  
Mucho he sufrido y sufro con su ausencia. Parecióme al principio que seis meses se pasan rápidamente, pero ésta, vida sin mi hijo, con mi madre achacosa, con Rosita casada, se convierte en penosa soledad. De tarde en tarde Florencia, como el picaflor, ajita con sus doradas alas nuestro ambiente, y se aleja. ¿Nos anuncia la felicidad?

Patri había prorrogado su regreso. Quería dar su tesis para volver libre de preocupaciones. Había dado su cuarto y quinto, haciendo trabajo de atleta. En la última prueba le estaban reservados, sin embargo, los primeros grandes sinsabores.

He aquí la carta en que me consultaba su actitud:

«Terminada mi tesis, como te lo anuncié por telégrafo, lista para entregarla al impresor, he solicitado la venia correspondiente de la Facultad, juntamente con varios de mis compañeros.

«Las otras han sido devueltas con el Vº Bº del caso, pero la mía ha quedado más de una semana. No podía atinar con el motivo de la postergación. Comprendía que mi obra sería como cualquiera de las presentadas, objeto de rápida lectura y Vº Bº, pero á mi inquietud de los primeros

días comenzó á agregarse el amor propio avasallado y la vergüenza. «No se me despacha porqué la tesis no sirve»,—decíame para mí, inquiriendo mentalmente los graves errores que había podido cometer. No los veía, no los hallaba. Que el pensamiento esté gramaticalmente mal expresado, no sería razón suficiente para su rechazo, pues mi tesis no es de gramática, sinó de derecho.

«No pudiendo soportar la incertidumbre, abordé al *decano* quien me manifestó sus vacilaciones respecto de la aprobación. Le pedí entónces que aprobada ó rechazada, se me despachase, quedando en eso convenido.

«Al siguiente día me presenté de nuevo á reclamar mis papeles. Mi tesis no podía aprobarse para la impresión. «La Facultad no es responsable de las ideas contenidas en las tesis que han obtenido visto bueno, pero la de Vd. señor Robles, siendo subversiva en el fondo, su publicación, sería atentatoria del orden público, etc., etc. Modifíquese V. este capítulo, cambie todo lo que afecta á la forma de gobierno y entonces podrá imprimirse».

Ya te imaginarás, mamá, el efecto que este incidente ha causado en mi espíritu. En el momento que te escribo estoy re-dactando á galope otra tesis que será *tan mala* como la otra, pero no subversiva.

«En resúmen, mi tesis ha sido recha-

zada por sostener en élla que el federalismo no tiene más que el consonante en nuestras leyes y costumbres; que somos unitarios en la sangre y la constitución; que así lo proclaman los códigos, las leyes de pesas y medidas, la instrucción pública, los correos, caminos y telégrafos, las aduanas, la moneda, la justicia nacional, el fomento de la prosperidad del país, los impuestos internos, el sistema bancario, la navegación de los rios, el ejército, la admisión de órdenes religiosas, el culto católico, el derecho de intervención y que en tal caso fuera más propio suprimir la sombra del federalismo extendida en nuestras leyes escritas, para eliminar la discordia entre la letra y el hecho, entre la teoría y la práctica. Las autonomías provinciales muy habladas, muy comentadas, incapaces de traducirse eficazmente, solo sirven para ilustrar discursos que suenan mucho como las trompetas de carnaval, pero solo para alegrar los oídos con la fanfarra de las horas de locura.

«Creyente de la verdad, amigo de la verdad, súbdito sumiso de la verdad, creí deber sostenerla como un ex-voto el día de mi diplomación, pero he llegado al conocimiento de que la verdad no es el mejor camino abierto al estudioso.

«¡Qué mi tesis es subversiva! La subversión implica la mentira y la intención dolosa. Yo no he mentado, he tratado de

establecer un hecho cierto á mis ojos, con la mejor buena fé, con la más sana intención. No he negado que tenemos algo de federales, negando si que somos federales. En cien partes hay diez de federalismo por noventa de unitarismo, pareciendo lógico inclinarse del lado de la mayor cantidad, tanto porque en éllo va interesada la verdad, cuanto porque lo exige la conveniencia pública.

«Nuestro federalismo es simplemente la fuente de constante perturbación. Anarquía entre la justicia nacional y provincial, complicación del mecanismo electoral, agitaciones periódicas y fatales de la opinión, anarquias parlamentarias, ineficacia de los centros de autoridad para el cumplimiento de sus fines, plétora de empleos y gastos inútiles, querellas de jurisdicción y por encima de esa vastísima confusión de cosas y derechos, la autoridad suprema distraída á cada paso para remendar dificultades que golpean las puertas del congreso, del poder ejecutivo, ó de la alta corte de la nación, contraprueba viva de nuestro unitarismo.

«No hay pleito político, ni pleito civil que en último término no concluya en alguno de los poderes de la nación.

«Impetus he tenido de abandonar esta carrera que así clausura la sinceridad del creyente, pero, te prometí volver con mi diploma y entre faltar á mis promesas

ó suspender la exposición de mis ideas, opto por lo segundo.

«No es una claudicación; es una prórroga.

«Dentro de breves días estaré á tu lado á compensar con las ternuras y la santidad del hogar el primero de los desencantos que me reserva la nueva profesión.

«Hasta entonces, los besos de tu hijo, etc.

Esta carta de Patri me sumergió en tristeza profunda.

No entendía yo nada ó casi nada del fondo que contenía, pero mi alma de madre ante el primer desencanto del hijo, sintióse herida.

Este país. no es el país de la libertad, me dije. Si la libertad fuese una verdad sentida y difundida, nadie tanto cómo la escuela donde se enseña el derecho, debería conocerla, respetarla y adorarla.

Cuando Lavoissier pedía breve prórroga para terminar un descubrimiento antes de ir á la guillotina se le contestó por boca de Caffinhal: «La República no necesita químicos»

Luego, sin embargo, con la idea de su regreso, me fuí consolando.

Patri dió por fin su tesis y pocos días después tuve la felicidad de estrecharle entre mis brazos.

Pongo fin á este cuaderno que comencé en días felices, proseguí cuando la des-

gracia torturó mi pecho y termino cuando de nuevo la felicidad me sonrie.

Puedo decir que mi infortunio se halla cerrado entre dos felicidades que lo cubren y una esperanza que lo disipa en el porvenir que viene clareando.

Deja, pues, mujer de ser mujer y continúa siendo madre.

---

## VII

Terminada la lectura del cuaderno, quedamos Dominga y yo mudos. Sus páginas nos habían entretenido un par de horas.

Se hubiese dicho «escritas exprefeso.»

Á hurtadillas examinaba el semblante de mi mujer tras de descubrir el rastro de sus sensaciones.

O la noche no favorecía mi intento ó en realidad su semblante nada decía.

Pensé entonces que me convenía guardar silencio para obligarla á romperlo, pero los minutos transcurrían suavemente sin que ella mostrase apuro.

Algo trabajaba su mente y algo zumbaba en la mía. Era la imágen de nuestra Florencia pedida en matrimonio.

¿Para que he de ocultarlo? Yo no quería desprenderme de mi hija, pero Patriocio Robles me gustaba, aún antes de conocer las confidencias de la madre. Si, es un hombre. Lo digo de corazón, es un

hombre. Mi resolución, sin embargo, formada en el trascurso de la lectura, era la de consentir, sin violentar los deseos de Domingo y mucho menos los de Florencia.

Conociáse que la lectura de este cuaderno había causado honda impresión en el ánimo de mi esposa, pues á no ser así habría pronto desbordado oponiéndose con la vehemencia que lo hizo al principio contra el pretendido matrimonio. Yo mismo me sentía magnetizado por la simplicidad de esas páginas en las que se exhibían veinte años de lucha empleada en forjar el carácter del hijo, veinte años de labor paciente, de amor materno consagrado con extraordinario exclusivismo para vencer en la carne y el espíritu las tendencias hereditarias...

Yo reproducía mentalmente y ensanchaba el campo de los sacrificios, mirando allá, en las lejanías de la niñez y la adolescencia, á Patri obligado á bañarse invierno y verano, en días claros y oscuros, doblegando á la pereza bajo la acción de una voluntad férrea, haciendo ejercicios físicos, venciendo dificultades, batallando sin cesar de la mañana á la noche y de la noche á la mañana, privándose de los placeres, conduciéndose dentro de la rigidez de los métodos, con la vigilancia inexorable de lo madre convertida en tirano, terno é insensible para todo aquello que pudiese contrariar el plan supremo; yo

mismo imaginaba con el recuerdo de las diversas escenas contenidas en ese cuaderno, la tristeza de los fracasos y las alegrías de las esperanzas no desvanecidas, admirando la fortaleza de la viuda y el heroísmo de la madre, para separar de su plan y su camino los obstáculos, sin rodearlos, tomándolos de frente y persistiendo hasta dominarlos y francamente el asombro, como un expansivo del alma, me ha invadido, obligando á mi espíritu á inclinarse ante esa mujer, institutriz de su hijo, encarnación típica del carácter que sin excluir las dulzuras del amor, resiste como el acero las presiones imponderables.

— Esas hojas han sido escritas para nosotros, — díjome al fin Dominga, — no para Patri, como dice la madre. Es el legato hábilmente desarrollado para probarnos que su hijo es invulnerable, sincerando así la legitimidad de su pretensión. Lo he reflexionado bastante; no es otro su objeto. Para eso has sido llamado y al confiarte ese cuaderno, cosa prevista friamente, se calculó en que tú y yo íbamos á cristalizarnos en el convencimiento de que el pretendiente de nuestra Florencia es un dechado de virtudes que resisten la prueba del fuego. Creo que Gumi ha abusado de nosotros espantosamente, sin el más pequeño miramiento por las consideraciones de nuestra amistad. Nos infiere un torpe ultraje que raya en la perfidia

al ser falsa en la amistad y al pretender engañarnos con su personage «que no ha tomado ni tomará vino en toda su vida.» ¿Lo puedes creer? Vaya...! Pero está claro. De vez en cuando una frase cariñosa para Florencia, algun concepto comedido respecto de ti ó de mí, que si apresuramos la lectura habríamos encontrado húmeda la tinta con que han sido escritas. Siempre fué mujer sin alma; su marido, Amadeo Robles, caíase en los bancos de la plaza y élla cruzaba pálida, sin volver los ojos sobre ese cuerpo escarnecido, sin que se le contrajera un músculo de la cara. Esa es su virtud y ¿esa virtud es la que ha trasmitido á su hijo, ó es otra más friamente meditada? ¿No soy madre yo tambien para juzgar si es mentira lo que dice? Falta que en su cuaderno, en esa mal tejida novela, hubiese dicho yo, que tú, que Florencia, reconociendo los méritos extraordinarios de su hijo, hemos corrido á suplicarle acepte nuestra alianza y que élla penetrada del más alto sentimiento de piedad, ha consentido... Estamos locos? No nos conocemos como la palma de la mano?

Si no hubiese interrumpido á Dominga en su discurso nos hubiéramos amanecido de claro en claro, élla hablando y yo escuchando la exaltación gradual de su oratoria que como las zondas del sud iba creciendo con amenazas de tempestad.

Mi mujer es naturalmente reposada, pero es mujer y madre, y al sospechar que la viuda de Robles ha querido engañarnos para lograr la conquista de Florencia ha perdido su moderación y buen sentido.

—«Calma, calma, le dije, calma esos nervios Dominga. La irritación no es buen consejero. Tu podrás creer que esas páginas se han escrito de un tirón, con el aleñoso pensamiento de confundirnos... Yo no lo creo, ni tampoco he juzgado con tamaño desfavor la moral y el carácter de tu vieja amiga. Su conducta para el esposo deprimido fué correcta siempre; tú me lo has dicho mil veces admirando la grandeza de esa alma en presencia de sus humillaciones y padecimientos. ¿No sabes que él la rechazaba? No sabes que élla ha vivido en perpétuo encierro? Pretendes que élla al regresar de la iglesia se hubiese detenido al lado de su esposo borracho á bregar por enderezarlo á la vista del público esparcido en la plaza? No te haces cargo de que al pasar, ella soportaba el vilipendio público con la vista de su marido abyecto? Ponte en su caso, Dominga y verás que eres injusta... Niega la mano de tu hija, estás en tu derecho, pero no confundamos ni los tiempos, ni las cosas. La viuda de Robles no es una mala mujer y en cuanto á su hijo, será ó no invulnerable, pero no me negarás que le conocemos de cercá, que le hemos visto

crecer y hacerse hombre sin que jamás haya incurrido en falta alguna conocida. Será el hijo del borracho y cárgale todas las culpas del padre, pero no hagas de la madre ó del hijo personajes distintos de ellos mismos. Míralos como son; nada más.

—«Creeríase, respondiome suspirando, creeríase que en tí ha logrado ya la viuda la mitad de su plan preconcebido.

«Lo que es en mi, gracias á Dios, no hará cosecha. Por mucho bueno que se me pinte de la madre, «la vieja amiga,» y del hijo «un carácter acorazado» no se conseguirá hacerme abandonar la defensa de mi hija. Te vuelvo la palabra: da la mano de tú hija; estás en tu derecho, pero no me obligues á consentir yo en lo que creo un crimen. Cuando Amadeo Robles se casó nadie sabía que se embriagaba; fué considerado como el mejor de los partidos; era también «un carácter acorazado» cubierto de virtudes desde la corona á los piés, excelente persona. Al año siguiente se murmuraba, dos años después estaba sentenciado y apenas duró cinco extinguiéndose entre los vapores del alcohol, la humillación y el descrédito. Ese mismo obsequio se nos ofrece hoy para nuestra Florencia, con pequeños cambios de decoración, y tú, absorto ante la obra maravillosa de la madre que ha inmunizado al hijo en cuerpo y alma, hallas ventajosa la propuesta y no vacilas en sacrificar lo que más amamos.... No te comprendo.

Discutimos largamente, discutimos como dos potencias aliadas arribando á las siguientes conclusiones:

1° — Someter el asunto á la consideración de Florencia como parte más directamente interesada, haciéndole entrega del cuaderno «el libro azul;»

2° — Reservar nosotros nuestra opinión *lealmente*;

3° — Encargarme yo de presentar la proposición y los papeles;

4° — Celebrar una segunda conferencia con mi mujer para darle cuenta de la gestión;

5° — Siendo ya el alba, acostarnos á dormir.

He pasado un día negro y una noche negra tambien. No he conciliado mi sueño ni un instante y al tomar hoy la pluma, me tiembla la mano y se estremece mi corazón. Me encuentro abrumado, enfermo, con mis energías agotadas, con mi alegre natural entristecido. Probablemente soy de esos hombres que nunca llegan á tener opinión definitiva. La idea del matrimonio de mi hija me descalabra aunque fuese con el más hermoso príncipe de la tierra y la idea de su desgracia con el rechazo de Patricio Robles trastorna de tal manera mis afectos que en estos momentos no sabría decir cual es mi deseo.

He llamado á Florencia á mi escritorio y mientras llega, tomo la pluma y la

abandono, vuelvo á tomarla y se me cae de las manos temblorosas. Un tropel diforme de pensamientos me invade confusamente, la luz de mi razón se apaga y mi sensibilidad se irrita con espasmos híbridos. Veo recién lo que se llama el sentimiento de la paternidad y veo también que entre yo y la viuda de Robles, entré su maternidad y mi paternidad se alza en favor de aquella la noción deslumbrante de la conciencia clara que, ajena á las vacilaciones se pronuncia con energía igual en las cuestiones sencillas que en los arduos problemas. Es casi vergonzoso para un hombre el confesar la superioridad de la mujer, pero el hecho es el hecho, cabiéndome reconocer que si manejo las fechas de la historia «como un teclado», no gobierno del mismo modo mis propios sentimientos. Héme aquí, pues, incapaz de decidir nada. Veamos lo que dice mi Florencia que está aquí con las ojeras azuladas del insomnio.

—Paréceme, hija, que no has dormido, le insinué mirándola en lo blanco de sus ojos.

— No, verdaderamente no he dormido, papá.

— ¿Has pensado mucho?

— Á que negarlo? mucho he pensado.

— Se puede saber?

— Oh! si, porque no? He pensado que eso depende de Vds. Repetiré lo que dije ayer: mi voluntad es la de Vds.

— No es eso lo que yo deseo saber. Te diría que no es el padre quien ahora te habla; es un amigo de confianza y este amigo se interesa en penetrar las más altas reservas de tu alma, no para mandar, no para ejercer la autoridad muchas veces caprichosa, sinó para aconsejar lo que más conviene. ¿Tu amas, de veras, á Patricio Robles...? Respóndeme con franqueza.

A esta pregunta mi pobre hija se ha puesto roja como la sangre, contestándome en murmurio apenas perceptible:

— Creo que sí, papá.

— ¿Si supieras que es un mal sujeto, persistiría en tu alma el mismo sentimiento?

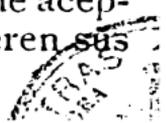
— Creo que sí, papá.

— Si te dijera que entre Vds. existe un abismo insalvable que hace inútil, imposible ese amor ¿persistirías aun?

El semblante de Florencia se tornó pálido desapareciendo las rosas de sus mejillas.

— Creo que sí, papá. Por lo menos en el momento actual no me pertenezco. El ha venido siempre á casa; esta amistad ha ido creciendo poco á poco sin que yo calculase al principio su desenlace. Ni V., ni mamá, me dijeron nada...

— En tal caso debo contestar que aceptamos la proposición sea cuales fueren sus consecuencias?



—No, Papá; porque oponiéndose uno de Vds. es bastante para que yo no consienta.

—Pero, dime Florencia, que harías si tu mamá dijera que si y yo dijera que no?

Parecía como si todo lo hubiese reflexionado y previsto la bondadosa niña, pues, sin vacilar me respondió:

—Esperaría á que los dos aceptasen ó negasen...

—Supongamos que nos decidieramos por la negativa...

—... Yo también me negaría, díjome Florencia,—y el fulgor brillante de sus ojos se apagó en un relámpago.

—¿Y tu corazón, querida niña,—tu corazón resistiría el golpe?

—Oh! si, señor, porqué no?

Pero al contestarme así mi Florencia se hubiese dicho que un aire de muerte la envolvía marchitándola como lirio troncado. Yo la estaba martirizando á pesar mio. Se me desgarraba el alma viéndola sufrir y de buena gana le habría dicho «hija mia, yo no me opongo; al contrario, participo de tu inclinación, pero tu madre, no quiere, no lo quiere al que tú amas, y puede ser que tenga razón. El matrimonio es lotería de muchos números siendo muy pocos los premiados. Nosotros deseamos tu suerte y; por Dios! no veo si es blanca ó negra. Además ¿cómo impondría yo mi deseo? Dominga, tu madre, es mi

esposa; va en esto nuestra paz. Ella es dueña de la mitad de tí». No, no debía decírselo, manteniendo la palabra comprometida.

Los espíritus débiles, irresolutos, se agarran como el náufrago de cualquier objeto, tabla ó serpiente, vida ó muerte y yo aunque me tengo por hombre de sólidas convicciones, me encontraba tan contrariado, con un problema tan sencillo é insoluble que vi en la conversación con mi hija el peligro de descubrir la verdad de mi pensamiento y opté por huir de ella, entregándole el cuaderno de la viuda de Robles, para que lo leyera y nos diese al día siguiente su contestación.

Quiso hablar y se lo impedí, abrazándola cariñosamente y conduciéndola fuera de mi escritorio con finjida alegría enredada en ruidosas frases.

Cuando el éco de sus pasos se extinguió, me encerré con doble vuelta de llave y la debilidad que bailaba sobre mis párpados, entró dentro de los ojos, poniendo en revuelta salida las contenidas lágrimas que desde la víspera porfiaban por lanzarse á fuera.

Yo podría convencer á Dominga de su error, ó cuando menos inclinarla en favor de Patri y esperar la palabra del tiempo, pero, la vehemencia de su opinión, la inconsistencia de las virtudes humanas, me hacía pensar en la profundidad del abismo

en que caería nuestra hija, si Patri Robles, rodase, como su padre, en los tangales del alcoholista, y entónces pensaba que mi deber era el del silencio.

Planteado así el problema, quedaba sin solución, ó para espresarlo mejor, con solución peor que el problema.

Dominga sosteniendo que no.

Yo, sosteniendo pasivamente que si.

Florencia, habiendo disconformidad, resulta por la negativa. ¿Y su suerte...?

¿Quién sería el responsable?

Despues que ella haya leído esas páginas su amor por Patri será más firme, lo que no impedirá, sin embargo, que nos quedemos en la misma situación.

Florencia no cambiará. Antes sucumbirá en el sacrificio que contrariar á Dominga. No dejará tampoco de amar á Patri. Su corazón es de los que se dan una vez para siempre. La desgracia aunque mude de forma no dejará de ser desgracia.

Es cierto que soy el jefe de la familia. Lo que mando se me obedece. Soy el responsable de primera fila en todo lo que sucede en casa. Pero, por mil diablos, nunca he asumido el rol de cancerbero. Fué Dominga quien tuvo siempre á su lado á Florencia. Ella debió ver lo que venía, y avisármelo. No es misión del marido la de cuidar las amistades de la hija. Eso corresponde á la madre, por la natu-

raleza y por las costumbres sociales. ¿Cómo había de andar yo detras de Florencia espantando las aves de mal agüero? No es Dominga la que estuvo y está siempre en casa? No es élla la que se sienta con la hija al lado en los salones, se hincan en los templos, pasea en las calles, la viste, la peina y la adorna? No es élla la que ha debido ver la nube venir ó alzar su sombrilla contra el rayo de sol hiriente?

Me consumí inútilmente en confusas conjeturas, llegando á creer que la reflexión, lejos de acercarme á la luz, me conducía camino de las tinieblas. Ayer estuvo la viuda á solicitar la mano de mi Florencia, y desde ayer ha trabajado tanto mi mente y tanto se ha sacudido mi corazón que, si no ha estallado mi cerebro, ni se me ha roto el pecho á los golpes de las palpitaciones, es porque un sopor de embrutecimiento se va apoderando de mi ser. Nunca lo había pensado seriamente. La idea del matrimonio de mi hija me cruzó mil veces, pero simplemente como idea, como posibilidad lógica y vaga que corporiza la misión humana de la mujer, estraña todavía á los hechos, creación de la teoría que permite al espíritu frío las locuras de la fantasía, sin quebrantos, ni dolores.

Hoy se presenta el hecho, abrumándome la impotencia, sublevando mi sangre

que circula como torrentes de fuego descargados sobre bloques de nieve.

Estoy petrificado, estúpido de ansiedad. Mejor me habría estado que Gumi hablase con Dominga, al fin, mujeres, ellas talvez se hubieran entendido... Pero, yo soy el gefe de la familia y esta maldita gefatura me aniquila.

Mi encierro continúa porque me niego á dejarme ver. En mi casa reina el silencio de los sepulcros. No se percibe el más pequeño rumor, lo cual me irrita. Se creería que al solicitarse la mano de mi hija acaba de cometerse un crimen espantoso que enluta y mata la alegría.

Voy en busca de Dominga y la encuentro inconsolable.

—Pero qué diablos pasa en nosotros? —le digo con tono enérgico,—se nos hace un honor en solicitar á Florencia y la casa se convierte en entierro. No, esto no puede ser. ¡Vamos, Dominga! No te gusta ese matrimonio, pues, recházalo y así concluirán estos sinsabores, que vienen siendo harto enojosos.

Dominga sofocada por las lágrimas me ha contestado que ella no podrá ni rechazar, ni aceptar la propuesta; que su obligación como madre se ha cumplido en el instante de haber observado á Florencia que Patri Robles es un peligro, una amenaza directa de su felicidad; que siendo Florencia la única interesada, la que va á

camprometer su suerte ó salvarla, yo como padre y ella como madre, debíamos someternos á la decisión de nuestra hija; que cualquiera otra actitud nos colocaría en terreno espinoso que nos desgarraría el alma y la carne.

—Y si es así,—le repliqué dulcemente—¿porqué lloras? ¿Sabes acaso como va á decidir nuestra hija?

—Oh!... si lo sè. Lloro mi imprudencia, lloro un amor que no lo quiero. ¿Crees que no conozco á Flerencia? Ya verás si la conozco... Ella va á responder que ama á Patricio, pero que no complaciéndome esa unión, jamás consentirá en casarse. Yo no podré sinceramente decirle que lo haga porque mentiría y entónces... y entónces ¿no ves que el mal es irremediable?

—Irremediable... ¿porqué?

—... ¡Y me lo preguntas! Porque ella va á ser tanto ó más desgraciada conservándose soltera que casada... Hará lo que nos ha dicho ayer. Lo estoy viendo como si ya hubiera sucedido... Yo he cometido una doble imprudencia dando lugar á que su amor naciera y lo que es peor, descubriendo mi pensamiento respecto de Patricio. Nuestra hija no olvidará esto por mucho que yo me empeñe en lo contrario. (Otra vez la torrentada de lágrimas ahogó su palabra).

Procuré inútilmente el calmarla, el con-

solarla en su desesperación, invocando razones, sentimientos religiosos, deberes de familia y de sociedad, y cuando ví que mis discursos caían perdidos en el desierto, pues, peor que desierto estaba mi mujer bajo su preocupación irreductible; cuando, por fin, me hice completo cargo de que en último término mi casa naufragaba en mar de desolación; cuando al sentimiento del padre y los afectos del esposo se sustituyeron las ideas impuestas por las circunstancias; cuando imaginé los días del porvenir mojados con lágrimas y mi hogar entristecido y yo perdida la calma, girando como loco sin encontrar salida; cuando comprendí que había llegado el momento de hallar un hombre fuerte y consciente en vez del marido sujestionado, ó del padre temeroso, abandoné de golpe el terreno de las amables exhortaciones y ahogando mis propias timideces que me arañaban sin cesar, díjele á Dominga.

—«He esperado conocer tu opinión... y ya la conozco. Ahora es necesario que tú conozcas la mía, dándole la importancia que tiene. Florencia, nuestra hija, debe casarse con Patricio Robles, y puesto que así yo lo pienso y puesto que soy el dueño de casa, mañana contestaré á la viuda de Robles aceptando su proposición. Esta manera de tratar la cuestión matrimonial con llantos y suspiros y profundas meditaciones lacrimosas, no parece ser la

más adecuada. Patricio Robles será bueno ó será malo; no está eso en discusión: Florencia lo ama y... bueno, pues, que se casen. Tú puedes, si quieres, encenderle velas á San Antonio para que el mozo viva en perpétuo divorcio con las bebidas, y para que tu hija con más experiencia que su presunta suegra defienda á su marido de la mala tentación. Yo, por mi parte, doy por concluído el negocio. Esto se hará; de un modo ú otro, pero se hará.

Dominga encontró en mis palabras una tabla de salvación, lo supongo. Mi actitud salvaba el conflicto, adoptando ella el papel de «alma sometida á la ley del más fuerte.»

Pasamos el día como viernes santo y en la noche, Florencia citada solemnemente compareció ante nosotros, el augusto tribunal de su porvenir.

Mi mujer estaba en lo justo al decirme que Florencia no mudaría de opinión.

—¿Has leído, hija,—el cuaderno?

—Sí, lo he leído.

—Dominga supone que ha sido intencionalmente escrito para nosotros...

—Puede ser; yo no lo creo.

—¿Tienes fé en el carácter de Patri?

—Sí, señor.

—¿Ese cuaderno ha influido en tu espíritu formando la fé que tienes?

—No, papá. Conozco á Patri desde

mi niñez. La lectura de estas páginas no revelan la mitad de la realidad...

—De modo que tú le amas, tienes completa fé en él y estás decidida?

—¿Decidida á casarme, papá?

—Sí, á casarte...

—No, nõ estoy decidida. Todo lo contrario: no me casaré!

—Porqué, no has de casarte?

—Porque á mamá no le parece bien...

Dominga escuchó este diálogo sin desplegar sus labios, pero cuando se vió aludida, no se contuvo más y el silencio contenido se convirtió en verboso arrebató.

—No, Florencia, estás equivocada al afirmar que no me parece bien... Eres tú quien va á casarse y tú la que debe decidir. Si algo te he dicho, si algo he observado es velando por tu felicidad... Yo, no me opongo... no tendría en que fundar mi oposición... ¿Habrias deseado que yo te indujera á la aceptación? Tu padre, acaso, ha obrado de un modo diferente al mio para autorizarte á afirmar que á mi «no me parece bien»?

Quedé asombrado al escuchar á Dominga. No hacía diez minutos que me había dicho que «Patri será fatalmente un borracho; que eramos víctima de una infame comedia; que Florencia era una pobre niña sin bastante madurez, estando nosotros en el deber de salvarla; que yo por mis años, mi esperiencia, mis obliga-

ciones de gete de la familia y veinte acordes más, estaba imprescindiblemente conminado á rechazar la funesta poposición y he aquí, un cambio cartajinés de opinión.

Miré á Dominga inquiriendo á su semblante y no hallé nada; aparecíaseme como una encarnación de sinceridad pronta á desvanecerse.

No me quedaba otro camino que entregarme yo tambien en los brazos del silencio, ya que me era difícil comprender la razón que inducia á mi esposa á semejante claudicación.

— Papá, nunca se opuso, ni me pintó el peligro que corría mi felicidad, observo Florencia tímidamente.

Dominga insistió en que Florencia se dejaba llevar de falsas apreciaciones y para demostrarle su error hizo la siguiente declaración:

— Pues, mi deseo es que te cases con Patri y es tambien la voluntad de tu padre.

Como no hubiese nada que discutir, dada la conformidad de las tres partes, convenimos enseguida que al otro dia contestaría yo á la viuda aceptando la proposición.

Cuando quedé solo con Dominga lo primero que hice fué interrogarla, sin ocultarle la sorpresa que me había causado su mudanza de opinión; pero élla sin turbarse me respondió:

— Como madre prefiero ser la víctima. Me disgusta y repruebo esta unión, pero desde que Florencia ama á Patri, el hecho es ya irremediable y en tal caso quiero por lo menós conservar el cariño de mi hija que de otro modo lo perdería. . . .

De nuevo las lágrimas inundaron sus ojos y á la mujer reflexiva se substituyó la madre lamentando el infortunio de nuestra hija.

Véome impelido á confesar que yo no soy un hombre aunque llevo pantalones desde mi nacimiento. Ver llorar á mi esposa y saber que miente en presencia de nuestra hija por conservar su cariño, es superior á mis fuerzas. Entonces le digo consumando mi debilidad:

— ¡Aun es tiempo! Puedo contestar que *yo me opongo*; que no aceptamos la proposición. . . .

— Oh! Portales ¿cómo no aceptar, si el rechazo importa lo mismo, la infelicidad de Florencia, quizás su muerte?

Solía creer que mis ideas eran consistentes, puesto que jamás en mi vida había comprometido opinión sin seguirla con ruda lealtad; nunca falté á mi palabra y desde ayer me encuentro siendo juguete de las más extravagantes contradicciones, lo que me obliga á pensar que el esposo y padre no es invariablemente «un hombre.» El corazón se hincha, se hincha y estalla arrastrando á la voluntad que se

dobra como la paja miserable. Oh! no en vano Hércules hilaba á los piés de Onphale y Guzman el Bueno, que en la historia pasa por ser el *bueno*, si fué soldado, no fué padre, ni fué esposo, quien pudo sobrevivir al bárbaro tormento sin despedazarse de dolor.

Al día siguiente que para nosotros era el mismo, desde que no habíamos conciliado el sueño bajo el peso de nuestras preocupaciones, me fué entregada esta carta:

«Señor Don Francisco Portales.

«Estimado Señor:

«Lamento vivamente el causar á ustedes algún disgusto, protestándole desde luego mi ninguna voluntad para éllo.

«Han transcurrido tres días desde que solicité á V. la mano de Florencia para mi hijo Patri, sin haberseme respondido. Es verdad que yo manifesté á V. al entregarle mi cuaderno de notas confidenciales que esperaba ocho días, pero, señor, he incurrido en la más torpe imprevisión al fijar ese plazo sin contar con la aprobación de mi hijo.

«Permítame creer que le hablo con la más grande sinceridad y rogarle me perdone esa imprevisión.

«No recibiendo Patri hasta ayer con-

testación mia de la comisión que me había confiado y que yo acepté gustosa, me ha interpelado pidiéndome explicación.

«Se la he dado lealmente, reservando solo aquello que pudiese herir su orgullo ó su dignidad y después de haberme oído, me ha observado que él aprobaría todo lo hecho por mi si en ello solo hubiese un motivo, un sentimiento de justo respeto hácia mi persona, pero que la circunstancia de haber transcurrido tres días sin tener respuesta de V., indica elocuentemente que su solicitud, no se admite, cuando ménos, sin reservas, y que estas deben ser tan justas que él mismo no se atreve á quejarse, desde que la discusión de sus condiciones personales reclama tanto tiempo de espera.

«Que no quisiera hacerme padecer obligándome á retirar en su nombre la palabra comprometida, ó renunciar antes de serle negada una felicidad que ha aspirado con honradez y decisión, pero que hallando transformada una cuestión de amor, en cuestión de dignidad, yo como madre no puedo transigir sin lastimar mi propio decoro en la persona de mi hijo, y él como hombre sin denigrar la altivez de nuestra familia, lo cual nos pone en el caso indeferible de comunicar, él ó yo, á V. que desistimos el pedido por mucho que nos honrara con su favorable aceptación.

«V. convendrá, señor Portales, que mi hijo tiene razón, aunque yo haya obrado con ligereza. Es evidente que si en la persona de Patri no hubiese antecedentes que hacen discutibles las conveniencias de su pedido, este habría sido aceptado muchas horas há, pues él no abriga la menor duda por lo que atañe al corazón de su bella hija Florencia.

«El respeto de sí mismo y la veneración que profesa á la hermosa niña, le obligan á velar con particular empeño por su dignidad. Se cree absolutamente incapaz de asegurar la felicidad de Florencia, desde el momento que se sintiera mermando en su dignidad, y ese momento á juicio de él, llegó al día siguiente de mi pedido, con el hecho de no recibir contestación.

«Inútil me será quizás el representar á V. la profunda pena que me aflige al encontrarme en cierto modo autora de la desventura de Patri y del disgusto de ustedes, pero he de tener la satisfacción de declararle, cualquiera que sea la estimación dispensada á mi palabra, que jamás me arrepentiré de haber pedido la mano de Florencia para quien conservo el más grande afecto.

«Quiera excusarme los pormenores de este desistimiento por más que la resolución de ustedes hubiese de ser negan-

do mi pedido, pues de ningún modo me consuela el haberle molestado.

«Con mis respetos soy de V. atenta etc.

«GUMERCÍNDIA F. DE ROBLES.

Dos veces leí esta carta y las dos veces fui y volví de la irritación al abatimiento y del abatimiento á la irritación, acabando por quedarme entre la irritación y el abatimiento con ímpetus de lastimar y lastimarme.

He aquí, me dije, las consecuencias de la irresolución y de atender lloriqueos de mujer con elocuencias húmedas. Es natural. Patri Robles se cría, se hace hombre á nuestros ojos; viene á casa, habla con Florencia, la corteja, se hace amar, dispone de su confianza, va y viene con élla, está en los bailes á su lado, pasean juntos...; el molde comienza á formarse, luego se concluye, se pulimenta, se funde tomando consistencias vitreas; en ese molde se confunden los gustos de Patri armoniosamente unidos con los de Florencia, brota una plantita que la riegan juntos, la cuidan con los rayos de sol de la amistad, crece, se vigoriza, apunta el botón, se abre la flor con colores y perfumes delirantes y cuando todo está hecho y el matrimonio se impone, sale Dominga, mi mujer, con las historias del alcoholismo!

¡Por mil diablos! ¿porqué no las invocó antes? porqué no quebró el molde á tiempo? Hace años que debió tener lista, preparada la respuesta, aceptando ó negando. Pero, nó, como obra de mujer debía ser trunca y un matrimonio hecho hay que deshacerlo, rompiéndose la cabeza contra las murallas. ¡Linda expectativa!

Florencia enamorada y sin novio. Patricio enamorado y sin novia. Dos muchachos sacrificados por la papanata de mi mujer!

¿Con qué cara voy á ver ahora á mi hija? Esto es una calabaza ó no es? Entretanto Dominga estará consumiendo los últimos suspiros al pensar que su manso y sumiso esposo ensaya aptitudes de comediante para ir á dar contestación á la viuda de Robles, contestación afirmativa que lleva sangrantes las desgarraduras de su alma... y cuando sepa que esto ha concluído por el desistimiento, cuando comprenda que ha llorado gratuitamente la soltería de su hija y burlándose de las confidencias escritas de la viuda; cuando por fin, restituída á la realidad de las cosas vea que la comedia se hace drama amenazando tormenta en el corazón de la hija ¿qué dirá?

Volverá sobre mi, su juguete masculino, airada la fisonomía á pedirme esplicaciones, y más esplicaciones y otras... esplicaciones, y yo susceptible siempre al

dolor ó arrebató, comprimiéndome como miserable resorte para esplicarle que él, élla, yo, Florencia, la viuda, el plazo, las circunstancias, la dignidad, el profundo afecto, las disculpas, las molestias, eran, son, serian, lógicas, ciertas y despues. . . el alcoholismo, Amadeo Robles, los siete pecados capitales, las siete virtudes y los mandamientos de Dios para componer lo que no tiene compostura, suficiente para volverse loco.

Hemos cruzado rapidamente de lo solemne á lo irritante quedando nosotros dentro de un callejon sin salida. Lo peor del caso es que el asunto no se ha llevado con las convenientes reservas. Toda la ciudad sabe que Florencia ha sido solicitada. Eso es evidente. En un instante más sabrá que Patricio Robles ha desistido y el ridículo injurioso se filtrará por nuestras puertas y ventanas, sin podérselo evitar.

De buena gana estrujaría algo entre mis manos. ¡Pobre hija mia! Tu inocencia no escudará contra el chisme callejero...

---

## VIII

Nuestra amistad con la familia de Robles quedó interrumpida. No lo lamentaría si no viese tan próxima la amenaza de un horrible desastre.

No hace quince días todavía y los estragos del mal son ya enormes. Nuestra Florencia se nos muere! Demasiado sensible y débil para resistir el golpe, cayó como fulminada por el rayo. Se lo dijimos adoptando precauciones infinitas. Todo fué inútil. Esa piel sonrosada, esos ojos embargados de luz, esa boca donde anida la casta y tierna sonrisa, tornáronse en vislumbres mortecinas.

Sentímonos aterrados é impotentes. Patri es ahora su verdugo. Nuestra vida se ha trastornado radicalmente. Hoy vivimos solo para cuidar la salud de Florencia, y esa salud va apagándose visiblemente, sin medios de contener el mal.

No se le oye palabra de protesta; sufre en silencio pero se muere. Agoto yo

mis reflexiones procurando despertar alguna ilusión, alguna esperanza que la reanime, y cuando he creído logrado mi intento, me mira Florencia tristemente y me da las gracias. Viene en seguida Dominga y le habla del universo femenino, obteniendo á veces alguna sonrisa errante, tan fugaz y fácil que la determina á cambiar de tema sin que en Florencia cambie nada: el tormento íntimo sigue su destrucción, como el gusano, oradando, oradando.

El médico nos propone que emprendamos un viaje y nos vemos obligados á postergarlo porque el estado de Florencia no permite aún ponerla en pié. Nuestro ángel nos contempla y va abandonando poco á poco el reino miserable de la tierra. Todos los días está mejor, pero el aniquilamiento avanza. Ya no es una mujer; comienza á ser la incorporación, una llama que aún arde, pero melancólica, conforme con su suerte.

No se nombra á Patri, á nada que pueda reabrir la herida y los minutos vuelan llevándose lo que más amamos. Es cruel, es horrible, pero es así.

Consultamos con Dominga y ni una idea salvadora abre camino. Florencia no consiente en que hable yo á Patri... y ¿qué le habría de decir? También nuestro médico ha insinuado que convendría hablarle.

**Mi desesperación no tiene límites. ¡Qué**

ideas locas me asaltan! Voy de mi escritorio al cuarto de mi Florencia y de allí al escritorio regreso, ánima satélite del movimiento continuo, llevando la exasperación y trayendo el abatimiento.

Lo que nos pasa no tiene nombre. Si fuese cuestión de orgullo simplemente, yo me encargaría de la solución. Abordaría á Patri, le diría que somos extraños á su determinación; que si su señora madre no hubiese de su motivo fijado los ocho días de plazo, nuestra contestación habría sido dada inmediatamente. Yo le patentizaría nuestra lealtad, la adhesión de Florencia... pero ¿qué hacer cuando mi hija se opone?

Dominga por su parte me asedia para llevar adelante mi pensamiento, diciéndome que va en ello la vida de Florencia, nuestra paz del porvenir. La pobre mujer no ve ya en Patri defecto alguno, ó si lo vé, lo prescinde: quiere una solución tranquila; nada más. Momentos tengo que daría mi vida por traer á Patri de la mano, y en otras acaricio proyectos absurdos de ir en su busca y despedazarlo, con cuchillo, de modo de inundarme con la carne y la sangre de la venganza, pero el golpe dado á Patri repercutiría en Florencia y la muerte, que está de acecho, se precipitaría arrebatándonos al ser amado.

Florencia lo quiere, lo ama, á pesar de todo. No lo dice con palabras, lo ma-

nifiesta con otro lenguaje que está en el fulgor de sus ojos, en su sonrisa melancólica, en sus manos pálidas y temblorosas, en las vislumbres de su frente virginal que veo y traduzco; está en el mismo silencio que nos ha impuesto, respetándose á Patri como á una religiosa personificación viviente fuera de nuestro mundo de pequeñeces y dolores, ajena á los juicios humanos.

De los labios de Florencia no ha brotado incriminación alguna, ni palabra reveladora de esperanzas; sufre y respeta y nosotros sufrimos y también respetamos, absortos en el proceso del mal misterioso que va acabando con ella.

Esta tarde y después de la consulta celebrada en casa, me ha solicitado conferencia el médico de cabecera y viéndome temblar como achuchado, se apresuró á tranquilizarme.

— No, nada hay todavía que indique peligro inmediato.

Es otra la causa por lo cual deseo hablarte. Permite, sin embargo, prevenirte que la vida de tu hija está pendiente de causas morales sobre las que la farmacia poco puede obrar.

— No me tortures con rodeos; háblame francamente. Te lo exigo en nombre de nuestra amistad, — le dije llevándome el pañuelo á los ojos, pues se me ocurrió que iba á trasmitirme la más infausta, la más cruel de las noticias.

— «No seas niño, hombre, me respondió. Quiero hablarte de otra cosa y lo haré incontinenti puesto que sospechas lo que aún no ha llegado. Se trata de lo siguiente: He estado con Patricio Robles, no como amigo, sinó como médico. Supongo que ignoras este hecho...

— Oh! si.

— Bien. Ese muchacho si no está igual que Florencia, está peor. Mejor dicho está peor. El secreto profesional no me impide el hacerte conocer esto reservadamente, porque la causa de su mal, de órden moral tambien como el de Florencia, puede revelarse entre ambas familias, si obran con bastante cordura. Patricio está mal, realmente mal, á punto de que, según yo pienso, es urgente su curación, más urgente que la de tu hija. Ese muchacho, si no se casa con Florencia, se morirá. Puedo asegurártelo con plena conciencia. Me lo ha dicho él, y aunque no me lo hubiese dicho, yo lo habría sabido, como lo sé despues de haberlo examinado. Patricio Robles es un ser excepcional; lo he ayudado á nacer y he colaborado con la madre en su crianza. Depositario de toda la confianza de esa familia, formando parte de élla como médico y amigo, he contribuido á modelar y pulir esa naturaleza, observándola diariamente, estudiando sus manifestaciones, trabajando con la pasión del artista que ha

concebido su ideal y quiere alcanzarlo á costa de cualquier sacrificio. Para mi, y del punto de vista de la ciencia, Patricio Robles no es un hombre; es una tésis viviente, de intensidades arrebatantes; es un circuito humano cuyo físico y cuya moral está fuera de lo comun, pudiendo servir de modelo como las grandes obras de arte... Disculpa mi vanidad y olvida que estamos en C...., donde hubiera de creerse que solo hay montañas, bosques y naturaleza primitiva en la que reside dormida el alma de la conquista. Te hablo, como vulgarmente se dice, «con el corazón en la mano», cumpliendo mi deber de médico y amigo: ese muchacho es un ser excepcional, de constitución y moralidad perfectas... Se ha de morir como tres y dos son cinco, sino procuramos evitarlo con tacto imponderable. Tiene fé absoluta en el amor de Florencia; cree que tú lo estimas, pero calcula, presume... supone que tu mujer, se ha opuesto á su matrimonio. El ha obligado á su madre á escribirte desistiendo: ha sido aquello tormentoso. La viuda se resistía; ella había fijado un plazo de ocho días para la respuesta ¿verdad?

—Es exácto.

—Ha invocado su autoridad de madre, la lealtad de la palabra comprometida, el respeto que se le debe á su formalidad... Patricio no ha entendido, no ha

querido entender. Se cree desairado y hace cuestión de honor. La viuda comprende que va jugándose la vida de su hijo y si ha cedido en dirigirte esa carta, es porque su amor de madre es superior á todo otro orden de ideas. Obedece como el soldado antiguo que la ley del honor obligaba á suicidarse después de la derrota. Patricio está herido de muerte...

— Por mil diablos! ¿y mi hija cómo está?

— Quizás lo esté también de muerte, pero no lo puedo afirmar con la misma certidumbre. El carácter de tu hija es fruto de la naturaleza, de la herencia, el ejemplo; el de Patricio es obra del arte que dominando á la naturaleza original, ha formado otra, talvez un poco viscosa, pero de consistencias de acero, inflexible en el honor y el deber; es la línea recta que pasa lo mismo á través de las montañas y los abismos que en las superficies sin accidentes. Básteme repetirte que no es un hombre, sinó una tésis victoriosa, un éxito sorprendente del estudio y la paciencia, una obra chinesca cuyos artífices, la madre en primer término y yo seguramente, hemos trabajado con pasión de sectarios y, ahí está... ¡va á morirse!

-- Si no fuese por Florencia poco lo sentiría. Yo tambien soy padre y veo que mi hija se va por culpa de él, y despues ¿qué será de nosotros?

— Sé razonable, hombre. Cuando se trata de la felicidad de los hijos, los padres deben proceder como padres, seres distintos del vulgo. Si ño casas á tu Florencia con Patricio, perderás el mejor yerno, si es que ño pierdes algo más. No hablo de fortuna; me refiero á sus condiciones morales, á su energía, su dignidad que son oro sellado.

— ¿Y qué debemos hacer?—díjele entonces abatido por sus palabras.—¿Debo ir yo á suplicar á Patri? Solo? con Dominga? con Florencia, levantándola de la cama donde se consume como cera cerca del fuego? Iriamos á implorar al adonis de la perfección que nos dispense el no habernos decidido como rompiente espumosa el dia mismo en que su madre nos espuso su augusto deseo? Y crees tú que Florencia...

—Estás desvariando, Francisco, y ñie sorprende. Tú tenías el concepto de hombre sensato, reflexivo y te me presentas aturdido, atolondrado, juguete de preocupaciones y prejuicios propios de espíritus petisos que ceden más facilmente á los arrebatos ciegos que á los consejos razonables. Te sientes ofendido,—no me interrumpas,—te sientes ofendido porque la viuda te ha escrito una carta que tú no me has enseñado, pero cuyo texto lo conozco y te lo repetiría si en ello te empeñases. Esa mujer ha sufrido ya su mar-

titio, tanto ó más que tú. La he visto magdalena inconsolable, víctima de su impresión, contemplando en su obra la profundidad negra del abismo, culpándose de los sufrimientos que te ha causado, de los pesares de Florencia y del destino horrible que le ha labrado á su hijo; la he visto próxima a la locura que las grandes sacudidas causan en las almas sensibles, de modo que tu resentimiento aparecería como el corazón de las hienas que no se sácian de sangre porque adoran la destrucción...

—No permito, le dije, interrumpiéndole encolerizado,—no permito que á título de exhortaciones amistosas se me esté injuriando, ni por el médico, ni por el hombre que se erije en oficioso consejero...

— ¿No ves? no ves? me respondió con irritante calma, tu no te perteneces. ¿Se te figura que he venido á pelearte, ó que una amistad noble y desinteresada toma sobre sí la ardua tarea de apuntalar un proyecto destruido por una mujer de buena fé y un hombre sin suficiente resolución? Me supones triste quijote de este Valle, comprometido á librar tantas batallas por el pícaro placer de la locura...?

— Aguarda, aguarda...

—..... ¿Me crees injerido en este asunto por afecciones mundanas que solo procuran presenciar tormentos íntimos para admirar

los desastres á distancia? Déjame concluir. Patricio Robles ha procedido como buen caballero que lo es, y tú en su caso habrias obrado del mismo modo. Solicita la mano de una niña á quien adora, á quien viene amando desde muchos años. Tu esposa mantiene y fomenta esa amistad, departiendo á diario con la viuda de Robles como dos mujeres que están en todo conformes, aunque no hayan concertado expresamente nada. Ni un antecedente salta á la superficie que induzca á pensar lo contrario. El comercio amistoso se afirma bajo el escudo de la lealtad común. Tú, tú mismo concurre como fiador tácito de esa amistad y ese cariño, y cuando llega el instante de que las promesas implícitas se conviertan en hechos, cuando ese muchacho confiado en las pruebas de estimación de que ha sido objeto, decide la suerte de su vida y pide á Florencia para consagrarle su afecto y su amparo, le tienen Vds. tres dias sin contestar... Pues, es claro, no le quieren, le hallan defectos insalvables y el mundo hermoso de las ilusiones se desploma y un corazón noble y sano se destroza y una vida que podía ser fecunda para el amor y el deber se pulveriza en el engranaje dentado del sufrimiento irreparable. Ya te lo he dicho como hombre y como médico. No te fastidies ahora porque el amigo, este amigo de veinte años se retire de tu casa con la penosa impre-

sión de haber visto poner en duda su sinceridad que, por otra parte, no está de venta en la farmacia...

— Ya me has dicho lo que has querido; ahora me toca á mi respetando aquello de «pega, pero escucha.» Escúsame de hablar de sinceridades que no he puesto en duda, le dije emocionado al viejo médico amigo. Cuando un hombre como yo lo desvela veinte noches un doloroso pensamiento que lo muerde en medio del corazón con afilado diente, y vive sin morir aunque la muerte fuese mil veces más dulce que la vida; cuando ese hombre es un padre amante que mira á su hija única extinguirse en apagada llama sin encontrar como encenderla de nuevo, cuando en el cerebro de ese sufriente hay un martillo implacable que golpea y golpea de la mañana á la noche y de la noche á la mañana sin acabar de romper el último filamento de una esperanza que es luz y vida encantos è ilusiones; cuando á las horas de sosiego se sustituyen los siglos de la angustia y la sangre congelada circula desgarrando los tejidos; cuando así las ideas se extravían y las palpitaciones se interrumpen, y se pide á ese hombre sin embargo, la cordura y la limpidez de juicio de los que pasan regalada calma ¿qué se debe decir? ¿No me ves San Lorenzo crujiendo sobre las parrillas? ¿Quieres que mi alma parezca libre de trabas cuando se debate

en la amargura? Véte cuando quieras, abandóname justamente cuando más necesarios son los consuelos de la amistad; ve á ponderar que has visto á Mario llorando sobre las ruinas de su dicha... (me ahogaba la emoción)... ve á decir á Patri que en esta casa no se sufre ... que aún vibran las risas de cristal...

Me agoté. No había en mi garganta sonido disponible y en mi mente las ideas borrosas se esfumaban como extractos invisibles en las cavidades del cerebro.

Quedamos un rato mudos. Debajo de la corteza impassible del médico ardía el corazón más noble de la vieja amistad sin nubes,

Por fin con ronca voz me dijo:

— Serénate pobre amigo: tienes razón. Dispon de mí. Deseo que salvemos como buenos estratégicos los peligros de esta batalla. No tengo plan fijo, pero se me ocurre que puedo ser un útil auxiliar romano. Si tú no te opones, permíteme tomar sobre mí este asunto por pocas horas. Quizas, quizas... Lo imprevisto á veces suele ser el más hábil consejero... Me serviré si fuese menester de mi autoridad de médico.

— Gracias! mil gracias, mi buen amigo,—le repuse. Me parece solamente que tomas á tu cargo un asunto inarreglable...

— No anticipemos juicios antes de ver los hechos. ¿Puedo contar con tu fran-

ca cooperación, se oponga quien se oponga?

— Cuenta con élla, si, pero ruégote que mi participación sea la del hombre honrado que no transije con la mentira ó la hipocresía...

—En ese caso bien poco me prometes. Los padres de familia, te lo repetiré una vez más, no son, ni pueden ser como los demás hombres que la sociedad abraza en su seno. Me dirás que de dónde saco yo, el solterón empedernido, ese concepto diferencial entre los que tienen con los que no tiene hijos. Te contestaré que mi vida profesional me ha dado una familia, la de los hijos que hago nacer con mi mano, mi forceps, ó los recursos de la farmacología en cada embarazo terminado; esos hijos los sigo atendiendo, los acompaño en su casa, en la escuela y el colegio; los tengo calificados en mi memoria y mi corazón del punto de vista de la patología, y luego el hábito forma la segunda naturaleza en virtud de la cual brota mi singular paternidad que, no lo dudes, será menos intensa que la tuya, sin que por eso me dispense de participar alegrías y dolores, éxitos y derrotas. ¿Se te ocurre, varon, que tu Florencia no es más que un cuerpo enfermo para mí? Admites que yo sea extraño é impasible ante las expansiones de su alma, cuyo molde, cuyo organismo material vengo defendiendo y

saneando hacen diez y siete años? Pues, cuanto me pasó con élla, me sucede con Patri, con todos los que médicamente me pertenecen, me confían su vida, y ya sabes que esa vida puede volar con una plumada mal puesta. . . . Bien, por lo dicho, lo no dicho y lo imaginable por cualquier cerebro sano, debo declararte que tú, si es necesario, debes mentir con hiperbólico aplomo, como he de mentir yo y ha de mentir el mundo entero que me obedezca, siempre que con esa santa mentira levantemos de la cama dos cadáveres para conducirlos á la iglesia, pasarlos por el registro civil y darles puerta libre al vasto é ingenioso campo de la felicidad, la vía láctea de los pequeños hércules del amor...? Te agrada mi discurso?

— Bravo, doctor, bravo! dije aplaudiendo con fuerte abrazo lo que mis ojos lloraban, el noble desinterés del amigo que me sentenciaba á mentir por salvar á mi Florencia.

No he querido nombrarlo; estas páginas se habrían sentido orgullosas de llevar en su vientre el nombre de este amigo y modesto médico que el azar puso en nuestro camino para consuelo de C. . . , donde las gentes apenas sospechan que habitan en compañía de un grande hombre.

¡Qué alivio inmenso sentí derramarse sobre mi alma! La aurora, una aurora ru-

bia, vespertina, oriental por el lujo de las emociones dulces que extendía en mi escritorio, hasta hace poco, celda tenebrosa de mis pesadumbres, iluminó mi mente con resplandores acariciantes.

De golpe, la luz, comenzó á penetrar á torrentes, la luz de las esperanzas marchitas que enderezaban su tallo perfumándose en las santidades de mi amor paterno.

Corrí hacia Dominga y la estreché entre mis brazos y creo que la dí un beso, en la apertura de mi nuevo sol. Ella ignoraba lo que había pasado y comenzó á mirarme con dolorosa desconfianza. Mis efusiones la sorprendían tanto, eran tan singulares en esos momentos en que la salud de Florencia pendía de un hilo de coser, que, trataba en vano de desacirse, avergonzada de caricias que le parecían la contradicción ecuatorial de nuestras penas. Me creía loco, pero como mis ojos solo denunciaban alegría y más que alegría, algo como una explosión de esperanzas radiosas que iluminaban mi frente, mi pecho y mi alma flotante en el limbo luminoso,— con la ansiedad de la sorpresa, sin atinar á decir palabra alguna, me interrogaba indecisa entre asociar su propia alegría ó desacirse protestando de mis mudas efusiones.

—«¿Y Florencia,—le dije precipitadamente con sorda voz,—cómo está Florencia, nuestro angel adorado?

No hacía media hora que yo había estado en la alcoba de nuestra hija, de suerte que mi pregunta, precedida de mis expansiones, causó en Dominga una especie de desvanecimiento, sin que la sensación hallase el vaso donde condensarse en forma de alegría, de pena ó nonada.

—«¿Y Florencia,—volví á repetir,—sabe Florencia que he hablado con su médico?

—Si, que lo sabe,—respondióme Dominga redoblando la inquietud en su semblante.

· · —Ah! pero ni ella, ni tú saben lo que hemos hablado.

La esperanza ausente vuelve, vuelve con la intervención del viejo amigo, del buen médico amigo.—¡Patricio Robles está gravemente enfermo!

Mas bien no hubiese dado la noticia. Ella confirmó en Dominga que yo estaba loco y entonces empezó una escena que para ojos profanos debió ser muy ridícula.

Dominga me echó los brazos al cuello y sollosando me llamaba á la realidad.

— ¡Portales, esposo mio, qué te pasa? Estás en tí. Mírame Portales, soy tu mujer, tu Dominga. ¡Acuérdate que Florencia está enferma, que puede oírnos, asustarse, empeorar... Vuelve en tí Portales! ¿Quiéres un té? Traigan té (decía la aflijida esposa apretándome con sus brazos convulsiva y despues...) Corran por el doctor, corran...!

Trataba yo de calmarla, pero como el golpe estaba dado, como ella me suponía loco y con cierta razón, pues me había visto sufrir tanto en estos días,—tomaba mis palabras como frases incoherentes.

— Te digo que Patricio Robles está entérmo,—le repetí pasando ya de mi estado de alegría á la ajitación, más como Dominga creyese que yo confundía á Florencia con Patricio, al decirle que estaba enfermo, gravemente enfermo, su dolor no tuvo límites y las convulsiones del llanto la sacudían sobre mi pecho como á pobre palma batida por el huracán.

—¡Portales, Portales, vuelve en tí!— me clamaba y yo le respondía:

—¡Mujer, Dominga! vuelve en tí. ¿Estás loca?

Y así estuvimos algunos minutos mientras la sirvienta, asustada, creyéndonos locos á los dos, nos suplicaba que tomásemos el té, que estaba caliente, bien preparado...

Cuando logré sosegar á mi esposa que lanzaba hondos suspiros, insistí en informarla de lo ocurrido, diciéndole que en efecto estaba enfermo Patricio, más enfermo que Florencia, según me lo había asegurado nuestro médico y que tratándose de enfermedades morales que la medicina no cura, correspondía á la familia de ambos destapar de un solo tirón el re-

medio y propinar una copa rebalsada de matrimonio.

Entonces comprendió Dominga la causa de mi alegría y no pudo contenerse de lanzar esta frase nueva:

—«Pobre, Patri, la Virgen del Valle lo ampare...!»

Me urgía ver á mi Florencia y como acababa de conseguir de Dóminga que no me creyese loco, fui al cuarto de mi pobre lirio marchito; y hablé con entusiasmo de flores, perfumes, estrellas, música y hablé hasta de versos, muy á pesar de creerme enemigo temible, derramando á los pies de la cama de mi hija una suave y dulce elocuencia que no le pasó desapercibida.

Los movimientos del alma son contagiosos y mi cara Florencia desplegó para mi sus ideales sonrisas que vibraban entre los efluvios de sus grandes ojos negros.

Como si una gotita purpúrea hubiese caído en un vaso de agua transparente, sus pálidas mejillas se sonrosaron con sedoso terciopelo de pétalos virginales. La hermosa niña revivía con mi locuacidad y llegó, cosa increíble! á hacerme repetir dos estrofas de Nuñez de Arce, que salían por entre mis labios como encanecidos presidiarios. En fin, ella sonrió y durante veinte días no le había visto esa sonrisa que descubría con gracia la mitad de sus dientes de marfil.

Dominga llegó luego, sin borrar de su semblante las huellas de la esperanza. Florencia lo notó y la vida se apoderó de sus carnes, relampagueando luces indecisas en el fondo de sus pupilas. Nada sabía ella, pero todo lo había leído con esa intuición del pajarillo que adivina siempre donde está su nido.

Yo experimentaba necesidad de saltar, de agitar mis brazos entumecidos, de gritar y cantar como un pastero y para hacer mi gusto, dejé á Dominga con nuestra hija y corrí al huerto de la casa donde verifiqué mil contorciones, saltando como un chivato. El porvenir ya no se me aparecía negro, ni esperaba sufrir nuevas contrariedades. Que Patricio está enfermo... pues, sanará. Que la boda... que Dominga... que Gumi, que...

A saltar, á saltar. El viejo profesor que maneja como un teclado las fechas de la historia, se puso á saltar hasta que los riñones le reclamaban el reposo.

Oh! supremo poder de la esperanza; cómo se infiltra, cómo alienta, cómo rejuvenece!

Dominga estaba poco más ó menos como yo. Su lengua desatada sobre la buena arteria me lo presentaba á Patricio, no ya como el heredero presunto del alcoholismo, sino como el prometido de su hija, un muchacho excelente, excelentísimo á quien con orgullo entregaría su joya

más preciada, su ídolo, ese ídolo santo que veníamos adorando desde la cuna como los reyes magos de nuestra mesiada.

En la noche volvió el médico, deslizándose al oído estas palabras rumorosas:

— Es difícil, difícil, pero no imposible... ¿Se puede ver á Florencia? necesito hablar con ella sin testigos...

Franqueamosle la puerta de su habitación y de punta de pies corrí á apostarme sijiloso del lado de afuera, pegado mi oído á los cristales.

El la saludó apretándole una de sus manitas entre las suyas y comenzó á interrogarla por el estado de su estómago, sus nervios, su cabeza, cariñosamente, con voz baja, suave, insinuante, apenas perceptible para mí.

Florencia le respondía en el mismo tono, sin retirar su mano que el médico tenía mirándola en lo blanco de sus ojos.

— Tu enfermedad, niña mía, no es propiamente una enfermedad,—le decía.— Ya ves, tu cuerpo está sano, tan sano como el mío... El mal parece residir en otra parte. ¿No crees tú que reside en otra parte? Te diría que te levantes mañana, ahora mismo... ¿tendrías fuerzas?

Florencia le contestó entrecerrando sus párpados:

— Espero que no me faltarían...

— ¿Y el espíritu, ese espíritu que vi-

ve en tí, esa alma á quien no puedo tomar el pulso ¿cómo está?

Ella no le contestó.

— ¿Es un secreto? El secreto que yo conozco?

Tampoco le contestó. Entónces él dió su carga á lo Carnot, al arma blanca.

— Patricio, te ama... Me ha encargado pedir tu mano, esta misma manita que tengo entre las mias... (y le daba golpecitos acariciantes) ¿me la darás para Patricio?

Florencia permaneció momentaneamente callada y luego con débil metal de voz como el de paloma herida que suspira el perdido compañero, dijo:

— Encargó también á Gumi que me solicitara... Dos días despues desistió... Pensaba más en él que en mí. (Su voz iba tomando cuerpo, acentuándose en energía y tristeza) Yo... he sido un objeto, capricho de horas. Creí que era capaz de todo por mí y me he engañado. No es su desistimiento lo que me ha lastimado: es que he descubierto mi error... El quiere más á *su honor* que á mí, pero yo le amaba á él, no á su honor ni á mi orgullo... ¿A qué ocultarlo?

— ¿Cómo es eso, hija mia? No te comprendo...

— Me admira que V. no me comprenda. Si él realmente me amaba ¿porqué desistió? porqué no esperó la contestación de

papá? Pudo más su amor propio que yo, ese amor propio que él llama *su honor* y yo llamo mi desdicha...

— No, Florencia ¿no ves que me encarga pedirte?

— Para desistir nuevamente... otra vez el honor se alzaré entre nosotros.

— Te engañas, hija mía. El también sufre, también está enfermo ¿lo sabías?

— Me lo ha dicho mamá.

— Y bien... dejemos estas cosas á un lado. Yo te afirmo bajo mi palabra de honor que él te ama y solicita tu mano.

Florencia reflexionó breves instantes y repuso:

— ¡Juzgo imposible nuestra unión!

— Entónces tú no le quieres.

— Es él quien no me quiere; ama más á su honor...

— Pero ¿querrías tú para esposo un hombre sin honor?

Oh! no, señor; querría sí un hombre que me amase de veras.

— Te digo por mi honor que Patricio es ese hombre.

— Así lo creí y me he engañado.

— ¿Has pensado bien lo que me respondes? No; no lo has pensado. Me responderás mañana; reflexiona esta noche.

Las almohadas guardan elocuencias inauditas.

— Aunque ya lo he pensado esta tarde, lo volveré á pensar esta noche.

— Pero esta tarde yo nada he pedido en nombre de Patricio.

¿Cómo es, sin embargo, que ya lo has pensado?

— He visto el semblante de papá y el de mamá.

— Ellos nada saben. Yo no les he comunicado la comisión que se me ha confiado.

— Sí, puede ser; pero ellos la han adivinado y yo... también.

— ¿De modo que crees inútil consultar esta noche con tus almohadas?

— Inútil no, precisamente, pero sin hacerme cambiar de opinión, sí, seguramente.

— Y si te dijera que corre peligro la vida de Patricio...

— ¿No ha corrido y corre ese mismo peligro acaso la mía?

Se cortó la rapidéz del diálogo. Yo estaba hirviendo; el pecho me sönaba á los golpes del corazón como cueva de utultuco. Mi pobre amigo abandonó la mano de Florencia y se quedó mirándola de hito en hito. Estaba desconcertado: la niña tierna y sumisa, se convertía en mujer dueña de si misma, fría á los impulsos de la pasión, tranquila en sus decisiones.

Mas el médico no era, ni es hombre de abandonar el campo porque presente dificultades.

— Lo que yo veo, querida Floren-

cia, le replicó es que si Patricio tiene mucho amor propio, mucho honor (y subrrayaba esta palabra) tú no tienes menos; digo mal: tú tienes mucho más, pues suponiendo verdad lo que tú le atribuyes; él arrepentido viene hacia tí; y tú... ¿sabes niña, en qué se diferencia el diamante del corindon?

—Lo ignoro.

—Pues, en que este último es negro, con negruras abismales. Me haces pensar que tu alma es dura, cuando no es así; me haces decir cosas que no he querido decir.... Te resientes?

—¿No dice V. que es negro y duro el corindon? ¿Cómo habría de resentirme?

— Ahora tú me revelas vengativa...

—¡Por Dios, doctor, al paso que va V. pronto seré una viborita terrible. Deje V. este asunto que no por dejarlo se lo agradeceré menos. No me obligue á expresarle más vivamente mi gratitud..!

— Bueno! pasemos de la venganza á la ironía... ¿Quieres que me fugue? que me vaya con el alma lacerada á decirle á ese pobre muchacho que «tú no eres tú» como dice Mimí de Murger? Me quieres inferir este descalabro diplomático cuando te he traído en bandeja de plata la petición de matrimonio?

— La petición es deliciosa, lo confieso pero no puedo aceptarla. No insista

V. no inquiete mi pobre espíritu que tal-  
véz le reserva á V. empresas mayores.

— ¡Perfectamente, Florencia! dijo el  
médico gravemente, veo que yo no soy ni  
tu médico, ni tu amigo ni, nada...

— Pero, señor, si, V. solicitára mi  
mano para V., me explicaría la solemnidad  
de su desencanto real ó figurado. Tómela  
V. yo se la doy...

— ¿Para Patricio?

— Para V.

— Consulta un poco á tus almoha-  
das esta noche, yo me voy á consultar con  
las mias y si me decido á tomar la mano  
que me das para mi, dentro de quince  
dias estarás colgada á mi destino, por vie-  
jo y feo que me encuentres.

Tomó enseguida su sombrero y yo,  
sin esperar su despedida me alejé de la  
puerta fingiendo que le esperaba con im-  
paciencia, aunque de impaciencia estaba  
desbordándome hacía rato.

Verme é interpelarme, todo fué uno.

—Tú has avisado á Florencia de lo  
que hemos hablado...

Respondíle que no.

—¿Tu mujer entonces?

Volví á responder negativamente.

Entonces comenzó el buen médico un  
discurso algo extravagante diciendo que  
le estrañaba la actitud de Florencia, ha-  
ciéndole sospechar una comedia en la que  
su formalidad se vé comprometida. «Ten-

drán Vds. ó no tendrán parte; pero es una comedia, una mala comedia. ¿De dónde sale ahora negándose á casarse? Tú se lo has insinuado? Tú, hombre, tú que ésta tarde lamentabas su estado?»

Le interrumpí haciéndole observar que me incomodaban tanto sus palabras, como la actitud de Florencia; que no apurase más la ansiedad devoradora mia, imputándome dobleces impropias de la situación; que yo más que él necesitaba consejos para prevenir el peligro...

..— ¿Pero, sabes tú la contestación de Florencia, lo que acaba de decirme esa pobre criatura aturdida?

— Desgraciadamente, sí, porque he estado de escucha...

— Pues bien. Si ella persiste en negarse hasta mañana, renunció yo á buscar solución porque será tarde. Ahora me marchó, advirtiéndote que has hecho mal, muy mal en ir á escuchar sin mi conocimiento una conversación que te dije, la deseaba sin testigos.

Se fué y yo me precipité como un torbellino al cuarto de mi hija.

Le pinté mi desesperación, la de Domingo, los sufrimientos, la consecuencia de los errores, la vida triste y azarosa de las muchachas célibes, las bondades de Patricio, las agitaciones de nuestro médico. A medida que hablaba, mis palabras venían lastimándome la garganta, haciendo

y deshaciendo nudos punzantes, y cuando mi copiosa elocuencia llegó á su cúspide y mis ojos se humedecieron con las miserias de nuestra suerte, apelando á la última gota de fuerza estraviada en el laberinto de mis debilidades, terminé sotocado, diciendo:

— ¡Florenxia, por el amor de Dios ¿hasta cuándo vamos á continuar sufriendo...? ¡No rechaces á Patricio...!

— No lo rechazo, papá; sus palabras me asustan...

—¿No acabas de manifestar al médico que no consientes en esa unión?

—En efecto; he respondido negativamente por castigar á Patricio. Mi negativa salda la herida de su desistimiento...

—¿De modo qué insistes en negarte?

— No, papá. Igualo cuentas; nada más?

El peso enorme cayó de lado, dejándome ileso, pero no libre de nuevos sabores, como vá á verse.

Al día siguiente de lo relatado se me presentó el médico á decirme que él había pensado en conservarse soltero, no porque le disgustase en sí mismo el matrimonio, sino porque habiendo dejado pasar demasiado tiempo sin hallar una compañera digna de él, suponía que se encontraba algo viejo para inspirar la pasión del amor, y sin más motivo había empezado á acostumbrarse con la vida de

soltero. Que yo y Dominga éramos sus amigos, conocedores de sus vicios y de sus virtudes, si las tenía, vicios que no los creía peligrosos, ni mucho menos para comprometer la felicidad de una mujer buena y bien educada. Que había reflexionado tranquilamente, como lo puede hacer un hombre que ha pasado ya la edad de las pasiones, de esas pasiones de la juventud, generalmente muy nobles, pero al mismo tiempo borrascosas, violentas, fáciles de conducir á las alturas como de precipitar en los pantanos, y así reflexionando, reflexionando había llegado á convencerse de que bajo las cenizas de su personalidad de solterón, ardía una llama, palpitaba una alma expansiva, abierta á los afectos de la familia, á la vida tranquila y reposada, misionera de la fé y los grandes dogmas sociales. Que á decir verdad, no ero tan viejo como parecía, cuarenta y ocho años nada más, pero fuerte, con un estómago capaz de digerir las piedras, sin compromisos de dinero con nadie, ni promesas de otro orden con mujer alguna. Que su conducta social le eximía de recordarnos su moderación, su actitud invariablemente contraria al escándalo y al exhibicionismo, y que habiendo tenido una fortuna sorprendente al verse amado por Florencia, sin haber hecho nada, nada de su parte para conquistar ese hermoso corazón esa alma de ángel, pura co-

mo las nieves del azulado Ambato, aún creyéndose indigno de suerte tan grande, tan inapreciable, pero con fé, mucha fé para asegurar su felicidad, venía humildemente á solicitar su mano confiado en que nosotros no desaprobáramos lo que Florencia, de su libre y espontánea voluntad había querido comprometer, pues, vean Vds. (nos decía sonriente y emocionado,) élla, élla me lo ha dicho anoche y desde anoche no vivo sinó pensando en élla...

Dominga y yo quedamos mirándonos; el médico también nos miraba; nosotros también le mirábamos y los ojos destinados para ver, no veían nada. Sombras, sombras y sombras al frente, al lado, arriba, abajo, en medio; sombras que no eran sombras y miradas que eran sombras. Mi mujer largó los labios y yo por no ser menos, largué los brazos y el médico largó también, largó la cabeza, esperando sin duda la sentencia. El silencio era terrible, un silencio sordo, pesado como de plomo y los minutos como mosquitos jugueteros se iban, se iban...

El mutismo no podía prolongarse indefinidamente á menos de empeñarse en experimentos de auscultación que habrían presentado á nuestros latidos como tiroteos de una guerra sorda, sin más armas que los corazones batiendo cual tambores.

Fué el médico quien rompió el silencio, agregando:

— Es muy justo, muy racional que Vds. se hallen víctimas de la sorpresa, oh! si, muy natural, pero vamos, hablemos con Florencia, hablemos francamente... élla está bien, la ilusión la ha puesto sana, vamos mis amigos, ..

Dominga no intentaba moverse de su asiento, lo cual visto por el médico, le brindó este su brazo, arrastrándola en cierto modo hacia la alcoba de Florencia, donde penetramos amarillos, desgánados. La hora misma, ocho de la mañana, se prestaba poco para las ternezas avejentadas del enamorado galán.

Era yo el indicado para informar á Florencia y por absurda que me pareciese la pretensión, la presenté, sin embargo, reservándome oponerme á su tiempo con toda energía. Así es que dije:

— Nuestro buen médico dice que tú le has ofrecido para él tu mano...

Una doble carcajada nos dejó absortos, la de Florencia y la del médico que reían á llorar, como si les hicieran cosquillas, haciéndonos confirmar lo que ya sospechábamos: una broma de buen ó mal gusto, pero al fin una broma...

A no mediar tanta confianza entre nosotros, posible es que yo le hubiera regalado un cachetazo, pero ni tiempo me dió para ello porque inmediatamente agregó:

— Desde que Patricio Robles y Florencia se aman, yo los amo, tu los amas, Dominga y Gumi también, pues no queda más que hacer. Esta tarde vendrá ese joven con su respetable madre y Florencia, con sus respetables padres, le recibirá y en seguida entraré yo con los testigos, el oficial del registro civil y si me lo permiten traeré también al boticario por si se produzca algun desmayo...

Será redundante el hacer constar que el matrimonio civil se llevó á cabo esa misma tarde, habiendo dado Dominga un sí de pecho que nos dejó asombrados.

Después de la pilleria de nuestro buen médico al hacernos pasar un mal rato con su petición de matrimonio, le descubrimos otra más cruda todavía.

Florencia estaba convencida de «haber igualado cuentas» negándose á unirse con Patricio, y yo y Dominga creíamos que el matrimonio se había realizado por el sometimiento de Gumi y su hijo que nos daban la satisfacción de reparar la ofensa interida.

Nada hubo de eso. Nuestro médico usando un tejido de mentiras había ido en nuestro nombre á dar cumplidas satisfacciones á Patri, á la viuda, trayendo falsamente también las de la viuda y Patri para Florencia, y á fuerza de mentiras y más mentiras que resulta saberlas hacer

con acierto, hemos pasado el Rubicum á la cabeza de 65.000 amarguras que han conquistado el capitolio de nuestra anhelada tranquilidad.

---

## IX

### POST SCRIPTUM.

Hoy he sacudido el polvo acumulado durante dos años proximately sobre estas hojas escritas.

Las he vuelto á leer, no ya como depositarias del secreto de familia que contienen; y si me siento arrepentido del gusto macabro con que fueron escritas, de la selvática literatura que como emanaciones de campos incultos ha contaminado renglones y párrafos, encuentro, sin embargo que mi yo de aquellos días, absolutamente distinto de mi yo del presente, muy á pesar de ser la misma persona, pasó por crueles momentos.

¡Qué pálido, qué deslustrado es aquello!

No hay una persona, no hay un cuadro, no hay un carácter, ni una observación precisa, clara, acabada.

Si alguien me preguntára porqué tomé la pluma, no sabría responderle.

Los movimientos reflejos de la criatura humana aún no son del todo conocidos y bien pudiera ser que yo me encontrase en aquellos días como el pianista ejecutando mayor número de notas de las que puede leer.

Escribía á sorbos, sin intención de relacionar los hechos, y cuando hoy vuelvo mis ojos hácia esos días, me digo interiormente ¿porqué lo hice con tanta ligereza?

Entre el padre y el abuelo, hay por lo visto gran distancia.

Vulgar parece declarar que soy abuelo, que tengo un nieto y que mi amor por Florencia se ha prolongado hasta su hijo multiplicándose en dulces ternuras.

Es por consiguiente el abuelo quien sacude el polvo de estas hojas para decir á gritos que la felicidad ha sido traída á mi casa por Patri Robles, ensanchando nuestra familia y nuestros horizontes.

La pobre Dominga ha entrado en el período de la idolatría. Patri es su voz, su modelo, su ideal, su oráculo, su Apolo revestido con los atributos de la infabilidad.

Los prejuicios del alcoholismo no existen más; son ideas, son errores del pasado, cuyo recuerdo si no entristecen las horas del presente, pasan huyendo como soldados del ejército enemigo el día de la derrota.

Hasta mi autoridad de hombre ilustrado ha desaparecido para Dominga, eclipsada por Patri que resulta según ella, saber más historia que yo, simplemente porque en nuestras disgresiones hago gracia de los errores de fecha y trasplantes de acontecimientos con que me salen al frente.

No es atrasado mi yerno: lee y estudia. Pero es aún muy joven para disputarme ciertos conocimientos que el tiempo ha materializado en mi memoria.

El sabe derecho: es su profesión. Yo se historia y no admito en esta materia discutir con simples aficionados que por haber leído un libro, imaginan que ese mundo colosal de las edades es club, no santuario donde se prosterna la filosofía de los tiempos.

En cuestión de fechas no recuerdo haberme turbado ni cedido á odiosas preferencias. Para mí son todas iguales, puesto que todas significan un día, un instante de la humanada en su viaje eterno á través del tiempo.

Si algún cariño tengo por los números es sólo porque con ellos compongo la cifra que contiene implícitamente el acontecimiento humano, cifra que encarna el progreso ó el atraso, la grandeza ó la pequeñez, las nobles pasiones que enaltecen ó los bajos sentimientos que deprimen, el arte y la ciencia después de la oscuridad

y la piedra, las vastas iluminaciones y las negras tinieblas.

Con el nombre se distingue á las personas: con las fechas los acontecimientos de la historia.

Los nombres corresponden á personas que los han engrandecido, los han achicado, ó los han conservado como simples fenómenos de vitalidad orgánica.

Las fechas son lo mismo, representativas del alma de los acontecimientos, alma que tendió alto su vuelo con los héroes, ó con los anadines arrastróse por el suelo.

Es la puerta y el salón por donde entra el espíritu del hombre estudioso y se empapa en el hecho de donde la deducción arranca lecciones admirables.

En matemáticas, en los negocios, el número es un simple comodín.

1.453 pueden ser pesas, litros, fanegas, bueyes y el mundo de las cosas, variables. En historia no. En historia, 1453, es un acontecimiento, un nudo del tiempo, constante, invariable, cuyo exponente humano contiene dos épocas, la que termina y la que empieza, la muerte y el principio, una muerte que sin embargo vive y un principio que germina lo desconocido, hasta que llega otro eslabón, otra fecha alargando la cadena sin fin de las edades.

Esto no comprende Dominga, y Patri, apenas lo sospecha. Si por un capricho de

Dios se iluminaran las fechas, sería tan grande la confusión, tan homérico el desconcierto, que, los pueblos rodarian en torbellinos de locura y destrucción.

No habria más ayer, ni habría tampoco mañana. Seríamos consumidos por un presente idiota, brutal y fujitivo; una cosa sin principio ni fin, un nadismo colosal.

La fecha histórica es Confucio, Zoroastro, Nabucodonosor, Alejandro, César, Genjiskan; es Homero, Sófocles, Virgilio, Shakespeare; es Fidias, Miguel Angel, Rafael, es la religión, la ciencia y el arte; es el relámpago de la eternidad iluminando las vastas riberas de la tierra; es...

¿Porqué seguir hablando de esto que ellas no entienden? No ha sido tampoco mi deseo el recordarlo, pues, al retomar la pluma, fué otro el móvil que la puso en mis manos.

Quería decir que Patri nos ha traído la felicidad. No sé si lo he dicho, pero, aunque así fuese, no está dicho suficientemente.

Abro el diccionario de la lengua, lo hojeo, lo estudio buscando una palabra para calificar á mi yerno y no la encuentro. No espresa lo que es.

Cuando un hombre es bueno, inteligente, comedido, honrado, cariñoso, previsor, sereno en sus juicios, firme en sus convicciones, flexible á la razón, templado en sus gustos, y ese hombre es casado

con una Florencia Portales, la mujer más linda de la tierra ¿cómo le he de llamar?.

A Dominga, mi esposa, le llamo Dominga, y realmente es el regocijo de mi hogar. Mi yerno Patri es, más bien, una encarnación deseada de la patria, un modelo de argentino, un espécimen de raza formado para engrandecer el alma nacional con el ejemplo del verdadero carácter que no consiste en romper vidrios, como alguien ha dicho, sinó en ser inquebrantable en el cumplimiento del deber.

El alma argentina no carece de fortaleza y como las zonas tropicales poseen los nobles sentimientos, las grandes ideas en florescencias deslumbrantes; pero, cual esas florescencias, desordenadas, exesivamente vigorosas, se marchita con el primer día nublado, como si las nubes no fueran mensajeras del agua que empapa los campos y del sol transitoriamente oculto que ha de brillar inflamando las pampas, los valles y las montañas.

Esta República Argentina es tan grande; le están reservados por la Providencia días tan brillantes, si el alma nacional contempla en la fragua donde se funde el acero que, yo la quisiera ver poblada de Patris para decir que he asistido á la apoteosis de una joven nación en cuyo occidente divisa desde su grandiosa cordillera los secretos del cielo y al oriente llega por el verduoso océano hasta las entrañas de la tierra.

Yo quisiera á mi pais hallarle el modelo heróico de los pueblos antiguos, hombres que hagan brotar Homeros, ideas que hagan nacer genios, porque esta tierra es tierra hermosa para ser un día el foco de los progresos humanos, de las grandes causas y las santas glorias.

Se me ocurre que el carácter nacional se diluye entre la serie inválida de las mezclas y la tentativa de una personalidad propia que no acaba de nacer, porque á pesar de pulular en las calles hijos de esta tierra, estamos soñando con la sangre de Atahualpa, trasegada en odres españoles que rascándolos un poco, descubren corteza italiana, francesa, alemana, inglesa y turca, cuyo tanino nos quita el sello, nos lanza en tendencias híbridas y nos impide convencernos que, dueños y soberanos, tenemos derecho á llamarnos una raza, un destino, una gloria viviente.

Preciso es que nuestra juventud abandone el almacén de cunas en que se cria, y forme su carácter propio á imágen de Patri, con voluntad indomable de modo que se pueda decir con orgullo: *la raza argentina*, como concreto último de un ideal y un destino; el *carácter argentino*, como el arquetipo de los hombres fuertes, prudentes y sabios.

Dios me libre si en estos profundos anhelos hubiera otra cosa que el deseo de ser la redención de la familia nacional.

Mucho hay de materia inerte que sigue locamente la ley del movimiento.

Pasamos á través de todos los credos sociales con fervientes adoraciones ó mortales abatimientos; pero cuando veo á mi Florencia unida á Patri, se me ocurre que esta amada tierra se ha desposado con el genio de los tiempos y que de tan magna unión, ha de brotar la nueva raza entre los esplendores de la gloria latina y las fortalezas del nuevo carácter formado, no en tiempos de ciega idolatría, sino en los gimnasios del cuerpo y el espíritu, creados para el intelecto nacional.

Un mal persamiento viene pujando por desalojar costumbres que entrañan nuestra propia definición intrínseca; sin ser europeos queremos serlo, trasplantando lo que el sol, el aire y el suelo de estas regiones, recibe de mala gana, en tanto que las nobles tradiciones de la familia van apagándose en el crepúsculo que precede las auroras del cosmopolitismo.

No me atrevo á decir todo lo que bulle en el cerebro de Patri; todo lo que está llamado á producir esa joven inteligencia que la veo avanzar gradualmente en el culto de los grandes ideales.

Mil veces he tentado quebrantar esa fortaleza y me ha resultado inexpugnable; he tentado quebrantarla para apreciar el grado de resistencia y me he convencido que, cuando un hombre se consagra sin-

ceramente al culto del deber no hay poder humano capaz de torcer sus deliberaciones.

Cuando la Francia enriquecida por el pensamiento revolucionario estableció y fundó el culto de la *Razón* que expatriaba al cristianismo, fué la razón lo único que, cabalmente le faltaba.

El Dios de los cielos fué sustituido por la imágen del estravío, del propio modo que en las calles de Buenos Aires se uncían un día los-hombres al coche del tirano sustituyendo al cuádrúpedo el decoro y el orgullo del racional; allá se exaltaba á la razón que no existía y aquí se deprimía á la razón que claudicaba.

La estatua del Deber, como la de Jano en tiempo de paz, permaneció velada.

FIN



## FÉ DE ERRATAS

---

PÁGINA	LÍNEA	DONDE DICE	LEASÉ
3	17	ahogado	azogado
18	7	estos casos	estas cosas
29	22	bajándose	bajándose su seno
35	15	tiró	abrió
35	21	desperfinadas	despergeñadas
42	24	eposo	esposo
54	21	confude	confundo
58	30	eseguida	seguida
74	21	descendio	descendía
83	24	bubiera	hubiera
98	8	ha	he
98	27	llamar	llenar

---

